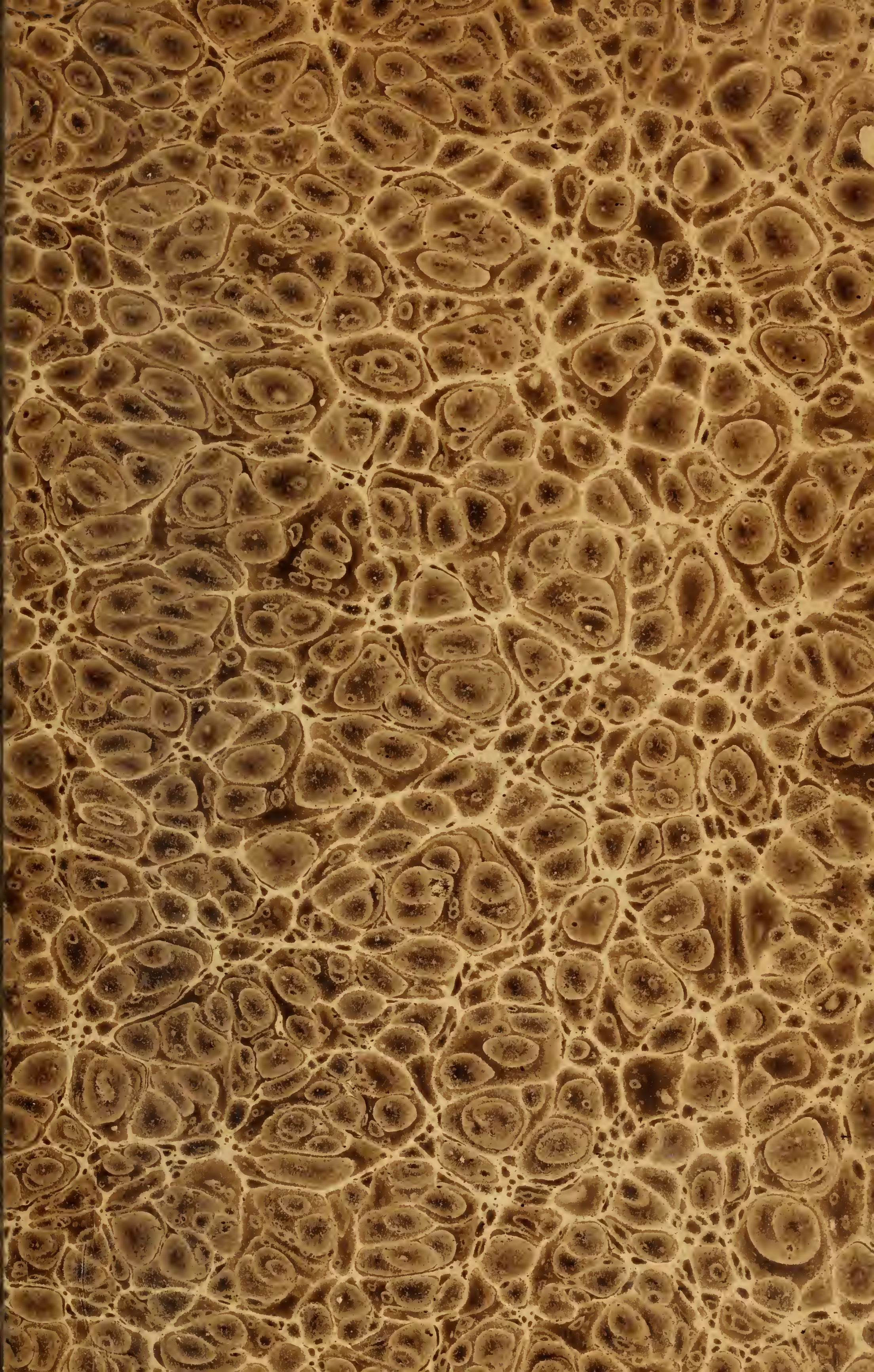

3 1761 08695916 0





NUEVOS ESTUDIOS CERVÁNTICOS

DE CÓMO Y POR QUÉ LA TÍA FINGIDA NO ES DE CERVANTES, Y OTROS NUEVOS ESTUDIOS CERVÁNTICOS

POR FRANCISCO A. DE ICAZA

C. DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA, DE LA HISTORIA Y DE BELLAS ARTES

1916

MADRID.—Imp. Clásica Española. Cardenal Cisneros, 10.

SUMARIO



A LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y EN HOMENAJE A LA MEMORIA DE DON JUAN VALERA
Y DON MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO,
QUE APADRINARON MI INGRESO EN LA ILUSTRE
CORPORACIÓN

ESTAS páginas son de investigación y de crítica, no son de polémica: descubren, señalan y comentan hechos, y no discuten la opinión ajena, sino combaten el error tradicional que lanzó la impericia, impuso la sugestión, y la rutina o la común indiferencia vendrían a perpetuar.

FRANCISCO A. DE ICAZA

Madrid, marzo, 1916.

DE CÓMO Y POR QUÉ "LA TIA FINGIDA,, NO ES DE CERVANTES

I

La *Novela de la Tía Fingida,* que arbitrariamente se ha querido atribuir a Cervantes, no es, en lo esencial, sino un arreglo o adaptación al castellano de varias páginas de los *Razonamientos* del Aretino.

El origen y disposición de la novela es indiscutible. Sólo ha pasado inadvertido por la rareza y desmedida licencia de los *Ragionamenti,* y porque nadie, con la preparación necesaria para emprender este género de trabajos de literatura comparada, había intentado hasta ahora el examen directo de la cuestión.

El diálogo entre Claudia y Esperanza y los coloquios que le siguen, en que intervienen, además, el galán y la dueña, están sacados, y a grandes trechos copiados textualmente, de las jornadas primera y tercera de la segunda parte de los dichos *Ragionamenti*. Para ingerirlos y presentarlos dispuso el autor de *La Tía Fingida* una acción novelesca, con elementos sugeridos por los propios diálogos del Aretino, a los que se mezclan, dándoles un barniz de españolismo, ciertos incidentes calcados en *La Celestina* y sus imitaciones, y este o aquel retazo de corte picaresco, como el episodio de la serenata, de bastante burda invención.

Iníciase el paralelismo en las condiciones que el autor de *La Tía Fingida* pone como características en los personajes de su novela, y que coinciden con las de sus congéneres pintados por el Aretino.

Son los estudiantes que figuran en *La Tía Fingida* «más amigos del baldeo y rodancho que de Bártulo y

Baldo», como eran los de los *Ragionamenti: «affinati ne le capistrarie piu che ne libri»*. Pasa la Claudia en Salamanca por «una Señora forastera de mucha autoridad», como pasaba la madre de la Nanna en Roma por *«vna Gentildonna forestiera»*. Es el galán del cuento «cierto caballero de los que se asientan en cabeza de banco», como fué su modelo italiano *«un certo galante signore di quelli che se ne metteno in capo di tavola»*.

Y de ahí en adelante, acomodándose a la situación planeada, la identidad de conceptos es con frecuencia absoluta: respuestas de comadres y de dueñas desahuciando a los pretendientes pobres que callejean, engañados, rondando a la moza; tratos y contratos con el galán rico, que era o pasaba por generoso; entrada furtiva de éste en la casa, donde se oculta y es sorprendido, y fin de la aventura, con su moraleja correspondiente.

Por supuesto que el diálogo entre tía y sobrina fingidas, escuchado por el galán desde su escondite, es la lec-

ción que para los mismos efectos da la Nanna a la Pippa en la jornada primera de la segunda parte de los *Razonamientos*. Aquel resumen de etnología amorosa que Aretino pone en boca de la Nanna, comentando la supuesta calidad física y pecuniaria de los huéspedes ocasionales de «una cortesana honrada», en Venecia o en Roma, es en la obra italiana curiosísimo. Tras de las condiciones que, como cliente amoroso, atribuye al español, vienen las del florentino, del veneciano, del sienés, del napolitano, del romano y de otros varios nacionales más. El anónimo traductor no hizo sino repartir, según sus simpatías, entre los naturales de las diversas provincias de España y los de algún reino limítrofe, las circunstancias que la Nanna suponía caracterizaban a los nacidos en los países a que va refiriéndose.

La reconstrucción abreviada de la novela facilitará la comprobación gráfica de lo expuesto; porque ya dentro de la intriga, como antes decía,

las escenas escogidas se desarrollan paralelamente [1].

[1] *Transcribo los textos conservando la ortografía de las ediciones que a continuación se detallan: «La Tia Fingida / Novela inédita / de Miguel de Cervantes Saavedra. / Berlin / en la Libreria de G. C. Nauck / Año de 1818.» Es la primera edición sin supresiones, y, perdido el códice original, la única fidedigna. (Bonilla la ha reproducido muy cuidadosamente, acompañada del códice que existe en la Colombina. Madrid, Suárez,* MCMXI.)—«*LA PRIMA PARTE / DE / RAGIONAMENTI / DI / M. PIETRO ARETINO / COGNOMINATO IL / FLAGELLO DE PREN / cipi, il Veritiero, e'l (sic) / Divino. / Diviſa in tre giornate. / La contenenza de le quali ſi porra ne / la facciata ſeguente. / Veritas odium parit. /* MDLXXXIII».—«*LA SECONDA PARTE / DE / RAGIONAMENTI / DI / M. PIETRO ARETINO, / COGNOMINATO IL / FLAGELLO DE PREN / cipi, il veritiero, el / divino. / Diviſa in tre giornate. / La contenenza de la quali ſi porra ne / la facciata ſeguente. / Doppo le quali habbiamo aggiunto il piacevol / ragionamento del Zoppino, composto da / questo medeſimo Autore per / ſuo piacere. / Veritas odium parit*».—«*CAPRICCIOSI & PIACEUOLI / RAGIONAMENTI / DI / M. PIETRO ARETINO. / Il Veritiere e'l diuino, cognominato il / fiagello de' Principi. / Nuoua Editione. / Con certe postille, che spianano e dichiarano euidentemente i luoghi & le parole più escure, / & più difficili dell' opera. / Stampati in Cosmopoli. / L'Anno 1660*». *Cito esta edición sólo en una frase incidental, que anoto, y que no aparece en las primitivas, pero que completa el sentido del párrafo.*

Los rondadores callejeros se acercan a la ventana, intentan hablar con la moza para requerirla de amores y procura ahuyentarlos la dueña:

«A lo cual respon»dió uno de los pre»tendientes: Haced»me regalo y merced, »Señora dueña, de »decir a mi Señora... »que la quiero decir »solas dos palabras, »que son de su ma»nifiesta utilidad y »servicio. Huy, huy, »dijo la dueña, en »eso por cierto está »mi Señora... Sepa, »Señor mío, que no »es de las que pien»sa, porque es mi Se»ñora mui principal, »mui honesta, mui »recogida..., y no »hará lo que Vmd. »le suplica», p. 14.

Onde le disse il Cortigiano, fammi almeno vna gratia, dille, che quando voglia ascoltare vno, che tu le porrai cosa inanzi... come potrei fauellare a la Gentildonna? a modo niuno risponde ella, perche non ne vuole intender niente: e spiando egli, se io era donzella, gli rispose donzellissima..., ne le si vede altro che masticare Ave marie... percioche ella non volle mai, p. 133, I Parte.

Lo que no impide que al caballero que entra después en la aventura, le diga:

»que su Señora... es»taba tan pulcela co»mo su madre la pa»rió..., mas que con »todo eso, para su »merced, que no ha»bria puerta de su Se»ñora cerrada. Res»pondióla el caballe»ro... le declarase la »verdad... la cual era... »que su Señora... es»taba de tres merca»dos... y acabó con »ella, que aquella mis»ma noche lo ence»rrase en casa... y él »quedó pensando en »su ida y aguardando »la noche que le pa»recía se tardaba mil »años según desea»ba», p. 16 y 17.

e la mia figliuola piu pura, che vn colombo... ma ſua Signoria mi ha incantata di ſorte, che io non ho lingua, che ſappia dirgli di nò... e rispondo a vn ſervidor di meſſer tale, egli è il vero, che Pippa mia ci è ſtata colta... non ci ha colpa, e da leal Nanna vna volta ſola ha conſentito... Si che ella verra poco doppo l'Ave Maria... ti deſidera, facendogli parer mille anni l'aſpetarti vna hora, p. 4 y 5, II P.

Llegó el plazo; la dueña, abriéndole la puerta, lo entró en casa; y, tras la cama, esperando en qué había de parar aquel enredo, oye entre la Claudia y la Esperanza idénticos propósitos de los que el original italiano pone en boca de la Nanna y la Pippa:

«Muchas veces te »he dicho, Esperanza »mia, que no se te »pasen de la memo- »ria los consejos, los »documentos y ad- »vertencias que te he »dado siempre: los »cuales si los guar- »das como debes y »me has prometido, »te servirán de tanta »utilidad y provecho, »cuanto la mesma es- »periencia y tiempo, »que es maestro...», p. 19.

Speranza, io ti vò inſergnar qui a cavar con la tua gentilezza il cuore ad ognuno, p. 63. ſe farai a mio ſenno, ſe aprirai ben le orecchie a miei ricordi, beata te, p. 2. Caſo che tu voglia aſcoltarmi, e laſciar di baloccare ad ogni pelo che vola, havēdo il capo a Grilli, come vſi di fare mentre io ti rammento il tuo utile, p. 2. tu mi attenda ſenza traſognare, e fa conto, che io ſia il maestro, p. 3.

Continúa esa paridad en las pretendidas observaciones sobre las circunstancias inherentes a la patria de los huéspedes ocasionales de ambas cortesanas:

«Aragoneses, Va- »lencianos y Catala- »nes, tenlos por gen- »te pulida, olorosa»,

Ecco a te vno Spagnuolo attilato, odorifero... p. 44.

«Los Vizcainos...
»es gente corta de ra-
»zones, pero si se pi-
»can de una muger
»son largos de bol-
»sa», p. 20.

«Los Castellanos
»nuevos, ténlos por
»nobles de pensa-
»mientos, y que si
»tienen dan, y por lo
»ménos si no dan no
»piden», p. 20.

«Los Andaluces...
»son agudos y perspi-
»caces de ingenio...;
»esto y más tienen si
»son Cordobeses»,
p. 20.

«Los Manchegos
»es gente avalento-
»nada, de los de Cris-
»to me lleve, y llevan
»ellos el amor á mo-
»gicones», p. 20.

«Los Estremeños
»tienen de todo... y
»son como la alqui-
»mia, que si llega á
»plata, lo es», p. 20.

I Tedeſchi... La lor natura è dura, acra..., s'imbertonano ne gli amori..., ti daranno de gran ducati... p. 45.

i Fiorentini... ſon virtuoſi, gentili, politi..., e quando non ti deſſin mai altro, ſe non la lor galante favella, non ti potreſti tu contentare? p. 47.

i Fiorentini... ſon ...argutetti, ſaporitini..., p. 47. i Saneſi... tengano circa la gentilezze, e le virtu del Fiorentino, ma non ſono ſi ſcaltriti, p. 49

Romaneſche... figlia ſe tu ti diletti di mangiar pane, e prevatura e punti di ſpade, e di picche... p. 51.

Spagnuolo... foſſero l'archimia d'aricchirti, p. 44.

Cuando un incidente descubre al galán oculto, dícese en ambas obras:

«Así como le vió »la vieja, comenzó á »santiguarse, dicien- »do ¡Jesus valme! ¿que »gran desventura y »desdicha es esta? »¿hombres en mi ca- »sa, y en tal lugar, y »á tales horas? ¡des- »dichada de mí! ¡des- »venturada fui yo! »¿y mi honra y re- »cogimiento? ¿que »dirá quien lo su- »piere?» p. 25.

—ne lo entrare af- fiso gliocchi ne la fac- cia del galante Sig- nore, & allargando le braccia levo le pal- me in alto, e grido pianin pianino, oime disfatta a me, trista a me, ſciagurata me, io ſono ſpacciata, io ſonmorta, io sono in conquasso, p. 203 y 204.

Los dos galanes responden:

«Sosiéguese Vmd. »mi Señora... que yo »no he venido aquí »por su deshonra y »menoscabo, sino por »su honor y prove- »cho. Soy caballero »y rico y callado, y »sobre todo enamo- »rado de mi Señora

—E percio Madonna mia, non vi tormen- tate per la ventura, che vi è corſa adoſ- ſo, e quando ſapere- te la qualità mia, bene- direte il vostro ſcam- biarmi da chi ſi sia.

Io non ſon quello, (che voi havete pen-

»Doña Esperanza, y »para alcanzar lo que »merecen mis deseos »y aficion, he procu- »rado por cierta ne- »gociacion secreta...» p. 25.

sato[2]) *ma da piu di mille pari ſuoi, & ho il modo a ſpendere & a ſpandere quanto huomo che ſia, e non ſon trombetta del diſhonor di niuna, anzi piu ſecreto...*

Replican ambas mujeres:

«¡Ay sin ventura de »mí, y á cuantos peli- »gros están puestas »las mugeres... Vmd. »Señor mio, sea ser- »vido luego a punto »de volverse por don- »de entró...», p. 26.

— adunque V. S. a me, che l'ho colta in iſcambio, ho vſato queſto termine? deeſi far così a vna femina? di gratia andate dove vi piace, & andandovene... p. 203-204.

»mírenos con mejo- »res ojos, y entien- »da que aunque mu- »geres solas, somos »principales, y que »esta niña está como »su madre la parió, »sin que haya perso- »na en el mundo que »pueda decir otra co- »sa», p. 27.

adunque io vi paio di quelle? non piaccia a Dio, che la mia figliuola rompa il collo, io ſon Gentildonna, e ſe ben la diſgratia mi è corſa adoſſo, ringratia to Iddio, ci e rimaso tanto, che vivacchieremo, p. 130.

[2] *El paréntesis que completa el sentido no está en en las ediciones primitivas que he consultado; hállolo en la de 1660.*

Y se da término a la aventura con la llegada de la justicia, que entra derribando las puertas y pretende llevar a todos a la cárcel:

«comenzó á dar grandes alaridos y voces, apellidando á la Justicia; y al primer grito, como si fuera cosa de encantamento, entró por la sala el Corregidor de la ciudad... habiendo llamado á la puerta, no le oyeron... y los corchetes... desquiciaron la puerta y subieron al corredor», p. 29.

moltiplicando il grido, e la gente di fuori, volle la ſorte, che il governatore paſſo d'ivi, e fatto trarre l'vſcio in terra, gli fece pigliare tutti e tre, p. 165.

Sin que falte a esta conformidad el fin del relato con la absurda boda del estudiante y la moraleja pegadiza:

«Esta mano..., si vos quereis, os la doy como legítimo esposo y marido. La Esperanza, que

Io eleggo te per legittima ſpoſa, e perche io ti voglio rimunerare..., hor penſa tu ſe la trama la fece

»de mas bajo partido fuera contenta, »al punto que vió el »que sela ofrecia dijo »que Si y que re-si, »no una sino muchas »veces y abrazólo como á señor y marido», p. 31.

diventar lieta, e roſſa, e ſe abbracciandolo le lagrime... p. 127.

«Pocas Esperanzas »habrá en la vida que »de tan mala, como »ella la vivia, salgan al »descanso y buen paradero que ella tubo: porque las mas »de su trato pueblan »las camas delos hospitales», p. 33.

E ti confeſſo, che per vna Nanna, che ſi ſapia porre de campi al Sole, ce ne ſono mille, che ſi muoiono ne lo Spedale, p. 169.

El cotejo que acabo de hacer pudiera ampliarse a otros muchos pormenores y detalles. Sirva de ejemplo aquel consejo que da por sabido Esperanza, que no es sino traducción de un refrán italiano:

«Ser ángel en la ca»lle, santa en la igle»sia, hermosa en la

Sante in chiesa, angele in istrada, diavole in casa, civette alla

ventana, honesta en »la casa y demonio »en la cama», p. 23.

finestra, e gazze alla porta.

Refrán que no aparece en los *Ragionamenti,* pero que es equivalente a la desvergonzada frase que en tal lugar estampa el Aretino:

Vo che tu ſia tanto Puttana in letto, quanto donna da bene altrove, e fa che non ſi poſſa imaginar careza... p. 14.

Véase también la serie de adjetivos que, respectivamente, la Nanna y la Claudia aplican a los estudiantes:

«estudiantes, gen»te moza, antojadiza, »arrojada, libre, libe»ral, aficionada, gas»tadora, discreta, dia»bólica y de humor», p. 20.

ſcolare..., astuto, ſagace, vivo, ſoiatore, e cattivo ſuperlativo grado, p. 119.

Ciertos párrafos de *La Tía Fingida* reaparecen, no una, sino varias veces en los *Razonamientos,* porque, como el Aretino escribía a toda prisa, según él mismo cuenta, se repite

a su sabor. Curándose en salud, por boca de la Nanna, dice: «yo te digo y redigo, según hacemos las mujeres que repiten una cosa diez veces, como lo he hecho yo». Y de esas diez veces escogio el traductor la versión que más le convenía, o la condensó, como se ha visto antes [3] y puede observarse en los siguientes párrafos:

«Advierte, niña, »que no hay maes»tro en toda esta »Universidad, por fa»moso que sea, que »sepa también leer »en su facultad como »yo sé, y puedo en»señarte en esta arte »mundanal que pro»fesamos; pues así »por los muchos años »que he vivido en »ella y por ella, y por »las muchas expe»riencias que he he»cho, puedo ser ju»bilada en ella: y

Odimi pure, e ficcati nel capo le mie pistole, & i miel Vangeli, i quali ti chiarifcano in due parole, p. 4, II P.

A me, che voglio infegnarti i modi, che debbi tenere per riufcir dove io fpero vederti, & io infegnādotigli, metto ne la via coloro, che haranno a far teco, perche fapendo fi cio che io ti dico, fapraffi ancho, non ti credere quando vferai le tue arte, e

[3] *En la página 24.*

»aunque lo que ago- »ra te quiero decir »es parte del todo »que otras muchas »veces te he dicho, »con todo eso quie- »ro que me estés »atenta y me des gra- »to oído, porque no »todas veces lleva el »marinero tendidas »las velas de su na- »vío ni todas las lle- »va cogidas, porque »según es el viento »tal el tiento», p. 21.

coſi i miei auvedimenti ſimiglieranno vna di quelle dipinture, che da tutti i lati guardano chi le mira, p. 30, II P.

Mi maraviglio Mamma, che voi non teniate ſcola, adotterando la gente in coſifatte galanterie, pag. 37, II P.

i guadagni sfoggiar ti di chi navica, ſtanno nel pericolo de la Galee... ſe (chi va pe a mare) non cura ni venti, 46, II P.

Añádanse por último, y para terminar, estos renglones, pues, de lo contrario, la copia se prolongaría innecesariamente:

Tutte le Ruffiane del mondo inſieme, non ne sanno, quanto ne ſa ella sola. E voltatasi a la Balia diſſe, questo peſco, che ha vdito il bel diſcorſo, potria tenere ſcola de ſuoi ricordi, hor pensa quel che doveresti far tu. Poi ammoní la figliuola a tenere a mente cio, che ella ha vdito, p. 294, II P.

Demostrados, por lo expuesto, el origen del cuento y los procedimientos de centón con que fué escrito—ajenos en todo a quien declaraba con justicia de sus *Novelas:* «Son mías propias, no imitadas ni hurtadas; mi ingenio las engendró y las parió mi pluma», y añadía de sí mismo: «naturalmente soy poltrón y perezoso de andarme buscando autores que digan lo que yo me se decir sin ellos» — [4], queda restituída la cuestión a su origen, evidenciándose el ningún fundamento de los comentarios con que pretendieron ilustrar la novela algunos de sus editores. En su total desconocimiento del asunto, más estaban

[4] «*La inventiva —escribe con razón Clemencín— fué la prenda en que sobresalió eminentemente Cervantes, y de que él mismo hizo gala en* «*El Viaje del Parnaso*», *donde le dice Mercurio:*

> «*Y sé que aquel instinto sobrehumano,*
> *Que de raro inventor tu pecho encierra,*
> *No te lo ha dado el padre Apolo en vano...*
> «*Pasa, raro inventor, pasa adelante*
> *Con tu sotil desinio, y presta ayuda*
> *A Apolo, que la tuya es importante.*»

para ser ilustrados que para ilustrar a nadie.

El cotejo que precede prueba palpablemente que los sucesos de la *Novela de la Tía Fingida* no son verdadera historia acaecida en Salamanca el año de 1575 —aunque así lo asienten sus copistas y editores—, por la sencilla razón de que corrían impresos desde 1534; deja probado, igualmente, que ese relato no viene a indicar en quien lo escribió, conocimiento alguno de la vida salmantina, porque si de algo carece es de color local, a fuerza de estar encajados los acontecimientos traducidos sin tener en cuenta el medio en que se desenvuelven; manifiesta—por si eso tuviera que manifestarse—no ser verdad que las tales historias «sólo pudieron tener por autor a Miguel de Cervantes», porque, como se ha visto ya, desde 1533 le plugo inventarlas y escribirlas en Venecia a Pedro Aretino, y, por último, que *La Tía Fingida* no es la más amena, festiva y correcta de todas las obras de Cervantes, como

esos comentaristas se atrevieron a afirmar, porque no es comparable con ninguna de las obras auténticas del autor del *Quijote*.

Sólo el pabellón de Cervantes, bajo el cual quiso cobijarse a *La Tía Fingida*, ha podido proteger sin discusión la inconsistencia e inverosimilitud que por vicio de origen y de acomodación premiosa tiene la novela en conjunto y en pormenores.

II

Como era de prever, una adaptación española de los *Ragionamenti* no pudo resultar acertada. En este libro del Aretino, más que en ninguno otro de los suyos, júntanse la impudicia y la venalidad con la desenfadada pintura de gentes y de cosas que, precisamente por presentársenos sin traba ni preocupación alguna moral ni literaria, tienen un valor inestimable como documentos de costumbres. Trasladados esos cuadros a otro

medio y a otro tiempo, su mismo poder de verdad vivida los hace exóticos y anacrónicos [5].

Observaciones que podían estar muy en su punto en las cortes de Italia y en el primer tercio del siglo XVI, ¿qué aplicación podían tener en Toro y en Placencia, en las postrimerías del reinado de Don Felipe II?

Gran pulso se necesitaba, como decía la Comadre de los *Razonamientos,* para navegar por los mares de la Corte romana, y no menos tiento para engolfarse entre los bajíos de la gran República de Venecia. Ahí lle-

[5] *De la influencia del Aretino en la literatura española —limitadísima, pero no del todo nula— preparo un estudio especial. Las huellas de su obra, ya directa, ya a través de la desdichada versión que de uno de sus Diálogos hizo Fernán Xuárez —la 3.ª jornada de la 1.ª parte de los «Razonamientos»—, son evidentes en el autor del «Crótalon». Juan de la Cueva tradujo en verso algunas de sus «Cartas»; varias de sus burlas andan parafraseadas en muy conocidos versos; Salas Barbadillo le recuerda, mejorándole, en unas de sus sátiras. Hasta sus insoportables «Obras sagradas» encontraron traductor en Pedro Roca de Tarragona, si bien éstas no llegaron a ver la estampa.*

gaban y convenían, de todo el mundo conocido, esos príncipes, embajadores, altas dignidades de la iglesia, y riquísimos mercaderes y potentados, cuyos títulos y dignidades no se caían de los labios de las interlocutoras en los *Ragionamenti*. La vida pagana había resurgido en la Italia de entonces: el renacimiento del arte no era sino su florecer exterior. En aquella sociedad, la «cortesana honrada», es decir, la que vivía señorilmente, gozaba de las primacías de sus antecesoras en Grecia y en Roma clásicas. Ya la designación de «honrada» indica de por sí el sentido de aquellas costumbres de libre y risueña glorificación sensual.

Bien estaban los avisos y advertencias de la Nanna para la regocijada cohorte en cuyo loor y vituperio agotaban por turno los poetas y prosistas de entonces—Speroni es cabal muestra—[6], ya la hipérbole del elogio, ya

[6] «*Opere / di M. / Sperone Speroni... / Venezia, MDCCXL / Occhi*» *Refiérome al* «*Dialogo dell'Amo-*

la del insulto: en torno de ella gira y se desenvuelve gran parte del esplendor veneciano. Bien estaban los tales consejos para aprovechados por la famosa *Zaffetta,* gran amiga del Aretino, en la morada de la cual, sin hacer de ello misterio, posaban príncipes y cardenales, como hubo de hacerlo Hipólito de Médicis en 1532—poco antes de que los *Razonamientos* se escribieran—, prefiriendo aquel deleitoso alojamiento al que, en su propio palacio, el embajador de Carlos V le tenía preparado; o por Verónica Franco, que andando los tiempos, y en su habitación de *San Giovanni Grisostomo,* había de tener por huésped al propio Enrique III de Francia; o por Tulia d'Aragona, a quien el citado Speroni introduce en el conocido *Diálogo del Amor,* donde hace decir a Nicolás Grazia, uno de los interlocutores, recordando *el elogio de las cortesanas* del Brocardo, que si Lucrecia

re», tomo I, págs. 1 a 45, y a la «Orazione contro le Cortigiane», tomo III, págs. 191 a 244.

resucitara y le oyese, no llevaría otra vida que la cortesanesca; o, por último, siquiera por aquellas Marieta, Clara y Margarita de las que escribía jactándose el Aretino *già mie massare et hora signore*. A todas ellas podía decirles la Nanna que «quien vive en perpetuas bodas, debe vestir más de agrado que de velludo»; pero ¿de qué serviría el *ars amandi* aretinesco a una «enamorada» de las que sólo se toleraban en Castilla «para evitar mayores males?», según rezaban las pragmáticas; y ¿de qué a sus medianeras y servidoras, cuando, no ya el Corregidor del relato, sino cualquiera de sus corchetes y porquerones, con el más fútil pretexto podría decirles «cubríos y venid conmigo», y dando con ellas en la cárcel poner término de azotes y coroza a la más bien planeada aventura? No, no habían de esperar para sus intrigas y embelecos solución benévola semejante a la que nos cuenta Marín Sanudo dieron los jueces venecianos al proceso que en Junio de 1532—por los años en que

los *Ragionamenti* se escribían—hubo de intentarse contra la célebre Vienna, por culpas mucho peores que las castigadas en la Claudia [7].

Lo que en Venecia sucedía no era trasplantable a Salamanca. La pintoresca animación de la ciudad por mil motivos famosa, no fué nunca riqueza explotable para gente de la calaña de tía y sobrina fingidas, pues poco o nada tenía que darles la turba estudiantil. Por cada caballero estudiante había cientos de pobres y miles de hambrientos y capigorrones. No era, en suma, campo donde podía tender hábilmente sus redes la vieja Claudia, y no están de acuerdo su conocimiento de la vida y sus doctas y sagaces advertencias teóricas—que muy en su lugar estaban entre los potentados de Venecia—, con la práctica que en Salamanca, y entre la turba estudiantil, habrían de alcanzar.

La adaptación resulta tanto más

[7] *Dice Sanudo en su «Diario»: «havia uno favor grandissimo di nostri zentilhomeni, ne meritava per questo esser condanada». Tomo LVI, columna 397.*

forzada, cuanto que, necesariamente, entre los estudiantes castellanos y los andaluces, gallegos, vizcaínos, o de cualquiera de las demás provincias españolas, no podía haber las diferencias esenciales que, según la Nanna, separaban y distinguían a los príncipes, embajadores, cardenales y ricos mercaderes de diversas naciones, en los hábitos y maneras de corresponder y remunerar los favores femeniles.

A los estudiantes de Salamanca, por muchos caracteres especiales que les dividieran, según la índole y costumbres de su provincia, igualábales la juventud y la pobreza. Reducidos, hasta los no del todo miserables, a la escasa pensión que de sus padres recibían; relegados a los mezquinos pupilajes, a las hambres y miserias de que nos dan cuenta el maestro Mal Lara, Mateo Alemán y su continuador Luján de Sayavedra, Suárez de Figueroa, el propio don Francisco de Quevedo, y tantos otros, más estaban para ser socorridos que para enriquecer a nadie.

Dentro de la tradición celestinesca

española no sólo no se buscaba al estudiante, ni siquiera al mozo noble, sino se les huía. En ella está Góngora—o Ledesma, de quien algunos quieren que sea el romance—cuando hace que

«Una Cortesana vieja
»A una Moçuela de Burgos,
»Mal industriada en el arte,
»La riñe ciertos descuydos: *(sic)*
»A soldados ni estudiantes
»Con sus ventajas i cursos
»Por Flandres i Salamanca
»Nunca admitas en tu estudio.
»Si quisieres letras i armas
»Hallaraslo todo junto
»Todas las veces que vieres
»En tus manos un escudo [8].»

[8] *Cartas / y Poesías Inéditas / de / Don Luis de Góngora / y Argote / con un Prólogo de / Enrique Linares García / Granada / ... / 1892, pag. 77. Aparece este romance como de Alonso de Ledesma en el fol. 112 del «Romancero y Monstruo imaginado», Barcelona, Cormelles, 1616. Consígnase así en el tomo III, columna 367, del «Ensayo de una Biblioteca Española», de Gallardo, quien también lo cita como de Ledesma en «El Criticón»; pero en el «Romancero general», Madrid, Cuesta, 1604, se incluye en la undécima parte, como de Góngora. Véase «Revue Hispanique», tomo XVIII,*

En ella está Salas Barbadillo cuando hace decir a Celestina:

«De los caualleros niños
»huid, aunque Habitos tengan,
»que como son Religiosos
»cumplen con lo que professan.
»Que aunque la Cruz verde, o roxa,
»puestas en los pechos muestran,
»ya todos son de San Iuan
»en el padecer pobreza [9].»

La excepción de algún caballero estudiante, mantenido según su es-

pág. 84. Como de Góngora figura, igualmente, en diversos códices antiguos, entre ellos en la famosa recopilación hecha en Loja por D. Martín de Angulo y y Pulgar, de donde lo copió, en el archivo de la casa del Duque de Gor, en Granada, el Sr. Linares García. En la obra citada hácese constar que Durán lo publica como anónimo, lo que es exacto. Nada dice de que ha corrido como de Ledesma. Tiene esta versión numerosas variantes si se la compara con las anteriores.

9 *«COMEDIA | DE | LA ESCVELA DE CELESTINA | Y | EL HIDALGO PRESUMIDO POR | ALONSO GERONYMO DE SALAS BARBADILLO | Año 1620. | (Escudo.) | CON PRIVILEGIO | EN | MADRID, POR ANDRÉS DE PORRAS.» Pág. 55 de la reimpresión de quince ejemplares hecha a costa de D. Francisco R. de Uhagón. Fortanet, 1902.*

tirpe, no hace sino justificar la regla. De tal era modo proverbial la miseria en todos, que Suárez de Figueroa escribe:

«Concluyo con el Barges, que dezia no »darſe vacio en la naturaleza excepto en los »eſtudiantes, en quien tres coſas ſe hallan »ſumamente vacias, el juicio, la bolsa, y la »ciencia [10].»

Más estaban, pues, para ser socorridos que para hacer medrar a nadie. Sólo eran ricos en sarna, según Mal Lara:

«Entre las enfermedades del eſtudiante q̄ »ſon muchas y muy grādes en demaſía »—dice—, la q̄ mas le ſatiga es la ſarna, q̄ »aſiēdole quātas partes tiene viene á tornar »de sano en enfermo... y obligado á ſiempre »rascar ſe, de tal manera q̄ paresze imposi»ble hazer otra cosa, y tan braumēte, q̄ acō»teſce ſacar la ſangre, ſegū lo ſabē los q̄ hā »paſſado por ello.»

10 «*PLAZA UNIVERSAL | DE TODAS CIENCIAS | Y ARTES, | PARTE TRADVCIDA DE Toscano, y parte compuesta | POR EL DOCTOR CHRISTOVAL | Suarez de Figueroa. | ... | Año (Escudo.) 1615. | ... | EN MADRID, Por Luis Sanchez.*»

Y los sarnosos a quien se refiere, son cabalmente los estudiantes de Salamanca [11].

Al dicho del maestro agréguese el retrato que un autor anónimo hace de sus trabajos:

«Siempre pensativo andar,
»afligido, cuidadoso,
»melancolico, sarnoso,
»fatigado de studiar,
»de la comida dudoso.
»Tiene sola una camisa,
»y, quando la da a labar,
»a por fuerça de dexar
»seis liciones y una misa,
»y en la cama se quedar.
»Y si acaso tiene un par,
»están rotas las espaldas,
»quatro meses sin labar,
»cortadas todas las faldas
»por vergonçoso luguar [12].» *(sic)*

En suma, que tratándose de estudiantes, la máxima capital en Sala-

11 *«La Philosophia / Vulgar / de Ioan de Mal Lara, vezino de Sevilla... 1568, núm 96 de la centuria tercera, fol. 74.*

12 *«Descripción de la vida y travaios que passan los estudiantes de Alcalá»*, *«Revista de Archivos, Bibl. y Museos»*, *tercera época, tomo X, pág. 173.*

manca era la de la *Celestina* de Muñón:

«Si no traen dineros, que dexen prendas »—ropas ó libros—. ¿Dónde tenías los ojos »ayer cuando la fuimos á vesitar? ¿No miraste »la alhaja de atavíos, y la rima que tenía lle»na de decretos y Baldos? [13]»

Y sobraban todos los consejos aplicables a los magnates de Venecia.

Como ya dije, sólo el pabellón de Cervantes, bajo el cual vino a cobijarse arbitrariamente a *La Tía Fingida,* ha podido proteger sin discusión la inconsistencia e inverosimilitud que, por vicio de origen, tiene la novela en conjunto y en pormenores.

Hasta en los menores detalles esa inverosimilitud e inconsistencia es palmaria. Recuérdese la exclamación de la dueña: «Hay Príncipe en la tierra como éste, ni Papa, ni Emperador, ni Fúcar, ni Embajador, ni Cajero de mercader», etc., ¿qué príncipes, qué emperadores, qué papas y qué embajadores iba a conocer y a traer a cuento la criada de aquella corredora

13 *Tragicomedia / de / Lisandro y Roselia /... Madrid, 1872, p. 41.*

de oreja en Toro? No los habría visto de seguro en tal lugar, de donde venían, ni tampoco en Zamora o en Plasencia, caso de estar hacía largo tiempo al servicio de la Claudia, como parece inferirse de la narración. No así en la obra italiana. Bien de cerca conocía el Aretino, y las interlocutoras del diálogo de la *Ruffianaria,* a esos personajes, y por eso hablaban «*Sempre ponendo la boca ne i Prencipi, facendo judicio de lo Imperadore, del Re, del Duca da Milano e del Papa a venire*», y de ahí, a cada paso, sus exclamaciones en nombre de «*Re, Papi, Imperadori*, *gran Turchi*, *Cardinali, Vescovi, Patriarchi*, *Ambiasciadori e Mercatanti*»; frases que tan mal sientan en la dueña Grijalva, por más que para españolizarlas haya puesto el traductor el nombre de Fúcar, donde Aretino escribía el de Chigi, famosos éste en Italia, como aquél en España, por sus inmensas riquezas.

Contrasta la habilidad con que el autor hilvana, y a veces zurce, los retales diferentes de que va echando

mano, con la pobreza de inventiva que en todo caso nos muestra.

Hasta el nombre de las ciudades españolas adonde se trasladan las aventuras, parece sugerido en la adaptación por el de las ciudades italianas que van saliendo en el relato: si se habla de *Piacenza,* de Italia—cabalmente en cierta página citada en que se trata de cosas españolas—, ya tendremos a Plasencia, de España, como la tierra de donde era natural Esperanza, la falsa sobrina. El nombre propio de ésta fué, a no dudar, sugerido igualmente por la palabra con que comienza una réplica del diálogo que he transcrito: «*Speranza io ti vo inſegnar*», etc.

Si la inventiva es pobre, la observación es misérrima; de ahí la vacuidad psicológica de los personajes.

Compárese la agudeza y la gracia de Rinconete y Cortadillo y la sagacidad de Loaysa en *El Celoso Extremeño*, con la bobería y ñoñez de los dos estudiantes de *La Tía Fingida.* Enamoran en pareja, y, como si no

les fuese bastante ser ellos dos para una moza, buscan un tercer galán, rico y generoso, a fin de que les ayude en la empresa de conquistarla: ¿para quién?, ¿para ambos? Pero ¿fué nunca tarea de caballeros de prendas y calidades que se quieren atribuir al D. Félix, servir de tercero en negocios de esa especie? Por torpes que se imagine a los mozos, habrían de sospechar que, siendo éste del «campo través», como se le llama, poniéndole en la pista, él sería quien cobrara la caza sin preocuparse de lo demás.

Agréguese que esos pícaros estudiantes, que no dan muestra de estudio ni de picardía, están creyendo que se trata de una doncella honesta, y que, para cautivarla, únicamente se les ha ocurrido, antes, darle aquella cencerrada maravillosa, a la que concurren cerca de cien personas, y en la que, también para lograrla, sin duda, «quisieron apedrealle la casa, quebralle la celosía y darle una matraca o cantaleta».

Y ¿qué decir de la sandez del tal caballero, que, sabiendo de quién se trata, viene a la casa *non sancta* hecho un San Jorge y en son de aventura, cuando compró el amor hecho y hasta pagó parte por adelantado?

Y ¿dónde se dió tipo más incongruentemente extraordinario que la Claudia del cuento? Debió, desde luego, de ejercer su desdichado oficio sólo por placer y deporte, y poseer ocultos medios de fortuna, ya que todo lo que pudo averiguársele es que a la moza del cuento, y a otras dos que «en su poder había tenido, las había vendido por doncellas muchas veces a diferentes personas, y que de esto se mantenía y tenía por oficio y ejercicio». Pocas mozas son para el caso. De la legítima Celestina decía Rojas: «pasan de cinco mil virgos los que se han hecho y deshecho por su autoridad», en la propia Salamanca, y no gastaba el boato de Claudia.

Si sólo tres esquilmos había dado Esperanza a su fertilidad, hablando en la jerga rufianesca de la novela,

no debió *vendimiar nebia* — siguiendo la fraseología del Aretino, de la que aquélla no es en este caso sino una traducción—; ya que con sólo el producto de esos tres encuentros había sacado la Claudia lo bastante para que, durante meses enteros, vivieran ambas, dos damas de honor y un escudero, y viajaran, se equiparan y alojaran, todos, con la pompa y autoridad que en el cuento admiraban al oficial vecino.

En suma: que si el medio es absurdo, más lo son los personajes. En *La Tía Fingida,* las personas son lo de menos; la acción es todo. Su forma es meramente anecdótica y embrionaria; de algunos de los protagonistas ni siquiera se nos dice el nombre; ejemplo, esos estudiantes, bobos de remate, como ya vimos, aunque nos cuenten que son más duchos en bellaquerías que en los libros. En cambio se detiene el autor a pintar detalladamente el traje y catadura de tipos que, como el escudero, desfilan rápidamente en la historia.

Compárese *El Casamiento engañoso* con *La Tía Fingida*, y se verá la diferencia. Es el alférez Campuzano hombre de carne y hueso. A las pocas palabras de su narración, tan sincera como desenfadada, ya trabamos con él íntimo conocimiento. Lo mismo podría decirse de las otras personas que intervienen en la acción, hasta las meramente episódicas. Un rasgo aislado, dos frases oportunas, sirven a Cervantes para dejarlas perfectamente dibujadas, colocándolas en el sitio que les corresponde en el cuadro. Cuida de los menores detalles, convenientes para la veracidad artística del relato: justifica hasta la rapidez con que los trámites de la boda se allanan, abrevian y facilitan, contándonos que las amonestaciones se hicieron en tres días de fiesta que vinieron juntos. Evita así nos llame la atención que en ciudad como Valladolid, cualquier impensado incidente no descubriera el engaño si la boda se verificara en los usuales términos. Retrata Cervantes a sus personajes

por dentro y por fuera. Conocemos su alma, no sólo lo que hacen y lo que dicen, sino lo que piensan y han pensado. Sus recuerdos, sus esperanzas; todo, absolutamente todo. De ahí que, al cerrar el libro, queden en nuestra memoria como gente que tratamos y en cuya comunidad de ideas hemos vivido, o como si, por secreto profesional, nos hubiéramos visto obligados a entrar en su alma, escudriñándola muy a lo hondo. Después de una lectura se recuerdan, no sólo aquellos tan gallardamente dibujados como el Carrizales, de *El Celoso Extremeño;* el Campuzano, de *El Casamiento engañoso,* y el «Rinconete» y el «Cortadillo», en la obra de aquel nombre; sino los innumerables tipos y sujetos que desfilan en el *Coloquio de los perros;* y hasta en aquellas novelas más a la italiana, o de transición entre uno y otro género, como *La Gitanilla* y *La Ilustre Fregona,* donde ya imprimió su personalidad.

En *La Tía Fingida* todo es exterior, sin esa gracia íntima: los chistes

del Aretino, aun en el original, eran groseros y bastos, y, al ser traducidos, perdieron toda o gran parte de su vivacidad cómica. Si salta alguno original del traductor, brota por contraste y es de la clase y género que lucen los sonetos picarescos atribuídos a Porras y a otros sevillanos de entonces. Es chiste de frase, como alguna respuesta del D. Félix, que no está en el Aretino.

La gracia en las novelas de Cervantes es interna, y de ahí que siga siendo incomprendida para algunos de sus comentadores. Su burla no es sangrienta: es una bondadosa ironía. ¿Cómo decirlo sin una frase del hampa moderna, que ha pasado al lenguaje vulgar? Es una frecuente *tomadura de pelo* a tal o cual de sus tipos novelescos. No la leemos, la presenciamos, y tan en acción, tan de bulto se nos muestra, que reímos sin que nadie nos haya advertido que hay que reir, mientras algunos cervantistas se quedan tan serios. Reímos cuando los pícaros hablan al sacristán

de la bolsa robada; cuando D. Quijote ensalza el oficio del *corredor de oreja;* cuando Loaysa alaba la voz atiplada del negro Luis, y éste acepta los elogios.

Sus pícaros son casi buenos, porque son alegres, y la alegría es en ellos una especie de bondad. «¿Es vuesa merced por ventura ladrón?» «Sí, para servir a vuesa merced y a las buenas gentes.»

Hay en aquel *vuesa merced* y en aquel *por ventura* con que se tratan los granujas, mucho de caballería picaresca y algo de nobleza apicarada. Se siente que así como los nobles *se desgarraban* para ir a las almadrabas, podían los pícaros cambiar el cuchillo por la espada del señor.

Y es que Cervantes pone algo suyo en cada uno de sus personajes. En el alma más abyecta—como no se trate de un monstruo— hay un rincón sagrado, y Cervantes dió siempre con él.

III

Ya hemos visto que gran parte de lo que en *La Tía Fingida* pasa y se dice, pasó y se dijo antes en los *Razonamientos* del Aretino. Pero, además, según asenté en un principio, añádense, incidentalmente y para darle carácter local, algunos detalles comunes en las obras derivadas de la famosa *Comedia de Calisto y Melibea.*

Desde que Feliciano de Silva resucitó a Celestina, muerta en la obra de Rojas, sustituyó a Calisto y Melibea por Felides y Polandria, e introdujo de nuevo a Elicia y Areusa, como sobrinas y pupilas de aquélla, hasta que, evolucionando el género, las reminiscencias se fundieron y transformaron en una interesante rama de la novela picaresca—de que son las mejores muestras *La Ingeniosa Elena,* de Salas Barbadillo, y *La Dorotea,* de Lope—, las imitaciones de la *Celestina* se su-

cedieron, calcándose las unas en las otras, de tal modo, que en la memoria del lector más avisado se enredan y confunden. Apenas si la gallarda prosa de Sancho de Muñón hace que recordemos, en *Lisandro y Roselia,* a Elicia, ya vieja, convertida en nueva Celestina, y a Eubulo, criado sermoneador, encargado de subrayar la moral del relato, a la manera de Parmeno en los comienzos de la tragicomedia de Rojas; y apenas, también, si algún incidente erótico en las comedias, que, como la *Serafina,* más tienen de italianas que de españolas, se destaca del resto, tan deslavazado como la *Comedia Selvagia,* de aburrida recordación. Galanes y doncellas, mozos y mozas, criados, pajes, músicos, rufianes y comadres, resultan los mismos con diferentes nombres, y la identidad de los personajes trae consigo la de las situaciones y las frases.

No son esos parecidos generales que si amenguan el valor de esas imitaciones, las conservan, no obstante, dentro de la tradición españo-

la, los que se descubren en *La Tía Fingida,* sino la copia fragmentaria de ciertos incidentes introducidos en la narración [14]: los referentes a los

[14] *Tales son esas semejanzas en lo que toca a la vieja Claudia, que, independientemente del verdadero origen de la obra, que desconocía el señor Menéndez y Pelayo, bastáronle a éste para declarar que no era de Cervantes. Hízolo así refiriéndose concretamente a los trabajos en que pretendieron probar lo contrario los señores Apráiz y Bonilla, y recogió de paso las insistentes alusiones que, a propósito de mi libro sobre «Las Novelas», le dirigió aquél en «Don Isidoro Bosarte», pág. 84, y en el «Juicio de La Tía Fingida», pág. 250. Apráiz, en su peculiarísimo estilo, demandábale su opinión acudiendo a «la suprema autoridad...», «ya que habiendo ella escrito más que na»die en el siglo XIX (?), y no poco sobre Cervantes y »sus obras, jamás ha creído convenientemente publicar »esas dudas a que alude el señor Icaza, a quien pudié»ramos aplicar el verso del Venusino: «Quin sine riva »li teque et tua solus amares.» «Queremos decir— »agrega—que entre los cervantistas actuales es el »único que resuelve de plano la incompatibilidad en»tre Cervantes y el autor de «La Tía Fingida». A lo que contestó el señor Menéndez y Pelayo: «Cada »vez me persuado más de que esta excelente nove»la no salió de su pluma, a pesar de los eruditos ale»gatos que hemos leído en estos últimos años. Doña »Clara de Astudillo y Quiñones es una copia fiel de la*

medios de que se valían las *celestinas* en España para ejercer su intrincado oficio; las habilidades especiales que éste comprendía [15]; sus visitas o men-

»madre Celestina; pero tan fiel, que resulta servil, y »no es este el menor de los indicios contra la supuesta »paternidad de la obra. Cervantes no imitaba de esa »manera, que se confunde con el calco. Un autor de »talento, pero de segundo orden, bastaba para hacer»lo. Quizá el tiempo nos revele su nombre, acaso os»curo y modesto, cuando no desconocido del todo; que »estas sorpresas suele proporcionar la historia litera»ria, y no hay para que vincular en unos pocos nom»bres famosos los frutos de una generación literaria »tan fecunda como la de principios del siglo XVII». Menéndez y Pelayo. «Orígenes de la novela», tomo III, 1910, pág. CLVIII.

15 *«Esto de los virgos, vnos fazia de vexiga, y otros »curava de punto. Tenia en vn tabladillo en vna ca»xuela pintada, agujas delgadas de pellejeros, z hilos »de seda encerados, z colgadas alli rayzes de fojaplas»ma z fuste sanguino, cebolla albarrana, y cepacaba»llo: hazia con esto maravillas, que cuando vino por »aqui el embaxador frances, tres veces vendio por vir»gen vna criada que tenia.» «... que has sido oy bus»cada del padre de la desposada que lleuaste el dia de »Pascua al racionero, que la quiere casar...». «Comedia / de / Calisto z Melibea, / Burgos, 1499 / (Reimpresión publicada / por / R. Foulché-Delbosc / Madrid, 1902», págs. 19 y 96. «Celestina. Si viniere de*

sajes a los caballeros ricos, y cómo éstos las recibían y obsequiaban; y

»mucha priesa la desposada que hice haber aquel hijo »del racionero, en el tabladillo hallarás la caxuela »pintada de los virgos; toma de ahí lo que sabes, y res»táurale la flor perdida, ni más ni menos de como me »lo viste hacer a la que estotro día se casó con el car»pintero; y si estoviere muy abierta, cúrala con punto, »muy sotilmente.» «Lisandro y Roselia», ed. cit., p. 79. «La desposada, que tiene el joyel empeñado en los dos »ducados, vino muy asustada por causa de estar hoy »convidada en casa de su esposo, y por no estar tú aquí »hube yo de ser el zurujano; y aún, por mi conciencia. »que pasó un mal rato por no ser yo buena maestra, »en pago de lo qual me dexó esta sortija de oro.» «Co»media llamada «Selvagia». Compuesta de Alonso de »Villegas Selvago, Madrid, 1873.» Colección de Li»bros Raros, tomo V, pág. 149. «Gerarda. Vóime a vi»sitar de camino a una doncella que tiene necesidad de »mí.—Laurencio. No debe estar satisfecha de lo que »es.—Gerarda. Hermano Laurencio, hacer bien nun»ca se pierde; está afligida la pobrecita, que es mañana »la boda, y creo se descuidó con un paje.» «La Dorotea» de Lope de Vega, Madrid, Padilla, 1736, f. 122, frente. «tenia la mejor mano para adereçar donze»llas, que ſe conocia en muchas leguas..., y hazia en »eſto uno ſutileza eſtraña, que adouaua mejor a la »deſdichada q̄ llegaua a ſu poder ſegunda vez, que »quãdo vino la primera.» «porque como mi madre ſe »reſoluieſſe a abrir tienda, que al fin ſe determino »antes que yo cũplieſſe los catorce de mi hedad, no

algunos pormenores aislados, a partir del espionaje que por las venta-

»huuo quien no quifieffe alcançar vn bocado..., tres »vezes fuy vendida por virgen. La primera a vn »Ecclefiaftico rico. La fegunda a vn feñor de titulo. »La tercera a vn Ginoues.» «Hyia de Celes | tina | . . . Lerida . . . Manefcal | . . . 1612, folios 31 vuelto y 35 frente. «Tres flores he dado y tantas ha Vmd. »vendido, y tres veces he pasado insufrible marti- »rio...» Deje, Señora tia ya de rebuscar mi viña, que »á veces es mas sabroso el rebusco que el esquilmo »principal: y si todavia esta determinada que mi jar- »din se venda cuarta vez por entero, intacto y jamas »tocado, busque otro modo mas suave de cerradura »para su postigo; porque la del sirgo y ahuja no »hay pensar que mas llegue a mis carnes.—¡Ay boba, »boba, replicó la vieja Claudia, y que poco sabes de »estos achaques! no hay cosa que se le iguale para »este menester, como la de la ahuja y sirgo colorado, »porque todo lo demas es andar por las ramas: no »vale nada el. zumaque y vidrio molido: vale mucho »ménos la sanguijuela, ni la mirra no es de algun pro- »vecho, ni la cebolla albarrana, ni el papo de palomino, »ni otros impertinentes menjurges que hay, que todo es »aires; porque no hay rústico ya, que si tantico quiera »estar en lo que hace, no caiga en la cuenta de la mo- »neda falsa.» «La Tia Fingida», | Novela inédita |*

* á *dice—en la pág. 73—la reimpresión de Bonilla, antes citada; pero* ha *se estampa en la edición berlinesa de 1818, que aquella sigue, y así debe ser por el sentido de la frase.*

nas de la *casa y tienda de carne* hacían chicos y mozos, hasta el castigo de

de Miguel de Cervantes Saavedra. | Berlin, | en la Librería de G. C. Nauck | Año de 1818, págs. 23 y 24. Toca en lo repugnante el acatamiento y reverencia con que Calisto recibe a Celestina: «¡O vejez »virtuosa! ¡o virtud enuejecida! ¡o gloriosa esperan»ça de mi desseado fin! ¡O fin de mi deleytosa esperan»ça! ¡O salud de mi passion, reparo de mi tormento, »regeneracion mia, viuificacion de mi vida, resurre»cion de mi muerte! Deseo llegar a ti, cobdicio besar »essas manos llenas de remedio» dice en el primer acto, y en el sexto: «¡O mi señora, mi madre, mi consolado»ra!», y otras alabanzas del mismo tono. «Calisto y Melibea», ed. cit., págs. 22 y 78. Sánchez del Muñón y Villegas Selvago excédense también en lo expresivos: «Eubulo. Señor, aquí viene Celestina.—Lisandro. ¡Oh, »hombre sin comedimiento! Corre, baxa, dale la mano, »y dile que suba su merced.—Eubulo. No es mujer de »tanta cuenta.—Lisandro. ¡Perenal!, ¿do consiste mi »bien todo y mi remedio, dices no ser señora de cuenta »y de mucha honra? ¡Señora mía! ¡Señora Celestina!, »dame la mano, que es agra la escalera, ayudarte he. »—Celestina. A tan chico santo no tanta fiesta, mi »señor.—Lisandro. Pon dos coxines aquí a la señora. »¿No vienes, rapaz? ¡Ah, rapaz!, dale dos bofetadas, »Eubulo.» «Lisandro y Roselia», ed. cit., pág. 49. «Madre Señora, mucho vales y a más te estoy obliga»do por tus agradables promesas.» «Comedia Selvagia», ed. cit., pág. 144. No es la propia «Tia Fingida» quien hace la visita al Don Félix, sino una servidora

azotes y coroza, a que frecuentemente se condenaba a las viejas sospechadas de tercerías con razón o pretexto de haber descubierto en ellas puntas y collar de hechiceras [16].

IV

Si el códice de Porras, donde, a fines del siglo XVIII, se halló inédita *La Tía Fingida,* hubiera sido descubierto por personas con sentido críti-

suya y no obstante «el caballero sentóla junto de sí en »una silla, y quitóle el manto de la cabeza, y dióle un »lenzuelo de encajes con que se quitase el sudor, que »venia algo fatigadilla del camino, y antes que le di»gese palabra del recaudo que traía, hizo que le saca»sen una caja de mermelada, y él por su mano la cortó »dos buenas postas de ella, haciéndole enjugar los »dientes con dos docenas de tragos de vino del Santo, »con lo cual quedó hecha una amapola, y mas conten»ta que si la hubieran dado una Canongía.» «Tia Fingida», ed. cit., pág. 16. Las escenas primera del acto I y tercera del III de «La Dorotea», de Lope, son también buena muestra de lo dicho.

16 *De algunos de esos particulares he de tratar más adelante con ocasión del comento de las muchas frases rufianescas que aparecen en «La Tía Fingida».*

co, en vez de caer en manos de chamarileros literarios, lo primero que habrían hecho, antes de pensar atribuírselo a nadie, es tratar de formarse idea de lo que el cuento era en sí; y es seguro que, hallándolo tal y como acabo de exponer, no lo habrían supuesto obra del ingenio español más fácil y original. Hicieron todo lo contrario, y para volver la cuestión a su origen hay que buscar los motivos que dijeron tener para atribuirlo a Cervantes.

El primer comentario data de 1814, y es de Arrieta, en la detestable y mutilada edición en que dió a conocer el manuscrito. Bosarte, el descubridor del códice, apenas si mencionó escuetamente la novela, sin aventurar ninguna opinión y prometiendo tratar de ella más tarde, lo que no llegó a cumplir [17]. Arrieta dice de su autor:

«Que éste lo sea el incomparable Cervan-

[17] *Reproduje el artículo en mi estudio sobre «Las Novelas Ejemplares». pág. 54.*

»tes, no hay para que yo me detenga á de»mostrarlo. Pudiéralo hacer fácilmente, cote»jando muchas de las expresiones, frases y »modismos de esta novela con otras que se »registran en sus demás obras, y que son »hermanas carnales de éstas, por no decir »idénticas; lo mismo que su giro, su estilo y »su lenguaje, tan suyos, y tan singulares, »que no pueden equivocarse con los de nin»gún otro escritor. Pero esto sería hacer bien »poco favor al discernimiento del lector, »pues estoy seguro de que el menos versado »en la lectura de las obras de Cervantes co»nocerá, a las primeras líneas de ésta, que »es hija legítima *del escritor alegre*, *del re»gocijo de las Musas, del famoso todo:* y aun »conocerá asimismo que es la más elegan»te, la más donosa y felizmente escrita, no »sólo de todas sus novelas, sino aun de to»das sus obras; pues en ella campean, al par »de la lozanía, las sales y las gracias cómi»cas, tan características de este inimitable y »nunca bien alabado ingenio, cierta ligereza, »cierto esmero y cierto aticismo, que se »echan de menos en todas las demás compo»siciones suyas, las cuales suelen, á veces, pe»car de prolijas, y dar en algo pesadas [18].»

De semejante crítica — de algún

[18] *«El Espíritu de Miguel de Cervantes», Madrid, Vallin, 1814; advertencia, págs. XX-XXII.*

modo hemos de llamarla— sólo sacamos en limpio que a Arrieta no le satisfacía el *Quijote*, y que le gustaba mucho más aquella escena entre Claudia y Esperanza, traducida como acabamos de ver, casi al pie de la letra, del Aretino. Que a esa precisamente se refiere, queda bien claro en el prólogo que puso a la edición de 1826, donde, al incluirla, asegura ser

«La *Tía Fingida, verdadera historia que su-*
»*cedió en Salamanca el año 1575*. Está escri-
»ta —añade— en la mocedad de Cervantes,
»quien sin duda refirió y pintó en ella un su-
»ceso acaecido en su tiempo en aquella ciu-
»dad, y mientras cursó en su célebre uni-
»versidad.»

«Induce también á creer esta noticia la
»exactitud con que Cervantes habla en esta
»novela de aquellos estudiantes, del número
»y costumbres de todos ellos, clasificándolos
»por provincias, y caracterizándolos con tal
»gracia, verdad y maestría, que este pasage
»se puede asegurar que es el más hermoso
»de ella y aun de todas sus novelas [19].»

«La de la *Tía Fingida*, igualmente que la
»del *Zeloso Estremeño*, *Rinconete y Cortadi-*

19 *Obras / Escogidas. / ... / París, Bossange, 1826, t. VII, p. XXXI y XXXII.*

»*llo*, el *Curioso Impertinente* y acaso algunas »otras, las escribió Cervantes en Sevilla, don»de corrieron por entonces en copias manus»critas con mucho aprecio entre los litera»tos y curiosos [20], y por este medio llegaron »á manos del licenciado D. Francisco Porras »de la Cámara, prebendado de la santa igle»sia de aquella ciudad, quien las incluyó á »una *Miscelánea.*»

Navarrete, en la nota con que remitió la copia a Berlín, dice, a propósito del autor de las novelas contenidas en el manuscrito Porras:

«No podemos dudar que Cervantes lo fué »también de la primera—*La Tía Fingida*— »si atendemos á su estilo, á sus alusiones, »etcétera.»

Y Gallardo añade:

«Disputar aquí más ahora, si es ó nó de »Cervantes *La Tía Fingida,* sería en nues»tro sentir disputar á nuestros mas discre»tos lectores el sentido-comun [21].»

20 *Exactamente las mismas palabras usa D. Martín Fernández de Navarrete en su «Vida de Cervantes», Madrid, 1819, p. 91: «en Sevilla, donde corrie»ron en copias manuscritas con mucho aprecio entre »los curiosos y literatos».*

21 *«El Criticón.» Madrid, Sancha, 1835, p. 9.*

Ningún otro argumento se le ocurre tampoco a Wolf, al publicar por primera vez el manuscrito íntegro, como los demás dice en el prólogo [22]:

«¿Qué lector, familiarizado con las obras »de este genio, no vuelve a encontrar en »esta novela, especialmente en los discur»sos y diálogos contenidos en la misma, »aquella atinada sátira, aquel humor cómi»co y fina ironía, aquel lenguaje ameno y »clásico que en todas partes avaloran sus »inimitables escritos?»

En suma, que nadie trajo hasta ayer mismo prueba alguna en favor de la atribución a Cervantes, limitándose a declarar, sobre el fundamento del «aire de familia», que cuantos se atrevieran a pensar de distinto modo darían muestras de ser insensatos o ciegos.

Ha sido una afirmación dogmática, *a priori*, que se ha venido repitiendo sin otro argumento que la injuria para los que disentían de ella [23].

22 *Edición citada, Berlín, 1818. Nauck.*

23 *Foulché-Delbosc en su «Estudio sobre la «Tía Fingida», Revue Hispanique, tomo VI, págs. 256 a 306, trabajo ampliamente documentado, incontrover-*

Sólo recientemente se pretendió justificarla por la simple comparación de frases y palabras que aparecen en *La Tía Fingida* y están usadas también en las obras auténticas de Cervantes.

*tible y completo en los puntos que se propuso examinar —que fueron la historia del Códice Porras; las noticias que de su contenido han quedado *, y el ningún fundamento aducido por sus descubridores para atribuir la novela a Cervantes—, dice acerca de esas rotundas afirmaciones de los comentaristas: «Es raro »que en una controversia literaria se haya discutido »con más evidente prejuicio, desenfado más absoluto de »la opinión ajena y mala fe más descarada», pág. 282. «Siempre la misma ausencia de pruebas, el mismo co»bijarse tras de las declaraciones de pretendidos peri»tos y sedicentes críticos que se tiene mucho cuidado »queden sin nombrar, pág. 284. De antemano—añade »—se anatematiza a quien se permite tener opinión di»ferente... Insensato o ciego será el torpe que no se dé »por satisfecho.»*

** De los datos que acerca del tal cartapacio dejó Fernández Navarrete, resulta que algo—aunque no de importancia—podría sustituirse o ampliarse en la lista formada por el señor Foulché-Delbosc. «La crítica burlesca», que aparece en su estudio enumerada en 7.º lugar, no la hizo Porras de «un sermón de Don Luciano Negrón, Canónigo de Sevilla», sino, cabalmente, de la oración fúnebre pronunciada en las honras de dicho doctor Negrón, por el padre Quintanilla. Suministra también Navarrete algunos detalles*

V

No es necesaria autoridad alguna para testimoniar en hechos de prueba evidente; pero es indispensable para que pese nuestro juicio en materias opinables. Opinable es cuanto toca al estilo, y por lo mismo conviene llamar la atención acerca de que quienes primero atribuyeron a Cervantes *La Tía Fingida*, ni tienen ni tuvieron jamás autoridad en materias de arte. No ya críticos, ni aun verdaderos eruditos o gramáticos fueron siquiera; porque ¿cómo fiar en la erudición de Estala, que sin haber visto ni por el forro la primera edición de *La Silva Cvriosa, de Ivlian de Medrano,* aseguraba falsamente que en ese libro

más sobre ciertos versos, quizá comprendidos en la «Floresta» a que el señor Foulché asigna el núm. 5, y dice que en ellos se hablaba de los «académicos de San Bartolomé», del poeta Sáenz de Zumeta. —Sánchez, escribe equivocadamente Apráiz, al dar cuenta de los apuntes de Navarrete «Juicio de la Tía» etc., pág. 261—, de un tabernero, Morales, «famoso en el arte gracejar», y da otros pormenores poco interesantes.

estaba la novela de *El Curioso Impertinente,* y que de allí la tomó íntegra Cervantes, «persuadido *á* (sic) que no se le descubriría el hurto»? Ni él ni los otros eran voto en materia de estilo; porque escribiendo tan descompuestamente como lo hacían el mismo Estala, Bosarte y Arrieta, mal podían estimar las condiciones del estilo ajeno. Si no se cierne y discierne en el sentido y aplicación de las palabras en los propios escritos, ¿cómo se va a entender del empleo de ellas en los extraños? Para juzgar de los puntos que calzaba Bosarte en materia de erudición, de crítica y de gusto literario, bastará recordar la carta en que habló primero que nadie de *La Tía Fingida,* en la que, a vuelta de los disparates que comenté en otra ocasión [24], dice, refiriéndose al cotejo de los borradores del *Celoso* y de *Rinconete* con las novelas definitivas publicadas por Cervantes, que: «la limadura es tal que ha depravado, corrom-

24 *«Novelas Ejemplares», págs. 49 y sigs.*

pido, y estragado la gracia y estilo del manuscrito original, o primitivo».

Y si Gallardo fué un archivo viviente de nuestras antigüedades literarias, y un benemérito de nuestras Letras—en cuanto a la bibliografía material y externa—; su apasionamiento y versatilidad, su estilo achabacanado y pueril, su ninguna veracidad y poca conciencia literaria, le hacen sospechoso en toda erudición razonada, y nulo en toda materia estética.

Tan a ciegas iba Wolf al recibir como buena la opinión que se le daba hecha, y tan mal enterado de lo concerniente al manuscrito y a los antecedentes de su publicación, que atribuye a la censura española las mutilaciones con que voluntariamente lo había dado a la prensa Arrieta en *El Espíritu de Cervantes*, y dice en el prólogo de la primera edición completa:

«A nosotros nos causa una alegría verda»deramente alemana burlar a distancia y »abiertamente la prohibición de una censu»ra tan estrecha y limitada, que con gusto

»seguiría impidiendo a las demás naciones »de Europa y a España misma, que disfru»tasen de algo escrito para distraer a un Ar»zobispo de las tareas de su cargo, y que »quizá otro Arzobispo—Bernardo de San»doval, el excelente protector de Cervantes »—leyó por entonces, también, sin pensa»mientos pecaminosos.»

En esta ocasión, como en otras muchas, se ha atribuído a estrechez de mira nacional la falta de criterio, el desenfado o la ignorancia de un individuo solo. Obras picarescas más libres que *La Tía Fingida* se habían impreso e imprimían entonces en España sin reparo ninguno: no hubo censura que obligara a Arrieta a mutilar *La Tía Fingida,* como no la hubo tampoco para que truncara las otras obras que destrozó—ejemplo, el teatro de Cervantes—por audaz incompetencia.

Justo es decir aquí, como contraste, y en honor de la perspicacia y probidad literaria de Pellicer y Clemencín—los dos grandes iniciadores y cultivadores de la erudición y estu-

dios cervantinos de su tiempo—, que a pesar de haber conocido, y manejado y mencionado el primero, el manuscrito en cuestión, siempre guardaron sobre *La Tía Fingida* un absoluto y significativo silencio. Don Andrés Bello no creyó, tampoco, que la novela fuese de Cervantes; pero no conformándose con expresar o dar a entender su opinión negativa de esa manera tácita, decía a Don Pascual Gallangos por escrito:

«¿Es verdaderamente de Cervantes la no»vela que, con el título de *La Tía Fingida,* »se le atribuye vulgarmente, figura entre las »obras de aquel esclarecido ingenio i ha »sido reimpresa en la *Biblioteca de Autores* »*Españoles?* Parece haber prevalecido la afir»mativa, i se me acusará de temerario en »poner otra vez este asunto en tela de juicio, »mayormente después de lo que ha escrito »del modo incisivo i perentorio que acos»tumbra, don Bartolomé José Gallardo en el »número 1.° de *El Criticón.* Pero, después »de haber leido cuanto sobre esta materia »me ha venido a las manos, que a la verdad »no es mucho, no acabo de asegurarme. El »motivo principal de mis dudas es la palpa»ble diferencia que creo percibir entre el

»lenguaje i estilo de *La Tía Fingida* i las »obras de Cervantes que indudablemente le »pertenecen [25]».

VI

Hay semejanzas de familia que a los extraños se les figuran pasmosos parecidos, pero que no engañan a los propios. Sucede lo mismo con ciertos rasgos comunes de procedimiento y de sentido estético, que son en el arte signos distintivos de escuela: los poco advertidos los exageran y confunden; quienes los vieron de cerca saben distinguir sus matices y diferencias.

En palabras, en giros y hasta en lugares comunes de la literatura de su época, conviene Cervantes con sus contemporáneos; que no porque se llame al castellano lengua de Cervantes, fué la que él usó privativa suya,

[25] *Vida / de / Don Andrés Bello / ... / Santiago de Chile / ... Ramirez / 1882, págs. 575 y 76.*

como algunos parecen creer. Pero cabalmente lo que le distingue de los escritores de su tiempo, lo que es en él personal y le aparta, no ya sólo del vulgo literario y de las medianías estimables de entonces, sino de aquellos a quienes nos atreveríamos a llamar sus iguales—si Cervantes en su género pudiera tenerlos—, son las condiciones de claridad diáfana, de gracia alegre y sana, de ironía a veces triste, pero jamás amarga; de sencillez y nobleza de expresión: cualidades todas que llevan aparejadas otras muchas subalternas, que no existen reunidas y evidentes, en ninguna de las obras anónimas, que por pretendidas semejanzas de estilo se le han intentado adjudicar.

Todas las suposiciones que corrieron como validas—excepción hecha de la referente a *La Tía Fingida,* y de ciertos sonetos de corte cervantesco, que bien pudieran ser suyos—han ido siendo desechadas por la crítica. El hallazgo de documentos que señalan al legítimo autor de la obra malamen-

te atribuída a Cervantes—como pasa con la *Relación de lo svcedido en la civdad de Valladolid...,* que es del cronista Herrera, y con algunas obras menores cuyo verdadero origen es ahora conocido—, puso a veces en claro la cuestión; otras, muerto el escritor que creyó hacer el descubrimiento, y desaparecida la consideración personal que hacía callar a la censura, ésta dió al traste con el falso supuesto — ejemplo, la *Carta de la fiesta de San Juan de Alfarache,* atribuída a Cervantes por Fernández Guerra—: hasta hubo caso en que el propio descubridor, cansado de una atribución arbitraria, buscó otra más arbitraria todavía, como aconteció con varias de los fantaseos eruditos de D. Adolfo de Castro. En todas esas ocasiones, para aplicar los tales escritos a Cervantes, se recurrió al mismo desacreditado sistema de comparar palabras sueltas, frases hechas y locuciones vulgares, y aun demostrada su ineficacia, se le ha resucitado después, aplicándolo a *La Tía Fingida.*

Veamos lo que vale y significa ese único intento de confirmar, a la postre, el pretendido aire de familia que en el estilo y el léxico creyeron hallar los primeros comentadores tan evidente, que, entre la gente sensata, no necesitaba demostración [26].

26 *La tentativa, es en realidad, una sola, pues si la reproducción de los textos casi perfecta en la edición Bonilla, es por el contrario, en la de Apráiz inaceptable por mendosa, y si el intento de «edición crítica» de este último es «imposible y desatinada empresa», al decir del propio señor Bonilla, y «constituye una verdadera profanación que no puede tolerarse» (obra citada en la nota núm. 1, págs. 21 a 23); en cuanto a las noticias y comentarios, ambos libros vienen a ser idénticos. Bonilla hace suyo—declarando su procedencia—el material de anotaciones de Apráiz, y, como propio, lo reproduce íntegro, lo abrevia o extiende, según le conviene. La forma de las conclusiones sí la atenúa discretamente, y no podía ser menos. La primera vez que trató Bonilla de «La Tía Fingida», había coincidido con una de las suposiciones de don Adolfo de Castro, imaginándola obra del incógnito autor del «Quijote» de «Avellaneda». (Traducción de la «Historia de la Literatura Española» de Fitzmaurice-Kelly, edición de la «España Moderna», pág. 326.) El cambio de opinión en estos casos no siempre acusa versatilidad censurable: confesar voluntariamente un error es meritorio; pero, en mate-*

A ojo de buen cubero decía el editor de referencia[27]: *La Tía fingida* tendrá sobre seis mil palabras, que por las repeticiones de las mismas vendrán a reducirse a unas dos mil diferentes. Como se ve, nada tiene de científico el tal procedimiento, ni es serio que, para comentar esas supuestas dos mil palabras, presente con el título de *Diccionario* unas cuantas anotaciones amontonadas a su antojo.

Para desbrozar el llamado *Diccionario de la Tía Fingida*, conviene establecer previamente una clasificación de su contenido, siquiera sea por grupos, pues nada hay más difícil que

ria de suposiciones, inhabilita en absoluto para dárselas de sagaz, y menos de concluyente y decisivo. Como el intento de prueba primordial es el del señor Apráiz, y, además, le presta cierta notoriedad el «accésit» otorgado en un certamen de la Real Academia, a él nos referiremos sin dejar por eso de hacernos cargo de los indicios aducidos por Bonilla, aunque no sean sino corroboración y consecuencia de los allegados por Apráiz.

27 *Juicio de «La Tía Fingida» / ... / por / D. Julián Apráiz / ... Madrid, 1906. Hernando, páginas 229 y 149 a 227.*

hablar ordenadamente de lo desordenado. Compónese, en primer lugar, de palabras y frases hechas o proverbiales de uso común en nuestra lengua, entonces y ahora, y cuyo empleo nada puede indicar en el sentido que se pretende ni en ningún otro; agréganse a estas algunas voces y giros peculiares de aquel tiempo, y que apenas podrían darnos indicios de la época en que se escribió el cuento; lo mismo pasa con los nombres de trajes y de enseres que se anotan. El examen de estas tres divisiones puede ser sumarísimo, y más detenido el de aquellas palabras y giros que, aunque usados por la mayoría de los escritores españoles de fines del siglo XVI y comienzos del XVII, a los poco ejercitados en la lectura comparada de aquellos autores, pudieran parecerles características de Cervantes. Quede para lo último el estudio de algunos antiguos refranes que Cervantes no usó, cuyo sentido ignoraban los comentadores y de los cuales citan palabras aisladas cotejándo-

las con otras sueltas. La explicación verdadera de estos proverbios puede ser curiosa por lo que a la novela concierne, independientemente de toda otra idea.

Valgan algunos ejemplos como muestras de la división indicada.

Hoy como ayer, dicen no sólo los escritores, sino todo el mundo, *aquella misma noche, quiso la suerte, señora de mi alma, loca de contento, llegó el plazo*, y tan absurdo es intentar deducir del uso de esas frases quién fué el autor de tal o cuál escrito, como lo sería pretender descubrir ahora el de una carta por un *muy señor mío, mi estimado amigo* o un *seguro servidor*. Lo mismo pasa con las frases *buena pro le haga,* que todavía se usa en algunas partes de España, como sinónima del más moderno *buen provecho,* empleado también por Cervantes.

Igual cosa sucede con ciertas locuciones, que no son sino fórmulas ceremoniales que pasaron a ser frases de uso común, como *mano de legítimo*

esposo, *fe de caballero, paso en que me hallo*. Y lo mismo acontece con las frases hechas vulgares de toda vulgaridad, como *estar de non*, *dar y tomar, leída y escribida*, o con la mención de actos o movimientos, como *morderse las uñas, atrancar la puerta, sentar o sentarse junto,* etc.

Es curioso, además, se dé la particularidad de que muchas de estas mismas frases comunes—cuya exacta reproducción nada querría decir, entresacada de la vasta obra cervantina—, ni siquiera aparezcan en el cotejo, usadas propiamente y de idéntico modo que en Cervantes. En *La Tía* se dice: «*Atrancáronse* las señoras», y Cervantes no escribe *atrancóse* el ventero, sino «quiso el ventero *atrancar* bien la puerta»; ni hace que el Don Pancracio de «La Cueva de Salamanca» pregunte a su mujer *¿estáis atrancada;* sino ¿tan temprano *tenéis atrancada la puerta?* Tampoco pone Cervantes en los pasajes que citan «Sentóla junto *de* sí», sino «junto *a* sí»; ni «desventurada *fuí yo*», sino «desdi-

chada *de mí*» o «desventurada *de mí*». Y si la exactitud en estos casos nada diría, algo pueden decir las variantes[28].

El modo adverbial *como en real de enemigos*, junto con los verbos *tirar* o *dar*, fué siempre sinónimo de encarnizándose, y *cosa de encantamento* era *como por encanto*.

Juro a tal, voto a tal, máteme Dios, por el siglo, son juramentos que hay a montones en toda la literatura de la época. Los diccionarios ya ni se ocupan de justificar o de explicar el uso de estas frases bajas con que se jura, como dice el de Autoridades.

Eso es aire vale tanto como decir que es cosa sin substancia; *para en uno* es frase sacramental. Es locución que expresa que dos personas son muy conformes y parecidas en costumbres y modales, úsase comúnmente hablando de los casamientos.

28 . *Véanse, respectivamente, «Don Quijote», I. P. Cap. 17 al final; «Persiles», I, 2, y «Colección de Entremeses», ordenada por Cotarelo, Madrid, Bailly-Baillière, 1911, págs. 37 y 23, «Don Quijote», P. II, cap. 18.*

No hay perífrasis ninguna peculiar de Cervantes en el empleo de las palabras *flor, gozar y limpieza,* a las que el editor comentarista dedica sendos y larguísimos artículos, pues, ayer como hoy, *flor,* en una de sus acepciones, quiere decir entereza virginal, y *limpieza* significa castidad y pureza.

La reproducción comparada de estas palabras y frases vulgares es tan innecesaria como sería imposible de realizar: equivaldría a intentar reimprimir cuanto literaria y particularmente se escribió en nuestra lengua, antes y ahora. Vengamos, pues, a aquello de carácter general de época, tomado equivocadamente como peculiar cervantismo.

Basta, para muestra de cuáles son las palabras que el comentador tiene como características de Cervantes, el número de anotaciones que dedica a «buen», «buena» y «bueno», aplicadas a personas «que eran tal para cuál de malas», y lo mismo respecto a «honrada» y «reverenda»; como si no fuera uso vulgar de la época, y así lo

consigna Covarrubias en su *Tesoro*, diciendo que «hasta lo malo, en lo consumado de su maldad, admite, aunque impropiamente, ese epíteto de *bueno*[29]. Y en cuanto al *honrado*, *reverendo* y *venerable*, empleados irónicamente por la mayoría de los escritores de su tiempo, el citado Covarrubias añade: «se tomaban a mala parte, según el tono y sonsonete con que se decían» [30].

No obstante, el comentarista copia: «Con todo este estruendo llegó la *bue-*

29 Bueno. *Dióle vna buena cuchillada: y la cuchillada para el que la recibe no es ſino muy mala. Tiene vna muy buena calentura, es un buē vellaco, &c Y todo eſto es en ſi malisimo. Este termino trato aqui vulgar y caseramente, y el que lo quiere levantar de punto vea los Filosofos y Teologos, a los cuales le remito. Con ſolo lo dicho dezimos Hombre bueno y buē hombre. Esta palabra Buen hombre algunas vezes vale tanto como cornudo; y buena muger puta. Solo conſiſte en dezirlo cō el ſonſonete en ocasion y a persona que le cuadre.*

30 Honrado-honrada. *Honrada ſe dize por la muger, pero algunas vezes el honrado y honrada se toma en mala parte ſegun el tono y ſonſonete con que ſe dize.*

na Señora a su casa.» «Descubriendo la *buena* Señora una calva más lucia que la de un fraile.» Y hace notar que «en la misma *Tía* se denomina repetidas veces buena tanto a la ama como a la dueña, que eran tal para cuál de malas». Agrega después las siguientes citas de Cervantes: «La *buena* Marialonso comenzó a mirar al *bueno* del músico. El corro de las mozas, guiado por la *buena* dueña...—No quiso la *buena* dueña perder la coyuntura... y otro montón de *buenos* cervantinos del mismo género.—Topé en el camino a esta *buena* dueña, y el diablo... hizo que yogásemos juntos.» «Con todo eso aquella *buena* gente le escardara y le mirara (a Sancho) hasta lo que entre el cuero y la carne tuviera escondido (con referencia a los bandoleros de Roque Guinart), etc., etc.» Respecto a *honrada, reverenda* y *tocas y rosarios* igualmente escribe Apráiz: «En *La Tía Fingida* se llama también honrada a gente sin honra. Cubríos, *honrada,* y cúbranse todos y vengan a la cárcel.» Cervantes también decía:

«Mostrad, honrada y valiente, esa bolsa. —Lo que yo os digo, hermana, es que os cubráis, que habéis de venir a la cárcel.» A *La Tía Fingida* la llama su autor *reverenda.* Vieron venir una *reverenda* matrona con unas tocas blancas... y con un gran rosario al cuello de cuentas sonadoras. Cervantes dijo: «vió entrar a una reverendísima dueña con unas tocas blancas».

No en la obra total de un autor, sino en las breves páginas de un menudo librito de la época, aparecido dos años antes que las *Novelas Ejemplares,* en *La Hija de Celestina,* de Salas Barbadillo, hallamos materia bastante para demostrar la total ineficacia de tal género de pruebas.

Después de contar Elena su vida y nacimiento, diciéndonos que su padre, «Alonso Rodríguez, Gallego en la ſangre, y en el oficio Lacayo», era «hōbre muy agradecido al ingenio de Noe, por la inuenciō del ſarmiēto», y tras de referir que su «madre fue natural de Granada, y cō ſeñales en el roſtro, porq̄ los buenos han de andar

ſeñalados para q̄ de los otros ſe difereciē»—aludiendo en esto al hierro de los esclavos y moriscos—va insertando en corto espacio más *honrados, buenos, buenos* y *venerables,* en sentido irónico, que cuantos estampó Cervantes en todos sus libros.

«ſe caſo con el *buen* Rodriguez, aquel mi »*honrado* padre que Dios aya perdonado».—«mientras ella andaua en estos exercicios »(nada virtuosos), el *bueno* de mi padre acu»día a ſus deuociones, ſin dexar hermita (ta»berna) que no uiſitaſſe».—«La habilidad de »mi *honrada* suegra, madre y señora tuya». «—¡Oh! qué pobre está el mundo de *bue»nas* habilidades, y qué acabado de la facul»tad de naturaleza, pues ya apenas en todo »el reino, y aunque la busquemos con mu»cho cuidado, no hallaremos una mujer en »que concurran *partes* y *calidades* que en tu »*buena* madre». — «Elena, Montufar y la »*honrrada vieja*». — «eſta muger anciana, »eſta *honrrada* Mendez».—«desta opinion »fue ſiēpre la *venerable* Mendez porque la »peſaba mucho de ver en caſa quiē la mā»daſſe a ella, y gobernaſe a ſu ama».—«y »cara a la deſconſolada Mendez, acudio con »eſtas razones, Madre *honrrada*, aprouécheſe »del entendimiento». — «O que charidad, »que *honrrada* ſeñora.» «Toda ſu vida ha

»gaſtado en cubrir las flaquezas de mugeres »moças, y sin tener mayor manto que las »otras, que eſto es lo que a todos admira, »mouiāle para q̄ hizieſſe eſto grandes razo- »nes (habla del rufian Montufar) al *honrado* »varon.» «reyaſele la fortuna y mirauale apa- »zible al *honrrado* paciente. (Habla del propio rufián, casado ya con Elena, y «mari- »do de seso») pues «obligoſe Mōtufar, quādo »ſe dio por eſpoſo de Elena», a que ella reci- »uieſſe viſitas: pero cō vn itē, que auian de »redundar todas en gloria y alabança de los »cofres, trayēdo vtilidad y prouecho a la »bolſa» [31].

El uso irónico de las palabras *buen*,

[31] *Cito por la rarísima edición siguiente, de la que existe un ejemplar completo en la Biblioteca Real de Berlín—el hasta ahora conocido estaba falto de portada—.* «*La Hyia de Celes- / tina. / Por Alonſo Geronymo de Salas / Baruadillo: impreſſa por la di- / ligencia y cuydado del Alferez / Franciſco de Segura, entreteni / do cerca de la perſona del / Señor Virrey de / Aragon. / A Don Franciſco Gaſſol, / Caua- / llero del Orden de Santiago / del Conſejo de ſu Mageſtad, y / ſu Protonotario, en los / Reynos de la Coro / na de Aragón. / (Un adorno) / Con licencia. / En Lerida, por Luys Maneſcal, / Año 1612. / Acoſta de Miguel Maneſcal, merc. de lib.*», *folio 30 frente, 32 vuelto, 48 frente, 52 frente, (por errata está impreso 25), 49 vuelto, 60 frente v vuelto, 80 vuelto, 83 rente y vuelto.*

bueno, honrado, honrada, reverenda, venerable, era común a Cervantes y a la mayoría de los escritores picarescos de su tiempo [32]. Con el sistema en cues-

[32] *Ese sentido, contrario en muchos casos al que realmente tienen las palabras citadas, pasó a ser proverbial, como lo demuestran las explicaciones de los viejos diccionarios que antes copié. De ello hay además abundantísimos testimonios en todos los libros del género, desde «La Celestina» a «La Dorotea». Esta vez creo haber presentado ejemplos más que suficientes. Para no caer en prolijidad innecesaria, seré parco en las citas que vengan después, aunque pudieran presentarse en cada cuestión más numerosas que éstas. Alisa llama a Celestina, cuyo oficio conoce, «vecina* honrada». *«Celestina», ed. cit., p. 54.—«Mirad qué* reverenda *persona.» «La Celestina», p. 27.—«Este oficio me bastaba, éste mantiene mi casa, sustenta mi* honra *y me hace ser tenida y acatada de todos, y afama mi nombre por la ciudad.» Sanchez del Muñón, «Lisandro y Roselia», p. 75.—«Vieja* honrada *como pasabas por nuestra puerta», dice Roselia a Celestina.» «Lisandro y Roselia», p. 178.—«Elena y la* venerable *Méndez, como mujeres criadas en el ocio de los deleites.» Salas Barbadillo. «La hija de Celestina», ed. cit., f. 69 vuelto.*

«Ésta era una vecina
Anciana, muy honrada *y* reverenda,
A quien dió Celestina
Virtudes, santidad, botes y tienda...»

Alonso Alvarez de Soria, manuscrito, B. N. de Ma-

tión podemos atribuir *La Tía Fingida* a quien se nos venga en mientes.

drid, núm. 3.890.—Y no hay novela en que no se hable de las dueñas, y al par que de sus tercerías, de sus tocas, *de sus* rosarios *y de las* cuentas *de los mismos.* —«*Loz... nunca yo medre si vos decís todas esas* cuentas. *Vieja. No lo digais, hija, que cada día las paso siete a siete, con su gloria al cabo.*» «*La Lozana Andaluza*», *ed. Rodriguez Serra. Madrid, 1899, p. 69.*— «*Ger..., como calla don Bela, viendo tratar mis* tocas honradas *con eſte deſafuero?*» «*La Dorotea*», *f. 86 (sic) frente, y en la p. 251 de la ed.* «*Renacimiento.*»— «*Y entrando con ellos una criada vieja, mujer muy cumplida de* tocas y rosario, *de cuyas opiniones y doctrina se fiaban los negocios de más importancia y peso.*» «*La hija de Celestina*», *ed. cit., f. 14 vuelto.*— *Y, por último, por si no fuesen suficientes pruebas, ahí van algunas más—sacadas como las referentes a Salas Barbadillo, de unas cuantas páginas de un solo libro, anterior a las* novelas *de Cervantes—.* «*¿No habéis visto la* dueña honrada *como...?*»—«Dueña honrada *mucho quisiera cumpliros vuestro deseo*» «Dueña honrada, *para conmigo que bien se me entiende*»—«Dueña honrada *bien basta lo que me has dicho*» — «Buena *vieja en gran confusión me ponen tus palabras*»—«*Dueña* noble *ya te he dicho*»—«*¿Y qué concertastes con aquella* buena *vieja?*»—«*Comedia | llamada Selvagia, | Compuesta | por Alonso de Villegas Selvago*» *| Madrid, 1873 (colección de libros españoles Raros o Curiosos. Tomo V), págs. 88-155-159-161-163-165 y 196.*

VII

Es indudable que el empleo frecuente, en *La Tía Fingida,* de palabras que Cervantes no usó jamás, sería muy poderoso indicio respecto a lo infundado de la suposición. El cuento es corto, y el número de voces usado en él, reducido, si se compara con las que se cuentan en la obra total, lo que hace presumir que en el vocabulario cervantino cabrían casi todas. Pero si a eso se agrega que Cervantes no sólo no emplea esas voces, sino que, para tratar de asuntos parecidos, acostumbra usar de otras sinónimas, la observación, desde el punto de vista del léxico, tiene un carácter negativo de positiva importancia.

Muchas veces pudo haber escrito el añejo calificativo *aferruzado,* si el rarísimo vocablo, que no he visto en ningún diccionario antiguo de nues-

tra lengua, y de cuyo uso apenas si existen autoridades, todas muy anteriores a Cervantes, hubiera sido de los suyos. Jamás vino a su pluma en sus obras auténticas, ni aun en el mismo *Don Quijote,* donde agotó todos los equivalentes: «Encendido en cólera» —dice—, «con furia y enojo», «con furia y denuedo», y «con denuedo y coraje», etc. Y cuenta que el estilo de los libros de caballería, imitado en el *Quijote,* daba libre entrada a palabras arcaicas que no cabían apropiadamente en el habla picaresca.

No dijo *aficionado*[33] en el sentido de enamorado, que ya tan fuera de uso común estaba en su tiempo ese vocablo; como el verbo *apregonar*[34], en

[33] Aficionado, *enamorado, viene de verbo afficio. is que sinifica lo mesmo.*—Covarrubias.

[34] Apregonar, *no lo trae Cuervo, el Diccionario de la Academia lo consigna como anticuado, el de Autoridades cita las del «Conde Lucanor, Libro de Montería del Rey Don Alonso, y Comedia Florinea», todas bien arcaicas. Es tan anticuado como* acurtir *por* curtir. *La pérdida de la* a *en esos verbos fué completamente arbitraria, pues en algunos subsiste como en*

vez de pregonar, que fué como escribió siempre Cervantes y se lee en *Galatea*, en *la Señora Cornelia*, en *Rinconete* y en *Don Quijote:* es decir, en todas las épocas de su vida literaria. De mano del racionero Porras de la Cámara estaba escrito así pregonar, y no *apregonar*, varias veces en la copia del *Rinconete* que figuraba en el mismo códice donde se halló *La Tía Fingida*, en la cual, por el contrario, también de su propia letra pone *apregonar*, cuando escribe por otra cuenta. Esta forma es tan vieja como lo

acuñar. *Las pretendidas explicaciones del «Diálogo de las lenguas» no hacen sino confirmar que en la supresión no presidió más regla que el uso. Covarrubias tiene* PREGÓN, PREGONERO, PREGONAR *en el folio 594, ningún* APREGONAR.—*«tengo cargo de pregonar los vinos que en esta ciudad se venden, y en almonedas, y cosas perdidas, acompañar los que padecen persecuciones por justicia y declarar a bozes sus delictos:* pregonero, *hablando en buen romance».—«La vida de / Lazarillo de Tormes, / y de sus fortunas y aduersidades». Edición de R. Foulché-Delbosc. Madrid 1900, pág. 64.—«que parece que* pregona *algún borrico perdido». Lope de Vega «Dorotea», fol. 119 vuelto, edi. cit.*

serían *abastar* y *abastanza,* empleados por bastar y bastante. Otro tanto puede decirse de la palabra *desafucia*[35], usada en *La Tía Fingida* en vez de deshaucia, como en los tiempos de Cervantes se decía ya, y se dice hoy todavía. En desuso relativo había caído *deporte*[36], voz que ahora con razón se ha puesto de nuevo en curso y que no aparece en ninguna de las obras de Cervantes. Más anticuado es todavía el giro «*derribaron* sus bonetes con un extraordinario modo de crianza», pues el verbo *derribar* ya en aquellos tiempos significaba, como dice Covarrubias, «echar de alto para

[35] Desafuciar *no lo tienen ni Covarrubias, ni el Diccionario de Autoridades, ni el de Regímenes de Cuervo, pero el de Autoridades dice a propósito de* Deshauciar. «*Es formado de la preposición des y el nombre fucia que vale confianza por cuya razón se decía en lo antiguo desafuciar.*»

[36] Deporte, *Es verdad que el significado de esta palabra, como «diversión, holgura y pasatiempo», puede apoyarse con citas de los padres Mariana y Fonseca; pero no lo es menos que estos escritores, muertos a principios del* xvii, *son de los escritores del siglo* xvi *más arcaicamente castizos.*

baxo, *descompuestamente;* como derribar los muros de la casa»; y ya entonces únicamente se conservaba ese sentido en la frase *derribar el manto,* por bajar las damas la parte de aquél que les cubría el rostro[37], porque *derribar la capa,* aunque con el mismo origen, valía, según el mismo Covarrubias, como «disponerse para echar mano a la espada y reñir». Derribar el bonete es, pues, tan antiguo como derrocar el bonete, según lo vemos usado en la tragicomedia de *Calisto y Melibea:* «Entrando en la iglesia—dice Celestina—veía *derrocar* bonetes en mi honor como si yo fuera una duquesa». Por eso decía el antes citado Covarrubias: «todas las fórmulas y modos de hablar que hemos dicho de la palabra derribar, se pueden acomodar al verbo derrocar»[38]. Qui-

[37] DERRIBAR *el manto lo usa Cervantes en «El Casamiento Engañoso»; y derribar la capa aparece en el «Lazarillo», todavía en la antigua forma: «y derribando el cabo de la capa sobre el lado Izquierdo, saco vna llaue de la manga», ed. cit., p. 33.*

[38] *«Celestina», p. 121. Covarrubias, fol. 305 vuelto.*

tarse el bonete se decía ya entonces; «de ahí que a la cortesía que se hace con *quitar* el bonete se llamara *bonetada,* escribe el propio Covarrubias, y estar *desbonetado* estar descubierta la cabeza de sombrero o bonete». En suma, que derribar el sombrero en el sentido de quitárselo uno mismo en signo de cortesía y reverencia, no lo usó.

Del tenor de estas tan claras diferencias, que no escojo, sino tomo de mis primeras anotaciones agrupadas por orden alfabético, expondría bastantes más si las dichas no sobraran para mi objeto[39].

[39] *La diversidad de léxico, demostrada en el empleo de las voces arcaicas, se observa también en las de uso vulgar, y es asimismo significativa. El* arriero *de las escenas del «Quijote» y de las «Ejemplares» se convierte en el* recuero *de las jácaras y de las picarescas; la* rodela *se cambia en* rodancho, *etc. Tantas son esas diferencias, que ni aun a los mismos editores de «La Tía» han podido ocultarse. Además de la serie de palabras*—chorizos, deshollinadores, martingala, Jaraicejo, navarrisca, panivinagres, pretensa, refracción, esturdión *y demás—que los editores de la «La Tía» declaran como no cervantinas,*

VIII

Cuidó siempre Cervantes de ser claro. Su sencillez y facilidad de expresión le daban medios para insistir sobre lo ya dicho, aclarando lo que juzgaba podía parecer obscuro, sin que por eso dejara de hacer hablar a cada cual del modo que le correspondía. Con muchos ejemplos puede demostrarse esto. Recuérdese la escena de los galeotes en el *Quijote*, los diálogos en *Rinconete y Cortadillo*, y tan-

confiesa uno de ellos, Apráiz, que sería fácil entresacar no pocas frases privativas y exclusivas de «La Tía fingida», Treinta o cuarenta frases—*añade en su prodigalidad en materia de cifras,* «y todavia concedemos todo el contenido de los parladillos entre tía y sobrina, en que tanto abundan los eufemismos de cosas obscenas y torpes». *(Juicio de «La Tía», pág. 230.) Como quien dice, la parte capital de la novela. Le atribuyen «La Tía» por parecido general, que sólo acusaría una escuela, y pasan por alto las diferencias, única base para intentar deducir la personalidad del autor.*

tos otros incisos aclaratorios dispersos sistemáticamente en su obra total. No ya los términos germanescos—que jamás usó del modo que se hace en *La Tía Fingida* al narrar por cuenta propia, sino que los puso en boca de pícaros y rufianes—, sino aquellas palabras que, por ser demasiado locales, no creía conocidas de todo lector, eran por él cuidadosamente declaradas, y este procedimiento era tan personal suyo, que lo mismo puede verse en los textos definitivos de sus novelas, tal y como las dió a la prensa, que en los borradores de las mismas, contenidas en el códice de Porras, de donde Bosarte las copió y dió a la estampa.

«Mi padre, por la misericordia del Cielo—»dice Cortadillo—, es sastre y calcetero y »me enseñó á cortar antiparas, que, como »vuesa merced bien sabe, son medias calzas »con avampiés, que por su propio nombre »se *suelen llamar* [40] polainas.»

«Mi padre es sastre y calcetero—dice el

[40] *Para mayor claridad subrayo las frases explicativas.*

»borrador—y me enseñó á cortar antipa-
»ras, que son medias calzas [41].»

Si pone en el prólogo de sus *Comedias*, hablando de Lope de Rueda «de oficio batihoja», añade «que *quiere decir* de los que hacen panes de oro.

Si escribe en *El Celoso:* «hizo torno »que de la casapuerta respondía al »patio», es que ya antes nos ha dicho: «en el portal de la calle, *que en »Sevilla llaman* casapuerta» [42]; y si más adelante en la misma obra habla de *virotes* y *mantones*, es así: «Uno de es»tos galanes, pues, que entre ellos »*es llamado* virote, mozo soltero (que »á los recién casados *llaman* manto»nes» [43].

Escribe en *Rinconete:*

[41] *Cito por la edic. de Rodríguez Marín. Sevilla 1905, págs. 266-70.*

[42] *El borrador dice: «En el portal de ella,* que en Sevilla llaman *casapuerta».*

[43] *Dícese en el borrador:* «llaman *mantones; á los recién casados...; á los mozos solteros* llaman *también virotes».*

«Y allí le comenzó a decir tantos dispa»rates, *al modo de lo que llaman* bernardinas, »cerca del hurto y hallazgo de su bolsa, »dándole buenas esperanzas, sin concluir »jamás razón que comenzase, que el pobre »sacristán estaba embelesado escuchándole; »y como no acababa de entender lo que le »decía, hacía que le replicase la razón dos y »tres veces.»

Claro está que, con esta gráfica explicación, nadie quedará en duda de lo que eran las *bernardinas*.

Permítaseme que continúe citando. Para lo que pretendo probar es indispensable. Por fortuna, releer a Cervantes no fué nunca penoso.

«—¿Qué son gurapas?—preguntó Don »Quijote.

»—Gurapas *son* galeras—respondió el ga»leote—... Este, señor, va por canario, *digo* »que por músico y cantor.

»—Pues ¿cómo?—repitió D. Quijote—. »¿Por músicos y cantores van también á ga»leras?

»—Sí, señor—respondió el galeote—; que »no hay peor cosa que cantar en el ansia.

»—Antes he yo oído decir—, dijo D. Qui»jote—, que quien canta, sus males espanta.

»—Acá es al revés—dijo el galeote—; que »quien canta una vez, llora toda la vida.

»—No lo entiendo—dijo D. Quijote. Mas »una de las guardas le dijo: —Señor caballe- »ro: cantar en el ansia *se dice*, entre esta »gente non sancta, confesar en el tormento. »A este pecador le dieron tormento y con- »fesó su delito, que era ser cuatrero, *que es* »*ser* ladrón de bestias; y, por haber confesa- »do, le condenaron por seis años á galeras, »amén de doscientos azotes que ya lleva en »las espaldas; y va siempre pensativo y triste, »porque los demás ladrones que allá quedan »y aquí van, le maltratan y aniquilan y es- »carnecen y tienen en poco, porque confesó »y no tuvo ánimo de decir nones.

»—Este hombre honrado va por cuatro »años á galeras, habiendo paseado las acos- »tumbradas vestido en pompa y á caballo.

»—*Eso es*—dijo Sancho Panza—, *á lo que* »*á mí me parece*, haber salido á la vergüenza.

»—Así es—replicó el galeote—; y la cul- »pa por que le dieron esta pena, es por ha- »ber sido corredor de oreja, y aun de todo »el cuerpo. En efeto, *quiero decir* que este »caballero va por alcahuete.» [44]

Volvamos al *Rinconete*, por si el ejemplo no fuera bastante:

[44] *Ed. Cortejón. Madrid, 1906, t. II, p. 158 a 60.*

«—Díganme, señores galanes, ¿voacedes »son de mala entrada, ó no?

»—No entendemos esa razón, señor galán, »respondió Rincón.

»—¿Qué, no entrevan, señores murcios?, »respondió el otro.

»—No somos de Teba ni de Murcia, dijo »Cortado; si otra cosa quiere, dígala; si no, »váyase con Dios.

»—¿No lo entienden?, dijo el mozo; pues »yo se lo daré á entender y á beber con una »cuchara de plata: *quiero decir,* señores, si »son vuesas mercedes ladrones.»

Y después:

«—En cuatro años que há que tiene el »cargo de ser nuestro mayor y padre—agre- »ga el mozo de esportilla hablando de Moni- »podio—, no han padecido sino cuatro en el »*finibus terræ*, y obra de treinta envesados, »y de sesenta y dos en gurapas.

»—En verdad, señor, dijo Rincón, que así »entendemos esos nombres como volar.

»—Comencemos á andar; que yo los iré »declarando por el camino, respondió el »mozo, con otros algunos, que así les con- »viene saberlos como el pan de la boca.»

Añade el borrador:

«—Sea enhorabuena, respondieron los dos »amigos, y así encaminaron donde el ter-

»cero los llevaba, el cual les dijo que el mo-
»rir en finibus terræ *era* morir en la horca, y
»envesados *quería decir* azotados, y condena-
»dos á gurapas *era* echados en galeras.»

Y en el original dado a la imprenta:

«Y así, les fué diciendo y declarando otros
»nombres de los que *ellos llaman* germanes-
»cos ó de la germanía en el discurso de su
»plática, que no fué corta, porque el camino
»era largo.»

En el propio *Rinconete* escribe también:

«Los días pasados dieron tres ansias á un
»cuatrero que había murciado dos roznos, y,
»con estar flaco y cuartanario, así las sufrió
»sin cantar como si fueran nada; y esto atri-
»buímos los del arte á su buena devoción,
»porque sus fuerzas no eran bastantes para
»sufrir el primer desconcierto del verdugo. Y
»porque sé que me han de preguntar algunos
»vocablos de los que he dicho, quiero curar-
»me en salud y decírselo antes que me lo
»pregunten. Sepan voacedes que cuatrero *es*
»ladrón de bestias; ansia *es* el tormento; roz-
»nos, los asnos, hablando con perdón; primer
»desconcierto *es* las primeras vueltas de cor-
»del que da el verdugo.»

Ese procedimiento llegó a ser de tal modo típico en la prosa cervantina, que, no ya cuando aclara un término de germanía o una palabra o locución que por ser regional teme no sea entendida, sino cuando inserta una frase hecha o un refrán, agrega siempre el *«como dicen», «como decirse suele», «que comunmente se dice»*, *«según se dice»*, etc., agotando todas las formas de esta expresión. Véanse si no las siguientes del *Persiles:* «tomando, *como dicen,* el fresco»; «á Dios y á la ventura, *como decirse suele»; «comunmente se dice* que el creer es cortesía»; «todo fué, *como dicen*, dar voces al viento y predicar en desierto»; «como la necesidad, *según se dice*, es maestra de avivar los ingenios»[45].

Y ahora bien, ¿en qué puede parecerse ese estilo en el que logra hasta explicar algunas frases extranjeras que introduce en el relato,[46] al de *La*

[45] *Páginas 330, 352, 365, 404, 422 del «Persiles» en la edición dirigida por Rosell, Madrid, 1863.*

[46] *A renglón seguido de estampar en el capítulo XXV de la Segunda parte del «Quijote» un* «Che-

Tía Fingida, de cuyos términos, como diría Cervantes por boca de Rincón, hasta sus propios comentadores así entienden como volar?

Y si no, veamos los del comienzo del cuento:

«Pasando por cierta calle de Salamanca »dos estudiantes mancebos y manchegos, »más amigos del baldeo y rodancho que de »Bártulo y Baldo, vieron en una ventana de »una casa y tienda de carne una celosía; y »pareciéndoles novedad (porque la gente de »la tal casa si no se descubría y apregonaba »no se vendía), y... siendo pláticos en la ciu- »dad, deshollinadores de cuantas ventanas »tenían albahacas con tocas, en toda ella no »sabían que tal tía y sobrina hubiesen cur- »santes en su Universidad, principalmente »que viniesen á vivir á semejante casa, en »la cual, por ser de buen peaje, siempre »se había vendido tinta, aunque no de la »fina: que hay casas, así en Salamanca como »en otras ciudades, que llevan de suelo »vivir siempre en ellas mujeres cortesanas,

pesce pigliamo», *agrega «¿Qué ha de ser de nos- otros?» traducción de aquella frase italiana que indi- ca perplejidad, como asienta Rodríguez Marín en sus notas al «Quijote».*

»y por otro nombre trabajadoras ó enamo-
»radas.

Si Cervantes hubiera escrito esos párrafos, se habría cuidado de explicar, según su costumbre, que el *baldeo* y *rodancho* eran la espada y el broquel, de los cuales los estudiantes c el cuento fueron más amigos que de *Bártulo* y *Baldo,* es decir de los libros. Habría expuesto también que entre la gente en que la escena se coloca, entendíase por *tienda de carne* la casa de ruin trato, y por eso las huéspedas, *si no se apregonaban* «haciendo ventana», *no se vendían,* y de ahí que a esas mujeres ventaneras o que «hacían ventana de asiento»—como dice Salas Barbadillo — llamáraselas *albahacas con tocas,* asimismo que *deshollinar ventanas* equivalía a atisbar o espiar por éstas, y que casa *de buen peaje* donde siempre se había vendido *tinta, aunque no de la fina,* que llevaba *de suelo* vivir siempre en ella *trabajadoras o enamoradas,* no eran sino varianres de la misma idea de que en aque-

lla casa había habido de antiguo *tienda de carne*, y no de las mejores.

Aunque su prosa no habría podido desenvolverse entre tantos y tan indispensables «se dice», «quiere decir» «decirse suele» o «como bien se sabe». Ni mucho menos teniendo que lidiar con las frases que se amontonan después de las líneas copiadas, donde habría de dejar en claro qué quería decir lo *del tiempo de Fernán González,* qué *guantes de polvillo,* y *replicar broqueles,* y *meterse en danzas de espadas,* y *hacer refacción y deshecha,* y *estar de dos dormidas como gusano de seda,* e *ir hecho un San Jorge.* O aquellas, y tantas otras más que están mejor a oscuras, como *abrir tienda, esquilmar majuelo, vendimiar viña*, *desfrutar la heredad*, que no son sino traducción exacta del texto del Aretino, *il di che apre bottega, &.*, frases hechas y jerga lupanárica, de que Cervantes no se sirvió jamás.

Esa diversidad de estilo, corresponde a la diferente manera de pintar los sucesos, tan clara y sobriamente

trazados en Cervantes, y tan retorcida y redundantemente relatados en *La Tía Fingida.*

Un ejemplo pondrá esto de bulto: el episodio de la serenata, que por no ser traducido ni adaptado es, sin duda, lo más característico del autor del cuento.

«Llegóse en esto la noche, y en la hora »acomodada para la solemne fiesta, juntáron»se nueve matantes de la Mancha, que saca»ron cualquiera de una taza malagán por sor»da que fuese (sic), y cuatro músicos de voz »y guitarra, un salterio, un arpa, una bandu»rria, doce cencerros y una gaita zamorana, »treinta broqueles y otras tantas cotas, todo »repartido entre una grande tropa de pani»aguados, o por mejor decir, pan y vina»gres. [47] Con toda esta procesión y estruendo

[47] *Cotéjense la descripción de esa absurda serenata—con que los estudiantes de «La Tía Fingida» obsequian a Esperanza—, y el relato de una cantaleta o cencerrada que para burla y escarmiento de cierta dama vecina de la señora que estaba* debajo del patrocinio *de* Don Diego de Noche, fabricó la venganza *de éste: «Determinaron, pues—dice Salas Bar»badillo—que se le dieſſe una cantaleta con aparato »de inſtrumentos viles: como si dixeſſemos... un pāde-*

»llegaron á la calle de la señora, y en entran-»do por ella sonaron los crueles cencerros »con tal ruido, que puesto que la noche había »ya pasado el filo, y aun el corte de la quie-»tud, y todos sus vecinos y moradores de »ella estaban de dos dormidas, como gusanos »de seda, no fué posible dormir más sueño, »ni quedó persona en toda la vecindad que »no despertase y á las ventanas se pusiese. »Sonó luego la gaita las gambetas, y acabó »con el esturdión, ya debajo de la ventana »de la dama.»

Recapitulemos — desentendiéndonos, por ahora, de la obscuridad de

»dero,..., unas sonajas. ., vna carraca..., dos guitarro-»nes..., dos cencerros..., cuatro morteruelos..., ocho sil-»uatos, vna gayta, aumentando pareceres a los pare-»ceres, y fueron que ſe cōpuſieſſe vn dialogo... el qual »armado ſobre preguntas y reſpueſtas, dieſſe cauſa a »referir la achacoſa vida, y deſatadas costumbres de »las dos ſorelas.,. Repartioſe al que entre ellos vene-»rauan por Archipoeta el cuydado de eſcriuir el dia-»logo... Aſsi a los recitantes como al poeta, que con-»gratulandose con mas puntual correspondencia cō los »brindis del vino de San Martin... ſe determinó que en »la noche siguiente se executaſſe... entendieron q̄ el »ruydo se pacificaua... y eſcucharō el de la deſor-»denada tropa de tanto deſapazible y ruſtico inſtru-»mento.» «Don Diego de Noche», Madrid, Delgado, MDCXXIII, del fol, 23 v. al 28 frente.

ciertas frases—. A la tal serenata—pues, aunque nadie lo diría, aquello fué «música para servir a una dama», y no desaforada «cantaleta»—concurren los 2 estudiantes organizadores del festejo, 1 poeta, 9 matantes de la Mancha, 4 músicos de voz y guitarra, 1 salterio, 1 arpa, 1 bandurria, 12 cencerros, 1 gaita zamorana, 30 broqueles, 30 cotas; total, 92 personas. Todas ellas convocadas por dos estudiantes hambrientos en una calleja de Salamanca, frente «á una casa y tienda de carne de las que llevan de suelo que se venden en ellas tinta y no de la fina». Aunque supongamos que los doce cencerros puedan llevarlos otros tantos individuos de la tropa de paniaguados, a la vez que sus «instrumentos» respectivos, quedarán siendo siempre 80 personas, y muchos paniaguados o pan y vinagres nos parecen para ser convocados, tan a punto, y agasajados con la refacción correspondiente por dos estudiantes pobres que daban «finiquito á su pobreza con una tenue porción». ¿Es racional esto?

¿Hay en la obra cervantina, tan justa y apropiada en el conjunto, algo que se le parezca? Todo el episodio de la serenata, como muchos de los párrafos más característicos de *La Tía Fingida,* recuerdan más bien el humorismo machacón de Porras de la Cámara, cuyos eran el cartapacio y la letra del manuscrito.

Véanse si no cuántas frases de doble sentido amontona Porras en sólo un párrafo auténtico:

«Los dos polos que mueven este orbe son »dones y donas; aquí no açotan sino al que »no tiene espaldas, ni condenan al remo sino »al que no tiene braços, ni perece sino el »que padece necesidad.»

Véase también cómo pretende dar fuerza a su discurso con cifras, siquiera mezcle las verdaderas con las puramente retóricas:

«Seis años há que no he visto ahorcar en »Sevilla ladrón, ni tal se probará, habiendo »enjambres de ellos como de avejas y alguno de 2 millones y otro de 80 quentos, y »se an alçado en Sevilla, en este año y el

»pasado. 26 hombres con las haziendas age-»nas, que ya lo tienen por cierta ganancia »de 50 por 100, si no se quedan con todo, »como lo hacen quasi todos, y se pasean li-»bres dentro de seis meses.»

Y tras de largas enumeraciones, a que es tan dado, vuelve a su especial estadística:

«Lo que más en Sevilla ay son forçantes, »mancebados, testigos falsos, jugadores, ru-»fianes, asesinos, logreros, regatones, vaga-»bundos que viuen del milagro de Mahoma »sólo de lo que juegā y robā en las casas de »bilhan y en las tablas de dados, pues pasan »de 300 casas de juego y 3000 de rameras, y »hay hombres que con dos mesas quebra-»das y seis sillas viejas le vale cada año la »coyma 4000 ducados.»

Y cae más adelante en nuevos juegos de palabras:

«Hay pecados en Seuilla tan uenerables y »ancianos, que pueden ser scuderos ó guar-»dadamas de palacio, y tan esentos y fran-»cos que no ay quien por poderoso que sea »acometa su delacion y fiscalia, quanto más »su prohibicion y remedio.»

Y después:

»Del más peligroso pasmo y resfriado de »la charidad que se puede encarescer.»

Y además:

«La jurisdicción de la Sede vacante es »manca o por mejor decir larga» [48].

Tales semejanzas entre *La Tía* y los escritos de Porras, no debieron de ocultarse en un principio a ninguno de los que manejaron el códice.

IX

La inconsciencia de los descubridores del manuscrito Porras, les hizo suponer en un principio que habían

[48] *Memorial del Licenciado Porras de la Cámara al Arzobispo de Sevilla sobre el mal gobierno y corrupción de costumbres de aquella ciudad, publicado por Paz y Melia en la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», t. IV, 1900, Madrid, p. 550 y sigs.*

dado con la prueba de que *Rinconete* y *El Celoso* no eran de Cervantes. Ignoraban si *La Tía Fingida* se había publicado o estaba inédita, y no había para qué tratar de ella por lo pronto, pues sólo les interesaba llamar la atención sobre los presuntos plagios.

«Han parecido las novelas de *Rinconete y* »*Cortadillo*, y del *Zeloso Estremeño* manus»critas en tiempo del mismo Cervantes. Yo »las he visto, y Vmd. las puede ver, pues se »hallan dentro de Madrid»,

decía Bosarte, satisfecho, y añadía:

«Con éstas anda otra novela intitulada: »*La Tía Fingida*; caso que sucedió en Sa»lamanca el año de 1575. Pero como ignoro »si esta novela se ha impreso alguna vez, »dexaré por ahora de hablar de ella.

»Del Licenciado Francisco de Porras de la »Cámara se tiene tan poca noticia en el pú»blico literario, que se puede colocar entre »los desconocidos y casi olvidados, u olvi»dados enteramente. Hagamos por conser»var su memoria. Este literato fué Preben»dado de la Santa Iglesia de Sevilla. Se for-

»mó en las principales Universidades de Es»paña y viajó en Italia. Por lo que he podido »ver de sus papeles hago juicio que la incli»nación que en él prevalecía, era al estudio »de las antigüedades, al buen gusto de las »letras humanas, a los cuentos, chistes, e in»venciones de placer. Fué, naturalmente, o »por humor muy festivo y alegre. Escribía »con mucha gracia, mucha viveza, precisión »y gusto... Hizo una compilación o floresta »de cuentos para que se divirtiese con su »lectura el Arzobispo de Sevilla... En esta »compilación de cuentos se puede tomar »una idea de su genio. Con una prolixa »exactitud va separando los cuentos verda»deros de los fabulosos, los va distinguiendo »por clases, como por materias, los atribuye »a sus autores, según la noticia que de ellos »tenía y da a cada uno lo que es suyo. La »misma conducta observada en otros cuen»tos y apuntaciones distintas de esta com»pilación.»

Y agrega después:

»Sin duda las tales novelas se hicieron en »Sevilla, y por persona que sabía a fondo »las costumbres y usos de los sevillanos... »y otras quinientas menudencias, que un »forastero no podía saber, aunque viviese en »la Ciudad en el tiempo en que tales cosas

»sucedieron, sin haber estado allí algunos »años; quanto menos un forastero que fué »a Sevilla quando ya se habría perdido la »memoria de tales historietas, y era negocio »difícil adivinar menudencias ciertas de »tiempos pasados y personas privadas. De »Cervantes tampoco he hallado noticia al»guna en los papeles de Porras de la Cáma»ra, donde tantos ingenios se citan. Esto me »hace sospechar que Cervantes, o no se dió »a conocer a los ingenios de Sevilla, o sola»mente anduvo de paso por la Andalucía...

»Vengamos a lo más particular. Estas dos »novelas manuscritas de *Rinconete* y del *Es»tremeño*, evidentemente son anteriores al »manuscrito que Cervantes dió a la impren»ta; o lo que es lo mismo, a la composición »de ellas, según se ha leído hasta ahora im»presas...

»Las impresas pretenden ser, o afectan »ser, una modificación, corrección, lima y »enmienda del manuscrito primitivo u ori»ginal, que sería otro idéntico con éste en »caso que no fuese éste; pues tampoco ten»go fundamento positivo para creer que el »Licenciado Cámara sea el autor de ellas. »Pero qué enmiendas, qué correcciones, qué »retoques, qué pulimentos, ó Santo Dios! »La limadura es tal que ha depravado, co»rrompido y estragado la gracia y estilo del »manuscrito original o primitivo. Añadidu»ras de estilo amanerado: afectación de cla-

»ridad donde no es menester; cláusulas trun-
»cadas y pervertidas de alto a abaxo;...» [49]

De todo este fárrago, lleno de contradicciones mal intencionadas, venía a deducirse que Cervantes no podía ser autor de aquellas novelas que había declarado suyas, porque requerían «conocer a fondo las costumbres de los sevillanos» y—según Bosarte—«solamente anduvo de paso por Andalucía»: que las «echó a perder» al modificarlas para darlas a la imprenta; y que bien pudieran ser anteriores a Porras, «pues no tengo—decía Bosarte—fundamento positivo para creer que el Licenciado Cámara sea el autor de ellas» [50].

49 *Véase la p. 64.*

50 *Sobrada razón tuvieron Pellicer, en su «Vida de Cervantes», pág. cit.; Gallardo, en el «Criticón», núm. 1, p. 6; Fernández Guerra, en el «Ensayo de una Biblioteca Española», del propio Gallardo, t. I, col. 1259, y cuantos de entonces acá dieron a las palabras de Bosarte el solo alcance que admiten. Si de algún escritor vivo se dijera—tan injustamente como de Cervantes—que sus obras no podían ser suyas porque exigían conocimientos de que él carecía, de seguro*

De tan desatentada suposición protestó Pellicer, como antes había replicado Don Tomás Sánchez cuando Estala imaginó absurdamente que Cervantes se había apropiado *El Curioso Impertinente,* «persuadido a (sic) que no se le descubriría el hurto».

Que la impresión producida por la carta de Bosarte en el público interesado en estas investigaciones, fué que se trataba de hacer pasar aquellas novelas como de Porras: se deduce de la réplica de Pellicer, quien dadas sus relaciones con Bosarte, no lo

que no habría de darse por satisfecho con que, simulando atenuar la acusación, se repitiera ésta, insidiosamente, diciendo, como Bosarte dijo de Cervantes, que quizá no se apropiara piezas enteras acabadas por otros, *sino que* más bien las compuso y adornó sobre apuntaciones que le daría algún curioso: supuesto por cosa demostrada y confesada por todos *que no estaba en condiciones de que fueran originales suyas. Y, además,* que cuando determinó imprimirlas volviéndolas a fundir cláusula por cláusula, aunque las echó a perder, le parecería que así quedaban mucho mejor para la imprenta. *De seguro, repito, que no habría nadie a quien la componenda no pareciera peor que el ataque mismo.*

cita por su nombre y aparentando creer que el comunicante del *Diario de Madrid*, y el editor del *Gabinete de Lectura* eran diversas personas, dice:

«Encarecen tanto la habilidad del referido »Licenciado, y las considerables y freqüentes »variantes que se observan entre las copias »manuscritas y las impresas, que pudieran »despertar en algún lector incauto la sospe- »cha de si Cervantes se las había prohijado »como propias... Cervantes, como se ha di- »cho, publicó sus novelas el año de 1613 y »este prebendado—Porras—falléció el de »1616: y parece que si las novelas no hubie- »sen sido obra propia y peculiar de Cervan- »tes—habla del *Celoso* y de *Rinconete*—sin »que en ellas hubiese tenido la menor parte »el referido Porras, ni la honradez e inge- »nuidad del autor de *Don Quixote*, le hubie- »ra permitido publicar que él fué el primero »que noveló en lengua castellana, y que sus »novelas eran suyas propias, no imitadas ni »hurtadas; ni el dicho Licenciado hubiera »dexado de reclamarlas por suyas» [51].

[51] *Vida de Cervantes, Madrid, MDCCC, p. 137. Como ya dije, ni Pellicer ni Clemencín se dieron jamás por enterados de la existencia de «La Tía Fingida». Véase la p. 73.*

La observación de Pellicer no tenía réplica. La reacción se hizo. Se restituyó a Cervantes la injustamente discutida propiedad de *Rinconete* y de *El Celoso* y, por añadidura y como para indemnizarle, se le adjudicó *La Tía Fingida*, después de inquirir que estaba inédita.

Y Porras de la Cámara que había salido de la mal cortada pluma de Bosarte y de sus continuadores, como un ingenio injustamente desconocido, formado en las principales Universidades de España, perfeccionado en sus viajes por Italia, de exquisito gusto, etc., etc., vino a ser, a fin de justificar la nueva atribución, un copista chiflado que, a guisa de notas —así lo dice Gallardo, y obsérvese lo absurdo de la suposición—iba intercalando, a medida que trasladaba el manuscrito de *La Tía,* comentarios ramplones y chocarreros salidos exclusivamente de su destornillado caletre.

Quienes acababan de escribir que Cervantes—ya lo hemos visto—había

«depravado, corrompido y estragado la gracia y el estilo de aquel manuscrito original y primitivo» que—a vuelta de distingos torpemente habilidosos—se atribuía a Porras de la Cámara, no iban a tener inconveniente en que fuera a su vez el propio Porras, escritor hasta entonces desconocido, quien cargara con los errores que se habían querido echar sobre hombros de Cervantes: refiérome a las «añadiduras de estilo amanerado; afectación de claridad a donde no es menester; cláusulas truncadas y pervertidas de alto a baxo», y demás sandeces que el brillo del nombre de Cervantes no toleraba se le aplicaran, y este otro en su penumbra u oscuridad podría más fácilmente sobrellevar.

Y he aquí cómo—sin que ninguno de los comentadores de *La Tía Fingida* pueda explicárnoslo, el propio autor de aquel manuscrito ideal de *El Celoso* y del *Rinconete* que hacía a Bosarte y los suyos protestar de Cervantes contra Cervantes mismo, imagi-

nando que la copia encontrada era superior a las novelas impresas, por arte de encantamento vino a transformarse en el amanuense infiel y disparatado de *La Tía Fingida.*

Pueden releerse y compararse cuidadosamente los borradores de *El Celoso Extremeño* y de *Rinconete y Cortadillo,* publicados por Bosarte, copiado el último, como ya dije, todo de propia mano de Porras, y alternando con su escribiente el otro. Se verá claro cómo Cervantes perfecionó su obra antes de darla a la imprenta; pero no se encontrará ni un solo añadido de la especie que se supone y comenta en *La Tía Fingida.* El mismo Apráiz así lo declara. ¿Por qué, si el copista conservó en toda su exactitud y pureza la narración original de *Rinconete* y de *El Celoso,* sin que en el traslado se note ni un intempestivo aditamento, había de entorpecer y desfigurar el relato primitivo de *La Tía Fingida,* entremezclándolo con frases de su cosecha? La lógica de los comentaristas está en esta ocasión a

igual altura que en los demás casos. Se dieron cuenta de que el vocabulario y el estilo de *La Tía* no eran de Cervantes, a quien a todo trance querían atribuirla, y al apreciar sus parecidos con otras obras de Porras, insertas en el códice, en vez de estudiarlos juzgaron más cómodo suponer gratuitamente que el Licenciado Cámara, como le solían llamar, se había entretenido en ir añadiendo comentarios grotescos al original ajeno que iba copiando. Y es que como ninguno de ellos tenía escrúpulo en quitar y en poner a las obras extrañas lo que mejor le venía en mientes—Bosarte, si lo dejan, hubiera aligerado de ornamentación las catedrales góticas, como Arrieta aligeró de centenares de versos las *Comedias* de Cervantes—, juzgaban muy natural que otro cometiera semejantes desacatos. ¿No fué el mismísimo Arrieta quien mutiló despiadadamente *La Tía Fingida*, aun creyéndola la mejor obra de Cervantes? ¿No hizo igual cosa Apráiz, sosteniendo que sus correcciones serían

aceptadas por el propio autor del *Quijote,* si viviera? Para tranquilizar su conciencia aseguraba aquel buen señor que antes de hacerlas invocó el espíritu de Cervantes y procuró marchar en la mejor armonía con él [52]. ¿Hay manera de tomar en serio esas risibles o, si se quiere, lastimosas perturbaciones mentales?

Más que todos ellos juntos sabía y valía Gallardo, y, no obstante, su concepto de la probidad literaria era tan diverso del debido y actual que, a propósito de la copia de *La Tía Fingida* publicada por Wolf, decía en el ya citado *Criticón:*

... «confrontando los impresos con el ori»ginal. El tecsto Navarrete ganó mucho en »esta confrontacion, aunque no siempre sa»lió de la prueba tan lucido, que no se le

[52] *«Lo primero que se nos ocurre al poner nuestras manos pecadoras en una obra de Cervantes—dice—es invocar su espíritu y procurar marchar en la mejor armonía con él». Adelante, y con ocasión de los cambios en el texto, añade: «aunque no se puso en los manuscritos, es seguro que lo hubiera añadido en definitiva el autor». Obra cit., p. 102 y 103.*

»encontrase lunar: su fidelidad misma lo es
»sin duda alguna.»

Y concluía asentando que con el manuscrito de la Biblioteca Colombina «se pueden corregir algunos pasajes del Licenciado Porras», suprimiendo «los intercalares bastardos»; es decir, recomendaba se hiciera lo irrealizable, y que con tan poca fortuna hemos visto intentado después.

Se entiende hoy por depurar un texto, comparar ediciones primitivas y manuscritos fidedignos para rectificar las erratas o sacar del cotejo la mejor lectura; es decir, la más de acuerdo con lo que el autor escribió, sin pretender enmendarle y corregirle. A nadie se le había ocurrido buscar dos copias anónimas y mutiladas: tomar esto, dejar aquello, y agregar lo de más allá de propia cosecha, y llamar texto depurado a ese trabajo de quita y pon, arbitrario y pueril.

«Hanse corregido las erratas notorias—
»dice Cuervo en el prólogo de su edición de

»*Cinco Novelas Ejemplares*—; punto delica-
»do, pues por fácil que sea decirlo, al hacer-
»lo puede pecarse, ora por falta de conoci-
»miento suficiente de la lengua del autor o
»de la de su tiempo, ora porque lo que pa-
»rece errata puede ser descuido del escritor,
»y en este caso no hay derecho para corre-
»girlo.»

Ese es el único criterio aceptable.

Al leer a esos señores que se declararon a sí mismos capaces de corregir a Cervantes o a otro cualquiera, viene a mi memoria una maldición de Delgado que, en el Argumento de *La Lozana Andaluza,* dice:

«No quiero que ninguno añada ni quite...
»y quien el contrario hiciera sea siempre
»enamorado y no querido. Amén.»

X

Con las palabras y los giros, comunes a todo escritor del tiempo de Cervantes, y que los últimos editores de *La Tía Fingida* juzgaron evi-

dentes cervantismos, presentan éstos a la vez, equivocadamente, algunos detalles de la novela anónima, no ya como indicios, sino casi como pruebas de orden literario de que fué Cervantes quien la escribió.

Refiérome al valor que dan a la circunstancia de coincidir el calificativo que va en su título y en uno de los entremeses cervantinos; a la semejanza que hallan entre ciertos versos ingeridos en ella y otros compuestos indudablemente por Cervantes; y al empleo de algunos proverbios vulgares que el editor desconoce y por eso juzga también peculiaridades cervantinas, y los explica mal o disgrega de ellos palabras que, para el caso, a nada viene se comenten aisladas.

El Vizcaíno Fingido se llama un entremés de Cervantes, *La Tía Fingida* se llama la novela que quiere atribuírsele. El editor [53] da suma importancia a la «identidad de calificativos». Nada significa tal cosa. En el Catálogo de

[53] *Aprdiz, ob. cit., p. 150.*

la Barrera, sección de entremeses, sainetes, fines de fiesta, etc., encontrará, quien quiera darse el trabajo de verlo, los siguientes títulos: *Adivinador Fingido, Agujetero Fingido, Ahorcada Fingida, Ahorcado Fingido, Ciego Fingido, Cocinero Sordo Fingido por interés, Dama Fingida, Difunto Fingido, Duende Fingido y Vejete Burlado, Enferma Fingida, Letrado Fingido, Muerto Fingido, Persiano Fingido,* y otros, hasta llegar a los *Químicos Fingidos, Viudas Fingidas,* y por último al *Vizcaíno Fingido.* Todas, o casi todas estas obras, son de diversos autores, y muchas de ellas hasta de diversos tiempos, y a nadie se le ocurrió atribuir a Cervantes las anónimas, por la peregrina razón de la identidad del calificativo. Y no podía ser de otro modo; la condición de fingido es en ellas un recurso teatral, por cierto bastante primitivo y rudimentario, al que sólo el ingenio de los autores daba gracia e interés en los donaires del diálogo. Eso lo sabe quien haya hojeado siquiera nuestro teatro clási-

co. Por lo que toca al nombre de *Tía Fingida* que se da en la novela a la Claudia, ni lo usó Cervantes ni es una novedad: tías fingidas eran, y *tías* se llamaban, esas terceras que en general con el carácter de sobrinas presentaban a sus pupilas.

«Era la *tía* cosa muy *honrada,*
»Paréceme que agora la estoy viendo
»De *venerables tocas* adornada»,

dice Salas Barbadillo en una de sus sátiras, de la que ya tendremos ocasión de hablar.

No menos fútil es basar la atribución en ciertos lugares comunes de la poesía, que ya aparecen en los antiguos cancioneros y vemos repetidos infinidad de veces en los códices manuscritos y libros impresos de antaño: juegos de palabras de *vida y muerte*, *amor y desamor, esperar y desesperar,* etcétera, etc. Reunidos, formarían volúmenes; se repiten hasta el cansancio a partir de la primera traducción de Petrarca, y son vulgares de toda vul-

garidad en la época a que el cuento pertenece.

No ya en *El Triunfo del Amor*[54] y en los petrarquistas de Italia y de España, sino en los poetas anteriores y de carácter más español, o de derivación provenzal, hay estrofas semejantes en que se repiten esos discreteos amorosos, de los que—no obstante haber usado alguna vez, o quizá por eso mismo—se burló Cervantes en el *Quijote*[55]. No hay poeta de entonces del que no se puedan encontrar, rebuscando, versos iguales; hasta tal punto, que nadie podría decir a quién per-

[54] *La traducción del «Triunfo», hecha «por Alvar Gómez, en Guadalajara», es la mejor muestra de cómo se apuraban esos temas, sin creer agotarlos:*

«Con una ley tan esquiva
Que cuando tu cuerpo viva
Tu vida muerte será»,

sirve de motivo para llenar páginas y más páginas de interminable glosa; véase Bibl. de Gallardo, t. I, cols. 618 a 638.

[55] *Parte II, cap. XXXVIII.*

tenecen si se les separara de los restantes. En los códices, cuando no van anónimos, a veces se le atribuyen ya a uno ya a otro, sin que se pueda por el estilo inferir el verdadero autor.

Dice Calisto en la primera *Celestina* [56]:

«En gran peligro me veo,
»en mi muerte no hay tardanza,
»pues que me pide el deseo
»lo que me niega esperanza.»

Repite Sánchez del Muñón en *Lisandro y Roselia* [57]:

«¡Oh vana esperanza mia!
»Conviene que desesperes,
»Pues tu desventura guia
»La contra de lo que quieres.»

Vemos en la propia *Tía Fingida* [58]:

56 *Ed. cit., p. 108 y 109.*
57 *Ed. cit., p. 27.*
58 *Ed. Wolf, 1818, p. 13.*

«Salid, Esperanza mia,
»A faborecer el alma,
»Que sin vos agonizando,
»Casi el cuerpo desampara.»

Escribe Milán en *El Cortesano*[59]:

»Tengo tanto sentimiento
»De lo que me haceis sentir
»Que siento tanto el morir
»Cuanto mi vivir no siento.»

Dice Lope en *La Dorotea*[60]:

«Que si mi vida dura
»Es solo porque sienta
»Más muerte con la vida,
»Más vida que sin ella.»

Hallamos igualmente en *La Tía Fingida*[61]:

«Por vos espero la vida,
»Quando la muerte me mata.
»Y la gloria en el infierno,
»Y en el desamor la gracia.»

59 *Ed. de «Libros Raros», p. 105.*
60 *Madrid, Padilla, 1736, folio 100 vuelto.*
61 *Ed. cit., p. 13.*

Y en los versos españoles de Francisco de Castro[62]:

«Llamaros puedo mi vida,
»Aunque la muerte me dais
»Porque cuando me mirais,
»Va el remedio tras la herida.»

Nadie podría determinar, a no verlo escrito al pie, el nombre del autor de cada una de las estrofas precedentes. Y acontece lo propio con la generalidad de las análogas.

Desde la famosa redondilla del Comendador Escribá, que comentó Cervantes:

«Ven, muerte, tan escondida,
»Que no te sienta venir,
»Porque el placer del morir
»No me torne a dar la vida»,

hasta su glosa por Lope y por Alenquer, cuando dijo éste:

62 *Papeletas del Marqués de Jerez en el «Homenaje a Menéndez y Pelayo», t. II, p. 634.*

«¿Qué vida me has de quitar?
»Matame con el vivir,
»Si quieres ser homicida;
»Porque el placer del morir
»No me torne a dar la vida.»

Desde el villancico

«No quiero que me consienta
»Mi triste vida vivir
»Ni yo quiero consentir...»

así glosado por Juan del Encina:

«De mi dolor e tristura
»Ningun remedio se espera
»Pues que mi suerte e ventura
»Del todo quiere que muera,
»E la muerte verdadera
»No me consiente vivir
»Ni yo quiero consentir.»

hasta aquella canción de Alvarez Gato:

«Lo que vierdes que le place,
»Eso le decid que quiero;
»Que aunque muera más que muero,
»El morir me satisface.»

Que no es por cierto de estilo diferente a la del Bachiller la Torre, cuando trovaba:

«La tu presencia me faze
»Vivir por larga razón,
»Y a la mi fortuna plaze
»Plazer de lo que desplaze
»A mi triste corazón...»

no sin haber dicho antes:

«Mas puedes darme la vida
»Y no quitarme la muerte,
»En pena más dolorida.»

Lo que en forma hermosamente popular había de repetir así Lope más tarde:

«Ni la vida ni la muerte
«Vienen bien a mi tristeza;
«La vida porque me mata,
«La muerte porque me alegra [63]

[63] *En el ya citado capítulo XXXVIII de la segunda parte del «Quijote»; en la «Biblioteca» de Gallardo, t. I, cs. 152-176-540; en el «Cancionero General» de Anvers, 1573, f. CXXIV, para las varian-*

Siempre los mismos retruécanos, de idéntica manera, casi en los mismos metros, y con más o menos poesía, según el versificador es más o menos poeta.

Por otra parte, el Aretino, que afectaba desdeñar esas *petrarquerías*—nombre despectivo que les aplicó—las cultivaba, aunque malamente, y en esos *Razonamientos,* glosados en parte en *La Tía Fingida,* hay una composición poética, donde estampa:

«Scemate il ghiaccio in voi, in me l'ardore»,

y después:

«S'indarno spera la speranza mia,

y por último:

«Faccia il Sole fra noi,
«Chiara la note come fate voi.»

tes del Bachiller la Torre el códice de Herberay citado por Gallardo, t. I, c. 540; y en «La Dorotea», p. 193 de la ed. «Renacimiento».

Y aunque es evidente que aquello de:

...«y la gloria en el ynfierno,
»y en el desamor la gracia,»

y lo otro de

...«el deseo
»dé al través con la esperanza,»

y lo demás allá de:

«Es mengua de vuestros soles
»No rendir quien los contrasta,»

que leemos en *La Tía,* son lugares comunes líricos, como los que venimos copiando, y no necesitaban, para haberse producido, de la sugestión aretinesca, como otros típicos detalles que he señalado; recuérdese, no obstante, que Fernán Xuárez, el primer traductor castellano de los *Razonamientos,* en la jornada que acomodó a nuestra lengua con el título de *Coloquio de las Damas,* para tradu-

cir un verso de Petrarca citado así por cierto inexactamente, por el Aretino:

«Se amor non é, che dunque é quel ch'io ſento?»

inventaba la siguiente cuarteta:

«Para quanto mal sostengo
»no quiero más galardon
»que ver a mi coraçon
»captivo donde lo tengo.» [64]

Y, para el caso, los versos de *La Tía* son traducción menos infiel que esos [65].

[64] *Es por cierto curioso y demuestra que la traducción francesa* Dialogue de l' Arétin *que va al fin del libro* Secrètes ruses... *(París, 1610), reimpresa después separadamente, varias veces, está hecha del español y no del italiano como dice su portada, los siguientes versos en que se transforma el de Petrarca a través de los de Fernán Xuárez:*

«Pour le mal qu'en aymant je souffre,
Je ne veux traitement meilleur,
Que voir un jour mon triste cœur
Captif de celle à qui je l'offre».

Société des Bibliophiles. Strasbourg, 1871, p. 8.

[65] *En el estudio especial que dedico en mi libro en prensa «Errores, Supercherías y Embrollos Cervan-*

Lo de los proverbios y frases hechas pide capítulo aparte.

XI

Los antiguos coleccionadores de refranes castellanos se dieron en alguna ocasión a buscar el origen de los mismos, y cuando no lo encontraron, a inventarlo, divirtiendo al lector con cuentos y sucedidos imaginados que hoy tenemos sólo por curiosidades literarias: tales son la mayoría de los insertos en la *Filosofía Vulgar* de Mal Lara, ya ajenos, ya de propia inventiva. Más tarde, la crítica pretendió, y a veces logró, encontrar la verdadera procedencia de varios de esos proverbios; lo que a nadie le había

tinos», a varias anotaciones y comentarios de obras malamente atribuídas a Cervantes, podrá ver quien se interese en estos particulares algo que aquí queda por decir referente al soneto inserto en «La Tía Fingida» y al comento que ha motivado de sus últimos editores.

pasado por las mientes, hasta la aparición de las últimas ediciones de *La Tía Fingida,* era desmenuzar los refranes ingeridos en un escrito anónimo sacando de ellos alguna palabra suelta para emparejarla con otra escrita por un autor determinado, a fin de tomar la coincidencia como prueba de estilo, o de poder disertar sobre el empleo de esas mismas palabras, que, si no van juntas como elementos del proverbio, para el caso en cuestión nada significan.

En el texto de *La Tía Fingida* hay muchas frases proverbiales entremezcladas a la narración, como era uso de los prosistas entonces; de todas apenas si habrá dos usadas por Cervantes: la referente a la *danza de espadas,* y la de *según el viento tal es el tiento*, en alguna de sus variantes. Como el editor comentarista ignora por las muestras que las frases existen, divaga lastimosamente al pretender comentarlas. A propósito de aquel escudero *de los tiempos del Conde Fernán González* que acompaña a *La Tía*

Fingida cuando hace ésta su pomposa aparición en el relato, recuerda Apráiz nada menos que las glorias encomiadas por Cervantes en la peroración del canónigo: «Un Viriato tuvo Lusitania; un César, Roma; un Aníbal, Cartago; un Alejandro, Grecia; un conde Fernán González, Castilla». Con ocasión del *repicar de broqueles* a cuyo son no quiso la justicia *danzar la danza de espadas* a que le invitaban los estudiantes del cuento, por no parecer a sus ministros *feria de ganancia,* describe Apráiz en su edición las danzas de espadas en Toledo, y diserta el señor Bonilla y San Martín en la suya, con el auxilio de Sánchez Arjona y de Gestoso, sobre las danzas del Corpus en Sevilla de 1532 a 1752, inclusive. Refiriéndose al Don Félix, que fué a la entrevista *hecho un San Jorge,* trae a cuento Apráiz no sé qué figura del retablo de Maese Pedro. También, con motivo de la desaforada serenata que despertó a los vecinos de *La Tía*, que *estaban de dos dormidas como gusanos de seda,* nos recuerda

Apráiz que *El Celoso* exclama: «Yo fuí el que como el gusano de seda me fabriqué la casa donde muriese», y, lo que es más peregrino aún, apoyándose en las *Adiciones a la Agricultura General* de Alonso de Herrera por Don Agustín Pascual, Don Adolfo Bonilla y San Martín enseña cuántas son las dormidas de los gusanos de seda, sus períodos, condiciones, etcétera, etc.

De la oportunidad y trascendencia de esos comentarios podrían darse cuenta hasta sus mismos autores, imaginándose que un nuevo comentarista de su flamante escuela, al hallar en un cuento anónimo estas frases: «un escudero de los tiempos de Maricastaña o del rey que rabió», declarara que aquello sólo podría haberlo escrito Cervantes, y en comprobación reprodujera *in extenso* sus cartas y memoriales a ambos Felipes, donde la palabra Rey aparece varias veces, y las páginas del *Quijote,* donde, si no escribió Maricastaña, puso en cambio Mari-Gutiérrez, Maritornes y marimo-

rena, que para el caso venía a ser igual y lo mismo. Por contera, ribete y añadidura debería hablar el anotador del origen de la rabia, de los plazos de evolución del *virus rábico,* de que la vacunación antirrábica no es preventiva, sino curativa, etc., etc.; añadiendo, si a mano viene, el retrato y biografía de Pasteur. Lo referente a castaña podría comentarlo con ayuda del mismo libro de agricultura de 1819, haciendo «de manera que vengan al pelo algunas sentencias y latines»—que diría Cervantes—para mayor claridad, y disertando sobre la diferencia de la castaña pilonga y la común. Lo que no habría de hacer ni por asomo era darse cuenta de que ahí había unas frases proverbiales.

Eso, y no otra cosa, hicieron los últimos editores y anotadores de *La Tía.* Todo menos explicar que *del tiempo de Fernán González* es lo mismo que del tiempo viejo; que *repicar broqueles* era desafiar o provocar a pelea, y *meterse en danza de espadas,* aceptarla o entrar en ella; que *ir hecho*

un San Jorge, era ir armado de todas armas; que *feria de ganancia* o *feria de medro*, era igual que decir negocio de provecho, ya en sentido directo, ya figurado; y *de dos dormidas, como gusano de seda*, era estar en lo mejor del sueño, y *de cuatro dormidas*, estar próximo a despertarse.

Eso no es discutible: son hechos, y ahí van los testimonios que los comprueban.

Salas Barbadillo hace decir al paje de *La Hija de Celestina*, hablando del anciano y noble señor Don Rodrigo de Villafañe, a quien sirve: «Un caduco impertinente, templado al *tiempo del Conde de Fernan Gonçalez*» [66], y Alemán, para indicar algo cuya memoria se ha perdido ya de puro vieja, escribe: «¿Qué sabes, ni quién sabe... del camarero *del Conde Fernán González?*» [67]. «*Suenan los broqueles, tocan a pesadumbre*», dice Lope en *La*

66 *F. 14 frente, ed. de Lérida; p. 48, ed. Madrid, 1907.*

67 *P. 98, «Guzmán de Alfarache» ed. cit. de 1750; t. I, p. 190, ed. «Renacimiento».*

Dorotea[68]; «*al primer repique de broquel*, dan con la guitarra por aquellos suelos y corren», escribe Salas Barbadillo en su *Corrección de Vicios*[69]; y «*al menor repique de broquel* se meten a ganapanes», se lee en *La Pícara Justina*[70], *Feria en que todos salen con pérdida,* hállase en un párrafo de Salas, citado ya; «¿qué te parece lo bien que se *ha medrado en esta feria?*», asienta Alemán en *El Pícaro*[71]; Muñón escribe en su *Lisandro:* «Si ve tantico peligro... disuadirá a Celestina que en ningunas maneras se meta en *danza de espadas*»[72]. «Quando vno va muy armado, dizen que *va hecho vn San Iorge,* aludiendo a ſu Pintura», anota Covarrubias, y en el *Lazarillo* de Luna, se lee: «bien armados me tomaron entre dos ... iban todos *como unos San Jorjes*»[73]. Y, por últi-

68 *Ed. «Renacimiento», p. 176.*

69 *Ed. cit., p. 197.*

70 *Medina del Campo, 1605, f. 58.*

71 *Ed. cit., 1750, p. 290.*

72 *Ed. cit., p. 52.*

73 *Bibl. Rivadeneyra, t. III, p. 120.*

mo, *Guzmán de Alfarache* dice que «ſu ama—cuando pasó cierta aventura—corría sobre cuatro dormidas, como gusano de seda y fresaba para levantarse» [74].

La existencia y el uso vulgar de esos proverbios es evidente.

Por otra parte, los que el editor Apráiz supone juegos de palabras cervantinos, que no aparecen en *La Tía Fingida* ni había para qué traer a cuento, pues no se asemejan a los inventados por el autor de *La Tía Fingida*, son también refranes que, como antes dije, era uso y costumbre entonces ingerir o glosar en la prosa.

Basta leer alguna de las *Celestinas* o cualquiera de las novelas picarescas para formarse idea de semejante género de redacción [75]. *No canta sino*

[74] *Alemán, ed. cit., 1750, p. 113. «Renacimiento», p. 213.*

[75] *Buena muestra del caso es el siguiente párrafo de Mateo Alemán, en el capítulo segundo de la primera parte del «Guzmán de Alfarache». «Calentóse el horno y salieron estas llamaradas: podráseme perdonar por haber sido corto:* como encontré con el cinco,

encanta; no fué por amores, sino por dolores; casamiento, cansamiento citados como muestras de «paranomasias, equívocos, anagramas y juegos de palabras en general», que dice el señor Apráiz en su peculiarísimo estilo, no son otra cosa sino proverbios comunes entonces, algunos de los cuales se conservan en uso todavía. De todos

llevémelo de camino, *así lo habré de hacer en adelante las veces que se ofrezca;* no mires a quien lo dice, sino a lo que se te dice, *que* el bizarro vestido *que te pones,* no se considera si lo hizo un corcobado: *ya te prevengo para que me dejes, o te armes de paciencia. Bien sé que es imposible ser de todos bien recibido, pues* no hay vasija que mida los gustos, ni balanza que los iguale, *cada uno tiene el suyo, y pensando que es lo mejor, es el más engañado, porque los más los tienen muy estragados.» Alemán conserva a veces la asonancia y el ritmo del verso popular en que ha encajado el proverbio; otras, usando de una trasposición o de una palabra añadida, hace desaparecer ambos: el* bizarro vestido *pone, por ejemplo, en vez del* vestido bizarro. *Salas Barbadillo puede darnos otros ejemplos típicos de aquel uso:* «como no eran de los que se maman el dedo, *ni* comen las sopas habados, *vieron* en lo que había de parar la boda de Inés». *Tres frases proverbiales para cerrar un párrafo del capítulo IX del «Puntual»*

hay numerosos ejemplos en nuestra literatura, y parece imposible que los haya ignorado quien pretendía enterarnos de esas cosas. Compárense con las retorcidísimas y redundantes frases de *La Tía Fingida*, y se verá bien clara la diferencia.

«*Dama cantora y encantadora*», «*la que le encantó cantando*», y otras muchas variantes de la frase, leemos en Salas Barbadillo y las anotamos en otro lugar. «Cantada y discantada de poetas» llama Alemán a la libertad [76].

Dice Parmeno: ... z allá hablaremos lar»gamente en su daño z nuestro prouecho »con la vieja cerca destos amores.

»Sempronio. Mas dolores: que por fe ten»go que de muerto o loco no escapa desta vez» [77].

En un Cancionero de letra del siglo XV se lee esta

76 *«Guzmán», ed. cit., p. 109.*

77 *Reimpresión de Foulché-Delbose, cit., p. 103. Rivadeneyra, p. 39.*

«Desfecha.
»Refrán es entre las gentes,
»Que quien casa con amores
»Ese vive con dolores [78].

Y explicando lo que entonces se entendía en *casar por amores,* vemos en Mal Lara:

»De tales bodas, tales tortas, dice el re»frán. Porque hay peligro de adulterio con »el casamiento por amores, o con persona »que los ha tenido antes, por el peligro de »hacer lo mismo con otro, o tornarse a lo »que es según hábito adquirido en la que »admitió el casamiento» [79].

Lope hace decir a Clara en *La Dorotea:*

«Clara. ¿Hechizos llamas cinco años de »trato?

»Marfisa. Esos habían de cansarle.

»Clara. Si estuviera *casado*, que aun no »quizo la lengua castellana que de *casado* a »*cansado* hubiese más que una letra de di»ferencia» [80].

[78] *Bibl. de Gallardo, t. I, col. 488.*

[79] *Obra cit., f. 88 vuelto.*

[80] *Ed. cit., f. 33 vuelto.*

Y el maestro Correas, en su *Arte de la Lengua Castellana,* escribe:

«Si es casado, dígale cansado» [81].

Sin pedirle al editor que supiera de refranes lo que sabían en su tiempo el Comendador Griego o los Maestros Mal Lara y Correas, o Mosén Pedro Vallés, o tanto y tanto paremiólogo ilustre como en España han sido, no sería mucho exigirle que, ya que pensaba ilustrarnos en eso, supiera algo más de lo que todo el mundo conoce o siquiera lo que nadie ignora.

XII

Pero hay más aún. Supongamos por un momento que entre *La Tía Fingida* y las obras de Cervantes existieran en realidad los parecidos espe-

[81] *Madrid, 1903, ed. del Conde de la Viñaza, p. 260.*

ciales que creyeron hallar los que le atribuyeron la novela; supongamos, además, que las palabras y locuciones cotejadas fueran, en efecto, características suyas, y no comunes a todos los escritores de su tiempo, como queda demostrado ya; supongamos también que la obra no hubiera sido retocada y enmendada por los desaforados cervantistas, que desde Arrieta a Apráiz, han venido *mejorando,* cambiando y añadiendo en cada edición lo que juzgaron más cervantesco, según declararon con candoroso cinismo; y por último, demos por hecho que el texto perdido y el que original se conserva pudieran reducirse a una sola lectura, sin que las coincidencias cervantescas del uno, dejaran de subsistir en el otro, y para aprovecharlas en el sostén de la atribución no se hubiera venido haciendo con ellas perpetuo juego de cubiletes. Pues bien; aunque eso aconteciera tal y como los partidarios de la atribución desean, y no fuese cabalmente lo contrario, nada o casi nada se ha-

bría adelantado en favor de la suposición. Porque ¿qué tendría de raro o de extraño que quien reprodujo o glosó, página tras página, ya los *Ragionamenti*, ya *La Celestina* y sus imitaciones, se apropiara consciente o inconscientemente el modo y procedimientos literarios externos de otro autor, cuyas obras conocía y admiraba? Pues téngase en cuenta que en el códice en cuestión iban juntos *La Tía*, *Rinconete* y el *Celoso Extremeño,* escritos de propia mano de Porras los dos primeros y parte del último.

La glosa de los *Ragionamenti* quedó aquí mismo evidenciada antes; la otra hizo decir a Menéndez y Pelayo lo que conviene repetir textualmente ahora:

«Es una copia de la madre Celestina, pero »tan fiel, que resulta servil, y no es éste el »menor de los indicios contra la supuesta »paternidad de la obra. Cervantes no imita»taba de esa manera que se confunde con el »calco un autor de talento, pero de segundo »orden bastaba para hacerlo.»

Si con estos antecedentes se restituye la cuestión a su principio, y se mira el cuento en sí y tal y como a nosotros ha llegado en su más fidedigna versión, hallaremos que en la obra misma hay indicios, de orden literario, acerca de las condiciones de su autor. Dispuso éste por las muestras del ocio indispensable para escoger situaciones y palabras ajenas, zurciéndolas con retazos propios en centón hábil y laborioso, y pudo retener y usar detenidamente de libros raros y prohibidos: condiciones ambas, que bien se juntan en un clérigo de los de prebenda; pero que no cuadran ni convienen a un soldado inválido, metido en los ajetreos de alcabalero trashumante. Si nos fijamos en las menciones de la novela referentes a cosas de clerecía, veremos esta deducción corroborada; no porque en ella se hable de canónigos, que en todos los libros de esta índole se les menciona, sino por la manera como se hace: con pormenores de especialista, hasta en la forma y di-

mensiones de las vestiduras eclesiásticas.

Cervantes, a guisa de hombre de armas, habló alguna vez de las espadas de más de la marca, pero no se metió jamás en sobrepellices de cinco varas ni en roquetes de más de la cuenta. «Más largas—dice el manuscrito Porras de las tocas de la Claudia—que una sobrepelliz de un canónigo portugués». Y escribe, a propósito del contento de la dueña Grijalba cuando recibe los obsequios que le procura su pecaminosa mediación: «Más contenta que si la hubieran dado una Canongía». Comparaciones poco apropiadas en verdad, tratándose de dueñas en oficio de terceras y que sólo se explican en este caso, como lugar común en boca de clérigo. La escena entera de la visita de la dueña carece en *La Tía Fingida* del carácter señoril que tiene en las *Celestinas*, de donde procede. Por sus detalles toma en la pluma del autor de *La Tía* el aspecto de entrevista de clérigo con vieja *trota-conventos* en

libro de burlas [82]. El nombre de Juan de Bracamonte le recuerda al autor el de un Arcediano de Jerez así llamado. Hasta se diría que habla con cierta vanidad de clase, pues si muy de acuerdo con la tradición celestinesca está el alabar la liberalidad y franqueza de los canónigos al mostrarse agradecidos a los favores femeniles, jamás se dijo: «¿Hay príncipe en la tierra como éste?, ¿ni Papa, ni Emperador, ni Fúcar, ni Embajador, ni Cajero de mercader, ni Perulero, *ni aun canónigo* — quod magis est — que haga tal generosidad y largueza?» Que la frase íntegra sea del Aretino, salvo que en vez de *Fúcar* diga éste *Chigi* y agregue el traductor perulero y canónigo, viene sólo a sintetizar el procedimiento de acomodación la obra entera.

Debía, además, el autor del cuento ser muy afecto a la literatura erótica castellana y extranjera; gran conocedor del Aretino, y poseer la lengua

82 *Véase la p. 62.*

toscana, porque la lectura de los *Ragionamenti* es en extremo difícil, como lo demuestran los errores y trastrueques de las pocas traducciones de la obra [83]. Y ya, entrando en nimios detalles personales, contaba entre la gente de Jerez con amigos y compañeros, y hasta había hecho un viaje a Portugal, del que guardaba fiel memoria.

Todas esas circunstancias juntas y reunidas se daban y coincidían en el Licenciado D. Francisco Porras de la Cámara, Prebendado de la Catedral de Sevilla, colector de los *Cuentos, agudezas y genialidades de Fray Juan de Farfán* y de una *Floresta de chistes, prontitudes y ocurrencias de ingenios en su mayor parte sevillanos;* autor del *Elogio del Licenciado Francisco Pacheco*, donde al hacer la pintura de la poesía sevillana en el siglo XVI, menciona a otros jerezanos como aquel canónigo de Sevilla; y autor, asimis-

83 *De ello trato en estudio especial sobre «Aretino y España».*

mo, de una «Relación en prosa y verso de su viaje a Portugal en 1592, y, sin duda como recuerdo de su estancia y estudios en Italia, entusiasta cultivador de la poesía satírico-amatoria del género del Berni y del Aretino, en la que—según sus biógrafos, de los cuales venimos extractando estas noticias—hizo muy donosos sonetos. Y si todas estas circunstancias coincidían, repito, en el Racionero Porras, cuya era la letra del original de *La Tía Fingida,* ¿a qué después de habérnoslas enumerado en demostración de que era del propio Cámara, atribuirla a Cervantes, en quien una sola concurre?

No quiere decir esto, de ningún modo, que yo dé como indagado inapelablemente, que *La Tía Fingida* sea de Porras de la Cámara. Desaparecido el manuscrito, se carece de los elementos que la crítica podía tener para fundar sus investigaciones directas, sin temor de caer en la arbitrariedad que censura. Sólo significa que de no haberse lanzado y propagado

después la atribución a Cervantes, por ser de mejor cartel, y a modo de desagravio de los descubridores, que antes habían tratado de despojarle de obras auténticas, la novela vendría pasando como de Porras por las circunstancias que concurren en ella, mientras no hubiera algún documento fehaciente que rectificara la atribución.

El sistema de aquellos que afirmándose en un prejuicio, tras de suponerla de Cervantes, preguntan: si no, ¿de quién pudo ser? resulta bastante primitivo. Primero, porque es argucia de polemista y no sistema de investigador, desentenderse de fundar las afirmaciones propias reclamando otras ajenas que discutir. Y después, porque la experiencia de nuestra propia historia literaria nos ha enseñado de sobra lo fútil de ese género de argumentación. También se dijo: ¿de quién sino de Hurtado de Mendoza puede ser la *Carta de los Catarriberas?*, cuando nadie conocía la existencia de Eugenio de Salazar.

Por sólo dignas de Quevedo pasaron unas páginas de Salas Barbadillo creyéndolas inéditas, cuando hasta se contenían en el *Don Diego de Noche*, de Salas. Citar ejemplos sería no concluir. Con razón dijo Menéndez y Pelayo a propósito del nombre del autor de *La Tía Fingida:*

«Acaso oscuro y modesto, cuando no des»conocido del todo—y agregó—no hay para »qué vincular en unos pocos nombres famo»sos los frutos de una generación literaria »tan fecunda como la de principios del si»glo XVII.»

¿Cuál de las obras de Cervantes se compuso de la manera de *La Tía*? ¿Qué reminiscencia del Aretino?, ¿qué copia de las *Celestinas* hay en ninguna de ellas?

Es verdaderamente imposible que quien amontonó en unas cuantas páginas todo el botín de erudición aretinesca almacenado en *La Tía Fingida,* no hubiera mostrado o dejado entrever algo de igual procedencia en obras como *El Casamiento Enga-*

ñoso, El Celoso Extremeño, y otras más, en que cabe el género de aventuras que se describen en los *Razonamientos;* y nunca, ni como coincidencia involuntaria, ni como mención deliberada, hay en la obra auténtica de Cervantes nada que le recuerde de cerca ni de lejos. Sólo una vez le menciona de paso, cuando habla «del Zoilo, del Aretino», haciendo de su nombre sinónimo de maldiciente, según el decir vulgar.

¿En qué época podía haber sido escrita? No es con el estilo de las primeras obras de Cervantes, con el que los partidarios de la atribución le han encontrado parecido; ni es el trabajo que revela tarea a que la juventud, espontánea siempre, suele dedicarse. Esa especie de centones son, generalmente, obra de los viejos. Desechada la idea de que pudiera ser un ensayo juvenil, más debe rechazarse que a tan pobre trabajo se aplicara el autor del *Quijote,* ya maestro en el pensar y en el fácil y sugestivo dominio de la expresión. ¿Cómo imaginar

al genial artífice empeñado en copiar y transcribir obras tan informes en su género como los *Ragionamenti*, y de tan bajo asunto? Esta suposición es más rechazable que la primera.

Cervantes fué quien dijo de sí propio, como creo haber recordado antes:

«Naturalmente soy poltrón y perezoso de »andarme buscando autores que digan lo »que yo me sé decir sin ellos.»

Y no parece sino que adivinara que obras de ajena procedencia, elaboradas por copia e imitación a la manera de *La Tía Fingida*, habían de atribuírsele, cuando él mismo se cuida de declarar de sus novelas:

«Son mías propias, no imitadas ni hurta»das: mi ingenio las engendró, y las parió »mi pluma, y van creciendo en los brazos »de la estampa.»

Su poca estimación por ese género de calcos está declarada cuando dice:

«Soy el primero que he novelado en len-»gua castellana; que las muchas novelas que »en ella andan impresas, todas son traduci-»das de lenguas extranjeras.»

Y hasta se diría que su genio le hizo presentir que había de declarársele partidario de la pretendida moral que algunos piensan deducir de *La Tía Fingida,* cuando escribió a ese propósito:

«Mira que no hay joya en el mundo que »tanto valga, como la mujer casta y honrada, »y que todo el honor de las mujeres con-»siste en la opinión buena que de ellas se »tiene.»

Y, por si fuera poco,

«Si traes buena mujer a tu casa, fácil cosa »sería conservarla, y aun mejorarla en aque-»lla bondad; pero si la traes mala, en traba-»jo te pondrá el enmendarla, que no es muy »hacedero pasar de un extremo a otro» [84].

Quien esto escribía, ¿es posible que apoyara la sandez del estudiante

[84] *Quijote, p II, c. XXII.*

que se casa con la moza del cuento, no por amor alguno, sino por deseo de la más baja animalidad? ¿Es verosímil que llamara discreción a aquel discurso cínico, absurdo en los labios de una mozuela, apenas iniciada en su desdichado oficio por *La Tía,* en cuya boca sí estaría bien, como lo pone el Aretino en la de la Nanna?

Quien pensaba que

«El traducir de lenguas fáciles, ni arguye »ingenio ni elocución, como no le arguye el »que traslada, ni el que copia un papel de »otro papel: y no por eso quiero inferir— »añadía—que no sea loable este ejercicio »de traducir, porque en otras cosas peores »se puede ocupar el hombre, y que menos »provecho le trujesen.»

¿Es posible — insisto — que gastara tiempo y labor en semejante trabajo?

Nada hay tampoco en toda la obra de Cervantes de torpe ni de impuro. De sobra cabían en la extensión y variedad de sucesos del *Quijote* episodios sensuales, como los que abundan en los libros de caballerías. Bue-

na muestra de ello dió *Avellaneda* en la falsa segunda parte. Cervantes jamás los aprovechó.

Claro es que, al hablar así, me refiero al tema y a la devoción al Aretino, de que da muestras el autor de *La Tía Fingida*, y no a la novela misma, que es libre por el asunto, e inverosímil y mal compuesta por defectos de adaptación que he señalado, pero que nada tiene en rigor de obscena. De haber sido suya, no habría tenido por qué dejar de publicarla.

Nadie, entonces, ni aun siendo clérigo o fraile, habría vacilado en hacerlo. Recuérdense las obras de Espinel, Góngora y Tirso, por no citar otras; y no se olvide que fué un prebendado de la Catedral de Sevilla —Fernán X́uárez—quien publicó la primera traducción fragmentaria de los *Razonamientos*. De mano de Porras, prebendado también de aquella Catedral, estaba escrita *La Tía*, destinada a divertir los ocios del Arzobispo, en su palacio de Umbrete. Es posible, y hasta probable, que Cer-

vantes, a juzgar por sus obras conocidas y sus declarados gustos, no lo habría tenido en escribir de esas cosas, aun tratándolas de diferente manera. Fué él quien dijo de la *Tragicomedia de Calisto*

«Libro en mi opinión divi-,
»Si ocultara más lo huma-,»

y no es creíble que, dejándose lo divino en el modelo, trasladara minuciosamente lo humano, ni mucho menos que lo completara con trasuntos de libros extranjeros que nada de divino tuvieron; pero, una vez escrito el cuento, no iba a dejarlo arrinconado en el cofre, de donde, en sus apuros, sacó e hizo poner en estampa hasta los escritos destinados al teatro y no representados todavía.

Únicamente en el cerebro de los Bosarte y García de Arrieta, y en el de alguno de sus causahabientes literarios, pudo caber la idea de que por, «buenos respetos», no la dió Cervantes al público y sí la facilitó en lo

particular para que se hiciese la copia. Resulta grotesco suponer que sólo le preocupara que «su lección pudiera inducir a algún mal pensamiento» a los seglares, y le dejara indiferente que indujera a malos deseos a los canónigos y a los arzobispos.

Escritor profesional, que tuvo el ejercicio de las Letras en tan alta estima como el de las Armas, y anduvo tan necesitado de tiempo como de dinero, no es creíble que Cervantes perdiera uno y otro escribiendo historias destinadas a permanecer inéditas y a distraer los propios ocios o, cuando más, los de algunos íntimos a quienes podían ser comunicadas manuscritas. Todas las condiciones de la obra indican ser más propia de un escritor de afición que de quien, como Cervantes, vivió atareado, anunciando siempre lo que tenía en proyecto; recibiendo, en ocasiones, anticipos de los mercaderes de libros sobre lo que iba a hacer, según consta en alguno de sus contratos, y hasta comprometiéndose, en otro, a entre-

gar a plazo fijo tales y cuales obras suyas en determinadas circunstancias.

Resumiendo: *La Tía Fingida* es trabajo paciente de copia y acomodación, en el marco reducido de una intriga novelesca rudimentaria, de escenas y conceptos entresacados de los *Razonamientos* y de las *Celestinas*, con algunos añadidos de imitación picaresca, y no sólo es labor distinta de aquellas en que se ejercitó la pluma de Cervantes, a quien sin razón se le quiso atribuir, sino que es contraria a su temperamento original y ajena a sus procedimientos literarios. Nada de cervantesco hay en la novela: ni en la procedencia extraña, ni en lo inconsistente de la fábula y lo inverosímil de los personajes que en ella intervienen, ni en el vocabulario desigual en que se juntan pintorescamente los más rancios arcaísmos y las voces de más baja germanía; ni en el deshilvanado estilo, ora redundante, ora gallardo y gracioso; pero cortado y oscurecido a trechos por innumera-

bles incisos, frases sobreentendidas y rufianescas, a las que no acompaña al modo cervantino la correspondiente explicación. Unicamente el léxico general de entonces, y el tono común de aquella prosa, le da a la distancia, para quien no examine y distinga, un parecido exterior. Ni tienen tampoco asomos de cervantescos el espíritu que inspiró la obra ni la inconsciente amoralidad que toda ella respira. Nada hay, pues, a mi juicio, y creo haberlo demostrado más que suficientemente, que justifique la suposición.

UN FALSO SISTEMA DE INVESTIGACIÓN LITERARIA

COTEJO DE PALABRAS Y FRASES SUELTAS PARA AVERIGUAR EL AUTOR DE LAS OBRAS ANÓNIMAS A PROPÓSITO DE *LA TIA FINGIDA*

Dije en mi estudio sobre *La Tía Fingida* que con el sistema seguido por los señores Apráiz y Bonilla San Martín, puede atribuirse la novela a cualquier escritor contemporáneo de Cervantes.

Como demostración, y ajustándonos al procedimiento de los últimos editores de *La Tía,* supongamos, el lector y yo, que fué escrita ésta por Alonso Gerónimo de Salas Barbadillo, y hallaremos en unas cuantas páginas de *La Hija de Celestina,* de la *Corrección de vicios,* de *El Caballero Puntual,* o de cualquiera otra de las obras de Salas, tan abundantes pruebas para fundar nuestra suposición, que habremos de cuidar de no sugestionarnos como el propio *Caballero,*

que—según Salas—«él mismo, que formaba la mentira, era el primero que incurría en la culpa de creerla».

Declaremos, desde luego, para evitar toda mala interpretación, que sólo *ab absurdo* ha de atribuirse a Salas *La Tía Fingida*, y que, de igual modo se la supondría de Lope, de Alemán o de no importa cuál de los autores aquí citados, aunque ningún parecido tenga el estilo de éstos con el de *La Tía Fingida* ni el de ellos entre sí, como no sea el que les dé el léxico de la época.

Reproduciremos las palabras y las frases de *La Tía*, donde los editores creyeron hallar coincidencias cervantinas, no porque las creamos más significativas que otras muchas que pudieran hallarse, sino porque así se verá más claramente lo fútil de la argumentación ideada por Bosarte y puesta en práctica con un siglo de retraso por los dos últimos editores:

Pasando por cierta calle de Salamanca dos estudiantes mancebos y Manchegos, mas ami-

gos del baldéo y rodancho que de Bártulo y Baldo, vieron en una ventana de una casa y tienda de carne una celosía.

La Tía Fingida. Edición Wolf.; Berlín, 1818, página 7.

Pasando por una calle... alsaron acaso los ojos a una ventana, y vieron en ella una celocia puesta que otras veses no habian visto.

La Tía Fingida. Variante del Ms. de la Bibl. Colom. f. 77 frente.

... «cuando fuere por esas calles alce los ojos y verá cuán pocas son las ventanas que tienen celocías» [85].

Salas Barbadillo, *Corrección de Vicios*, Colección de Escritores Castellanos, p. 359.

---

85 *Los editores dan suma importancia al parecido del comienzo de la novela de «La Tía Fingida» con el de un párrafo cervantino entresacado de «El Celoso Extremeño». Como si el tal comienzo no se ajustara a una fórmula o receta muy usada por otros autores, no por Cervantes, para entrar fácilmente en el relato. Villegas Selvago, entre varios, nos da la muestra.*

«Un caballero *llamado Flerinardo,* generoso *y de abundante patrimonio, vino de la Nueva España en esta ciudad, donde* un día por ella ruando, *como* acaso pasase por casa *de un caballero anciano llamado Polibio,* de una fenestra della vido una fermosa doncella, *de la cual excesivamente fué enamorado.*

Villegas Selvago, *«Celestina», ed. cit., argumento.*

Y en cuanto al corte del párrafo cotéjense los que

—*... alsaran acaso los ojos* [86].

Tía Fingida. Ms. Colom. f. 77.

... «Volvió acaso los ojos por la Iglesia.»

Salas Barbadillo, *El Caballero Puntual.* Colección de Escritores Castellanos, p. 31.

... «tan admirado del suceso que acaso se le había ofrecido.»

Salas Barbadillo, *El Puntual.* Ed. cit., p. 35.

---

siguen de Alemán y el de Cervantes, con los arriba copiados, todos tan parecidos entre sí.

«Ibame yo paseando por una de las calles *de Milán, a donde había tantas y tan varias cosas, y mercaderías, que me tenían suspenso;* y acaso vi *en una tienda una cadena que vendían a un soldado, a mis ojos la cosa más bella que jamás vieron.*»

Alemán, «*Guzmán de Alfarache*», *ed. cit., P. II, cap. 6.*

«*Quizo su suerte que,* pasando un día por una calle, alzase los ojos y viese *a una* ventana *puesta* una doncella.»

Cervantes, «*El Celoso Extremeño*».

86 *La palabra* acaso *vale ahora por* tal vez. *Antes quería decir también* por casualidad *y en ese sentido la emplean frecuentemente los escritores de la época. No es característica de Cervantes, ni mucho menos. Del propio modo la usaba todo el mundo entonces. Ya la hemos visto en el párrafo de Alemán; he aquí otras frases del mismo y de Salas Barbadillo:*

«*Halléme* acaso *unas coplas viejas.*» Alemán, «*Guz-*

... «o ya que paſſaſſe a caso, o ya q̄ de alguna caſa de la vezindad ſalieſſe.»

SALAS BARBADILLO, *Don Diego de Noche.* Madrid, Delgado, MDC.XXIII, f. 13 frente.

—... *que de Bartulo y Baldo* [87].

TÍA FINGIDA, Ms. cit. y ed. Wolf, p. 7.

---

mán de Alfarache», ed. cit. primera parte, capítulo 4.

... acaso *acertó a llegar a la miſma hora a la ventana de doña Luyſa.»*

SALAS BARBADILLO, «*Don Diego de Noche*». *Madrid. Delgado, f. 11 vuelto.*

«*Halléme* acaso *entonces en una almoneda donde se vendía un papagayo.»*

SALAS BARBADILLO, «*El Necio bien afortunado*». *Ed. de Bibliófilos Españoles, p. 272.*

... «*se enamoró tiernamente de vuestra belleza un día que* acaso *os vió.»*

SALAS BARBADILLO, «*El necio*», *ed. cit. pág. 302*.

... «*las cosas bien dichas nunca se encuentran* acaso.»

SALAS BARBADILLO, «*La Sabia Flora*», *ed. Autores Castellanos, pág. 378.*

87 *Como si quisiera explicar la frase de «La Tía», dice Salas Barbadillo por boca de un estudiante que también era más amigo del baldeo que de Bártulo y Baldo:*

«*Deſpués en Alcalá... Mi eſcuela era la de las armas; las hojas de mis libros las de las espadas.» «Co-*

... «aleguen veinte textos, y a Bártulo y Baldo.»

SALAS BARBADILLO, *El Necio Bien Afortunado*, ed. Bibliófilos Españoles, p. 242

---

ronas del Parnaso: Plato quarto de las musas, folio 96 frente, ed. príncipe.

La mención de Bártulo y Baldo *juntos era la corriente: «admiraba arguyendo al poste los* Bártulos y Baldos», *dice Juan de Piña de un estudiante, en sus «Casos Prodigiosos», «Antiguas novelas», ed. Cotarelo. Los editores de «La Tía» citan a Cervantes en «La Elección de los Alcaldes»:*

«Podría prestar leyes a Licurgo,
y limpiarme con Bártulo»
«Sansones para las letras,
y para las fuerzas Bártulos.»

Bártulos o Baldos *significaba libros, y por extensión saber o ciencia: «No hay en amores* Bártulos.» ALEMÁN *«Guzmán de Alfarache», Madrid, Mojados, 1750, página 220, y según vimos en Muñón. ... «la rima que tenía llena de decretos y* Baldos?» *«Lisandro y Roselia», ed. cit., p. 41.*

«Escuchame un rato atento
Deja los Baldos *un poco.»*

«Primavera y flor de los mejores romances», por el Licenciado Arias Perez, 1626, Sevilla, Francisco de Lira, p. 41. Más tarde bártulos *vino a querer decir* trastos; *de ahí «liar los* bártulos» *equivalente a mudarse o marcharse, hoy vulgar.*

... «que quantas ojas avia eſtudiado aquel dia de ſus bartulos.»

SALAS BARBADILLO, *La Hyia de Celestina.* Lérida, Maneſcal, 1612, fol. 6.

—*Deparóles su diligencia un oficial vecino, pared en medio* [88].

TÍA FINGIDA, ed. Wolf, p. 7.

---

[88] *Pared en medio se decía generalmente, y así lo trae Covarrubias:*

«Pared en medio, *Donde viue el vezino*», *No tiene* pared por medio, *como decimos ahora, ni* pared y medio, *como a veces escribió Cervantes.*

«Fea pintan a la embidia
Io confiesso que la tengo
De vnos hombres que no saben
Quien vive pared en medio.»

LOPE DE VEGA, *«Dorotea», ed. cit. fs. 17 y 18. «Renacimiento» p. 21.*

La frase pared y medio *es la usada también por Cervantes en el episodio de Basilio y Quiteria, en «El Viejo celoso» y en «El Vizcaíno Fingido», donde dice así, respectivamente: «el cual tenía su casa* pared y medio *de la de los padres de Quiteria», «Quijote», ed. príncipe, p. II, c. XIX. «aquí* pared y medio *en un desposorio», «Ocho comedias», ed. príncipe, f. 257 frente. «aquí* pared y medio *tengo yo un platero mi conocido», «Comedias», ed. príncipe, folio 239 vuelto (el segundo porque la cuartilla está repetida y hay dos folios iguales). Apráiz se permite corregir, según*

... «Enamoraba él pared y medio de su posada a una Señora, tan noble en la sangre...»

SALAS BARBADILLO, *El Puntual*, p. 288.

—*... un oficial vecino, pared en medio..., el cual les dijo: vive en esta casa una Señora, medio beata y de mucha autoridad... es gente honrada y de gran recogimiento.*

TÍA FINGIDA, ed. Wolf, p. 7.

... «estas Señoras, que con este respeto las nombraban los vecinos... no solamente eran mujeres virtuosas y recogidas, sino calificadas y nobles.»

SALAS BARBADILLO, *Corrección de Vicios*, ed. citada, p. 108.

—*Tiene consigo una doncella de estremado parecer y brio... (de estremado parecer y donayre, dice el ms. de la Colombina.)*

TÍA FINGIDA, p. 7.

---

su detestable costumbre, y escribe pared en medio *las tres veces, y después hace la cita, como si las frases fuesen iguales a la de* La Tía Fingida. *Sin duda temió que pareciesen del todo diversas, cuando indistintamente se usaban de uno y otro modo. En la segunda parte del «Quijote», c. XXI, dice Cervantes: «y* pared en medio *de mi misma casa», ed. príncipe. Por cierto que en algunas ediciones posteriores se pone por errata* pared y en medio.

... extremada gracia y limpieza»[89].

SALAS BARBADILLO, *Hija de Celestina*, p. 71, ed. 1907.

... «tenía en su casa una moza de buen parecer..., briosa y entendida.»

SALAS BARBADILLO, *El Puntual*, ed. cit., p. 259.

... «el donaire, cierto que entretiene y agrada, y los bríos de Doña Dafnes me contentan mucho.»

SALAS BARBADILLO, *Corrección de Vicios*, ed. cit., página 464.

... «moça de buẽ brío en el pisar.»

SALAS BARBADILLO, *Don Diego*, ed. cit., p. 156, v.

—La relación, que dió el vecino oficial..

TÍA FINGIDA, ed. Wolf, p. 8.

... trae muchos prouechos el ſervirse de tan buē oficial[90].

SALAS BARBADILLO, *Hyia de Celestina*, ed. Lérida, f. 8 vuelto.

---

89 *Véase, adelante, gracia y donaire, etc., nota 94.*

90 *Salas habla del verdugo, y la frase es aplicable tanto al uso de la palabra oficial en el sentido de menestral, como se lee en «La Tía», cuanto al irónico* buen. *Igual cosa sucede con el párrafo que sigue de Alemán en «El Pícaro».*

«Malhaga Dios a quien mal hace su oficio; y como en hurtar él era tan buen oficial, *tenía por cierto*

... «éste es el oficial de que más se sirve.» (Refiérese al sombrerero.)

SALAS BARBADILLO, *El Cortesano Descortés*, ed. Bibliófilos Españoles, p. 14.

... «suave en la voz y más en la condición, parte que pocas veces se halla en los buenos oficiales de la guitarra.»

SALAS BARBADILLO, *Corrección de Vicios*, ed. cit., página 192.

---

no tocalle la maldición hurtando bien.» Ed. cit., cap. V de la primera parte.

De la amplitud que se daba al uso de esa palabra es buena muestra el siguiente párrafo de Porras de la Cámara, parecido en lo redundante a la serenata de «La Tía». La transcribo de Gallardo, lug. cit. «no faltaban Oficiales de las Musas; aunque fuesen los oficios tan singulares, que no tuviesen más que un Oficial...; pues no habiendo en Sevilla más que un oficio de Asistente, que administra por el Rei la justicia ordinaria; y un oficio de Verdugo, que la ejecuta; eran en este tiempo Pöetas hasta el Verdugo y el Asistente, que era el Conde de Monte-agudo. Eranlo asimismo dos Pregoneros, sinco Escribanos, trez Oidores, dos de los Grados, y uno de la Contratación... Dos Abogados, seis médicos, cuatro Plateros, dos Fundidores, un Sayalero, tres Perailes, dos Sastres, uno el bueno, y otro el malo, como los ladrones que crucificaron con Cristo; que Sastres habían de ser sus conformes. Un Gorrero, dos Pintores, tres Serrajeros, cuatro Mercaderes de Seda, un Zapatero de lo primo, dós de lo basto, etc. etc.»

—... *por otro nombre trabajadoras.*

TÍA FINGIDA, ed. Wolf, p. 8.

... «el cuidado que siempre ha tenido de que las mujeres que ha tratado no sean vagabundas, poniéndolas a oficio y haciéndolas trabajadoras, que no solamente comían de labor de sus manos, sino de la de todo el cuerpo.»

SALAS BARBADILLO, *Hija de Celestina*, ed. 1907, p. 108.

... «Facil exposición daros podría.
»Dicen, Señor, que siempre los rufianes
»a sus amigas, que es lo que mas quieren,
»las ponen a ganar para sí mismos.»

SALAS BARBADILLO, *El Puntual*, p. 239.

—... *vieron venir una reverenda matrona con unas tocas blancas como la nieve, mas largas...*

TÍA FINGIDA, ed. Wolf., p. 8.

...*y con un gran rosario al cuello de cuentas sonadoras.*

TÍA FINGIDA, ed. Wolf, p. 8.

«Rindiola, interviniendo en los conciertos vna embaxadora anciana, cuyas tocas blancas...»

SALAS BARBADILLO, *Don Diego*, ed. cit., folio 156, vuelto.

... «se puso las tocas blancas y se hechó al cuello el rosario de las cuentas gordas.»

SALAS BARBADILLO, *Corrección de Vicios*, ed. cit., página 94.

... «Estaba la reverenda señora con sus tocas de pontifical, rosario de ermitaño al cuello.»

SALAS BARBADILLO, *El Necio*, ed. cit., p. 217.

... *ojos negros rasgados y al descuido adormecidos...*

TÍA FINGIDA, ed. Wolf., p. 9.

... «ojos negros rasgados... miraban apacibles.»

SALAS BARBADILLO, *Hija de Celestina*, ed. 1907, p. 31.

—... *quedando suspensos y enamorados de tal donaire y belleza; que esta prerogativa tiene la hermosura.*

TÍA FINGIDA, ed. Wolf, p. 9.

... «y vieſſen la rara belleza de aquella muger, que a todos obliga vn hermoſo roſtro, y mas quando el ſujeto es peregrino.»

SALAS BARBADILLO, *La Hija de Celestina*, en la cit. ed. de Lérida, f. 44, vuelto; en la de 1907, página 93.

— *Llegóse en esto la noche, y en la hora acomodada* [91].

TÍA FINGIDA, ed. Wolf, 10.

---

91 «*Llegóse en esto la noche, y en la hora acomo-*

... «llegó la noche que para eso estaba determinada.»

SALAS BARBADILLO, *Corrección de Vicios*, ed. cit., página 258.

—... *juntáronse nueve matantes de la Mancha.*

TÍA FINGIDA, ed. Wolf, p. 10.

... «juntáronse hasta doce de los criados...»

SALAS BARBADILLO, *El Necio Bien Afortunado*, edición cit., p. 238.

... «juntaronse al dia siguiente hasta ocho bellacones...»

SALAS BARBADILLO, *El Necio*, ed. cit., 302.

... «matantes de papel y valentones de pluma, pues con ella son poderosos a quitar la vida a un hombre.»

SALAS BARBADILLO, *El Puntual*, ed. cit., p. 84.

... «muere de amor el matante
»tan nouaton en lo tierno,
»que en los ſuſpiros parece
»al ladrar del Can Ceruero.»

SALAS BARBADILLO, *Coronas*, ed. cit., p. 109, frente.

---

dada para la solemne fiesta, juntáronse nueve matantes de la Mancha...» Toda la escena de la absurda serenata de «La Tía Fingida», está reproducida ya en las páginas 109 y 110 de este libro, así como la canta-

—... *una tropa de paniaguados o por mejor decir, pan-y-vinagres.*

Tía Fingida, ed, Wolf, p. 11.

... «si él era bellaco y se preciaba de pregonar vino y vender vinagre que por acá se usaba la misma frasis.»

Salas Barbadillo, *El Puntual,* ed. cit., p. 29.

... «¿Estos se habran de atrever a desnudar la espada contra un hombre de bien y conocido? ¿Estos que pregonan vino y son todos vinagre?»

Salas Barbadillo, *Corrección*, ed. cit., p. 477.

En esta casa yace mi Esperanza...
Pues no la tiene aquel que no la alcanza...

Tía Fingida, ed. Wolf, p. 11.

«Tampoco desenprendas tu eſperança...
»a un mudo aſsiento la verdad alcança.»

Salas Barbadillo, *Don Diego,* ed. cit., f. 130 v.

«A una dama, su nombre Esperanza, su condición mentir.

«Por mi estrella rigurosa
»esta desdicha me alcanza
»pues nunca tuve esperanza
»que no fuese mentirosa.»

Salas Barbadillo, *El Puntual,* ed. cit., p. 123.

---

leta *de Salas Barbadillo, que se le asemeja, aunque bien aplicada ésta, pues se pinta una burla o* matraca, *y no un obsequio y servicio.*

Que no embidie al Francés, al Indio, al Moro.

Tía, ed. Wolf., p. 11.

«Del Borea al Austrio y desde el Indio al [Moro.»

Soneto en los preliminares de *La Hija de Celestina.*

—... *el cantado y encantado soneto.*

Tía Fingida, ed. Wolf, p. 12.

... «la que le encantó cantando.»

Salas Barbadillo, *Don Diego de Noche,* ed. cit., folio 66, frente, por errata 31.

... «la miſma dama cantora y encantadora.»

Salas Barbadillo, *Don Diego*, folio 151, frente.

—... *desesperaban los dos desesperados y esperantes.*

Tía Fingida, ed. Wolf, p. 12.

... «poniendo ya su esperanza en la desesperación.»

Salas Barbadillo, *Don Diego*, ed. cit., folio 85, v.

—... *un bellacon de los circunstantes...*

Tía Fingida, ed. Wolf, p. 12.

«Entre ellos, uno más bellaco, mayor socarrón.»

Salas Barbadillo, *El Puntual*, ed. cit., p. 150.

... «ocho bellacones.»

SALAS BARBADILLO, *El Necio*, ed. cit., p. 302.

Las nubes del temor frío
No cubran vuestra luz clara;
Que es mengua de vuestros soles
No rendir quien los contrasta.

TÍA FINGIDA, ed. Wolf, p. 13.

... «Que como he rendido el alma
»A los dos soles amables
»De sus ojos...»

SALAS BARBADILLO, *Escuela de Celestina*, reimpresión de 15 ejemplares por D. F. Uhagón, ed. citada, p. 43.

—... *recogieron en medio del escuadrón el bagage de los músicos* [92].

TÍA FINGIDA, ed. Wolf, p. 14.

---

[92] *El uso de la palabra* escuadrón *para designar una pluralidad de personas, y por extensión de cosas, era común entre la picaresca. Valga otro ejemplo de Salas, que pinta a la vez una costumbre maleante, que tenía por teatro la calle Mayor ae Madrid:*

«*La estafa del* esquadron
es luzida y es vizarra...
Salir juntas en un coche...
Apenas alguno pasa
Que no se le incline a alguna
Como es la variedad tanta,
Todas reciben de todos
Que todos con ellas gastan...

... «vn grande eſquadron de nuues.»

Salas Barbadillo, *Don Diego*, ed. cit., f. 109, frente.

... «y rompiendo el eſquadrō de los soldados y criados que los cercavan.»

Salas Barbadillo, *Don Diego,* ed. cit., f. 119. frente.

—... y creyendo los músicos... que era la justicia... comenzaron a repicar los broqueles y... paso adelante, por no parecer a sus ministros, corchetes y porquerones aquella feria de ganancia [93].

Tía Fingida, ed. Wolf, p. 14.

El coche opulento buelue
Despues tan cargado a casa...
Luego el esquadron *de Venus*
del se apea, que se vfana
de traer tantos despojos
de las vencidas batallas.

. . . .

La estafa del esquadron
ésta con razón se llama.

Salas Barbadillo, *«Escuela de Celestina», ed. cit. p. 86.*

Los editores hallaron sólo esta cita del «Persiles»: «Soldino, con todo aquel escuadron de damas y caballeros, bajó por las gradas...» Salas emplea indistintamente escuadrón *y* escuadra, *véase la nota referente a* Caballero generoso.

93 *Del mismo modo que* dar en el broquel *era*

... «Si acaso teneis competidor que os embaraza la calle... al primer repique de broquel dan con la guitarra por aquellos suelos, y corren...»

SALAS BARBADILLO, *Corrección de Vicios,* ed. cit., página 196-197.

—... *a la belleza y hermosura, al donaire y gracia con que la describieron... y el poco o ningún remedio ni esperanza que tenían de gozar la doncella* [94].

TÍA FINGIDA, ed. Wolf, p. 15.

«entretenerse en lo no importante», según Covarrubias, repicar broqueles *era desafiar o provocar la pelea,* salir a cada repique de broquel *era en cualquier ocasión tomar contienda, o estar apercibido para, en trabándose, acudir a ella.* Broqueleros *llamábase a los camorristas, de ahí que jugando el vocablo dijera Salas Barbadillo en las «Coronas del Parnaso», f. 109, vuelto.*

«Nunca estimaron las damas
los galanes broqueleros,
porque más que a los broqueles
a los escudos quisieron.«

No recuerdo usara la frase Cervantes ni los editores la citan.

94 *Como vimos antes, p. 181—a propósito de la pág. 7 de «La Tía»—el brío y el donaire eran elogio corriente en el habla vulgar y en las narraciones que*

... «gente a quien no puede faltar donaire y gracia.»

Salas Barbadillo, *Coronas del Parnaso*, 1635; Madrid, Imprenta del Reino, f. 104, frente.

---

la reflejaban, ya juntos, ya emparejados con otro epíteto.

«...era de tan gentil donaire y brío...»

«me parece tanto en el rostro, estatura, donaire y brío...» *citan de Cervantes los editores de «La Tía». En Salas, además de las copiadas, las hay a montones:*

«Llevaban tanto adorno y brío»

Salas Barbadillo, *«El Puntual», ed. cit., p. 182.*

«a una dama de hermoso talle y brío.»

Salas Barbadillo, *«El Puntual», ed. cit., p. 234.*

«Los donayres de ſu boca
los colores del ſemblante
los aliños del vestido
ygualmente son donaires»

Salas Barbadillo, *«Don Diego», f. 142 frente.*

«Precianſe de tener muchos donaires
Pocos los dones ſon, muchos los aires»

Salas Barbadillo, *«Coronas», ed. cit., f. 129 frente.*

«Partes son muy eſſenciales
el donayre y el despejo»

Salas Barbadillo, *«Escuela de Celestina», reimpresión cit., p. 20.*

«... con gracias y donaires sutiles»

Salas Barbadillo, *«El Puntual», ed. cit., p. 262.*

... «los deseos de gozar las gracias y donaires de Teresica.»

Salas Barbadillo, *Corrección de Vicios,* ed. cit., página 256.

—... *caballero... de los que se llaman generosos en Salamanca* [95].

Tía Fingida, ed. Wolf., p 15.

---

95 «Generoso. *El Hõbre iluſtre, nacido de padres muy nobles, y de clara estirpe... Eſte es generoso por linage»: dice Covarrubias.*

En ese sentido creía Apráiz que Cervantes no había usado la palabra. Rebuscando, halló Bonilla que en el «Persiles» — I, *2. — llamó a Periandro «caballero generoso». Lo raro es que sólo esa cita hallaran, pues existen otras en Cervantes mismo. Y el uso era común. Ya la vimos en un párrafo de Villegas Selvago, que, en otro, nos da una muestra de cómo pasó a significar dadivoso.*

«Dolosina. Por hacerse liberales y ser tenidos por generosos, hinchen mi casa y dejan la suya vacía.» Villegas Selvago, «Celestina», ed. cit., p. 199. Véanse los siguientes ejemplos de Salas.

> *«Si ya a los* generosos *exercicios*
> *ſe despierta tu sangre generosa.*
> *Huye de aquella eſquadra licencioſa*
> *de otros mancebos, cuya libre eſcuela*
> *doctrina iñſpira barbara y vicioſa.»*

Salas Barbadillo, *«Don Diego», ed. cit., f. 129 vuelto.*

«Mas seguro, o generoſo cauallero, está mi ſecre-

... «Cavallero de los más iluſtres y generoſos del Reino.»

Salas Barbadillo, *Coronas,* ed. cit., f. 18, vuelto.

—... *ofreciendo a su servicio la persona, la vida, la hacienda y su fabor.*

Tía Fingida, ed. Wolf, p. 16.

... «la menor prenda que por ella aventuraría sería la hacienda: porque la vida poca que le quedaba, con mucha liberalidad perdería en su servicio... para que conociesen en las obras sus deseos.»

Salas Barbadillo, *La Hija de Celestina,* ed. 1907, p. 56-57.

—... *ofreciéndole a su servicio la persona, la hacienda y la vida.*

Tía Fingida, Ms. Colombino, f. 80, v.; 81, frente.

... «Ofreciéndole sus haciendas, vidas y honras.»

Salas Barbadillo, *El Puntual,* ed. cit., p. 194.

—...*concluyó con una mui formada mentira.*

Tía Fingida, ed. Wolf., p. 16.

---

to en vuestro coraçon viuo, que en vueſtra muerte.»

Salas Barbadillo, *«Don Diego», ed. cit., f. 13 vuelto.*

... «*muchas con obligaciones de sangre generosísima acometen bajezas.*»

Salas Barbadillo, *«Corrección de Vicios», ed. cit., p. 257.*

...«el engaño que voy formando.»

SALAS BARBADILLO, *Corrección*, ed. cit., p. 299.

No fué menester con esta promesa dar otra vuelta al cordel del ruego.

TÍA FINGIDA, ed. Wolf, p. 17.

No has acertado con la cuerda, a breves vueltas, a cortos rodeos te pondrá la verdad delante.

SALAS BARBADILLO, *Hija de Celestina*, p. 142, ed. 1907.

... apretándole los cordeles... le dijo la causa de su buena fortuna.

SALAS BARBADILLO, *El Puntual*, ed. cit., p. 98.

—... *gente buena y llana.*

TÍA FINGIDA, ed. Wolf., p. 19.

... «aquella gente era sencilla y llana.»

SALAS BARBADILLO, *Corrección de Vicios*, ed. cit., página 108.

—... *ni otros impertinentes menjurges que hay que todo es aires (ayre según el ms. colombino).*

TÍA FINGIDA, ed. Wolf, p. 24.

... «no se trata de beneficio porque al fin al fin todo es aire.»

SALAS BARBADILLO, *Corrección de Vicios*, ed. cit., página 200.

— *Sosiéguese Vmd., mi Señora Doña Claudia.*

Tía Fingida, ed. Wolf, p. 25.

¿Y la limpieza de Esperanza?

Tía Fingida, ed. Wolf, p. 27.

... «ſoſieguense por la limpieza de la Virgen.»

Salas Barbadillo, *La Hyia de Celestina,* ed. Lérida, 1612, f. 73, vuelto; p. 136, ed. 1907.

... «v. m. Señora Camila ſociéguese por mi amor.»

Salas Barbadillo, *Corrección*, ed. cit., p. 315.

—*Y para que no sea todo palabras.*

Tía Fingida, ed. Wolf, p. 27.

... «daré a vuestros deseos con las obras toda satisfacción.»

Salas Barbadillo, *El Puntual*, ed. cit., p. 254.

—*Solo por la muestra del paño que he visto, no saldré de la tienda sin comprar toda la pieza.*

Tía Fingida, ed. Wolf, p. 28.

... «no desdice el paño: todo es de un color y de una misma pieza.»

Salas Barbadillo, *Hija de Celestina,* ed. 1907, p. 64.

—*No se me deje de vender por melindre.*

Tía Fingida, ed. Wolf., p. 28.

... «un corazoncito todo melindres.»

Salas Barbadillo, *El Necio,* ed. cit., p. 274.

... «fuera del distrito de los melindres.»

Salas Barbadillo, *El Necio*, ed. cit., p. 275.

«Venga acá Doña Muñeca,
artífice de melindres.»

Salas Barbadillo, *La Escuela de Celestina*, reimpresión de 15 ejemplares, por D. F. Uhagón, página 31.

... «algunos melindres y desprecios.»

Salas Barbadillo, *El Puntual,* ed. cit., p. 244.

... «los melindres y ademanes que en ellos son arreos.»

Salas Barbadillo, *El Puntual,* ed. cit., p. 271.

... «o perdiese tantos melindres o acabase con ellos la vida.»

Salas Barbadillo, *El Puntual,* ed. cit., p. 272.

—... *colegial trilingüe en el disfrute de su heredad.*

Tía Fingida, ed. Wolf, p. 29.

... «Colegio de Colegiales Trilingües, porq̃ hablan tres lenguas. Pero eſſa deſpensa ſera Colegio de Colegiales cincontes, porque cada uno hablará ciento.»

Salas Barbadillo, *Don Diego de Noche*, folio 48, frente.

—*¡Oh milagros del amor nunca vistos! ¡Oh fuerzas poderosas del deseo!*

TÍA FINGIDA, ed. Wolf, p. 31.

... «¡Oh prodigios del amor!»

SALAS BARBADILLO, *El Puntual*, ed. cit., p. 402.

... «la belleza de un rostro que me satisface es poderosa más que todo el arte humano a llevar mi deseo en seguimiento de sus plantas.»

SALAS BARBADILLO, *Corrección, La Sabia Flora*, ed. cit., p. 341.

—... *tan extraña resolución.*

TÍA FINGIDA, ed. Wolf., p. 31.

... «este oficio miserable... de robar lo ajeno tiene una condición extraña.»

SALAS BARBADILLO, *La Hija*, p. 66, edic. 1907.

... «Y hacia en esto una sutileza extraña.»

SALAS BARBADILLO, *Hija de Celestina*, pág. 74, ed. 1907.

... «Enfermedad tan fuerte y tan eſtraña.»

SALAS BARBADILLO, *Coronas*, ed. cit., p. 129, frente.

... «unos barbones cuyo rostro es un bosque y selva extraña.»

SALAS BARBADILLO, *Corrección de Vicios*, ed. cit., página 166.

... «V. M. se cure de esos celos... es una

enfermedad extraña, porque en quien la padece es rabiosa y en los que la ven ridicula.»

SALAS BARBADILLO, *Corrección*, ed. cit., p. 367.

«Extraña razon y juicio depravado es el de los tales...»

SALAS BARBADILLO, *El Puntual*, ed. cit., p. 18.

«Rodeos extraños — cautela extraña — extrañas invenciones — extraña mano — extraño modo» [96].

SALAS BARBADILLO, *Corrección de Vicios*, ed. cit., p. 180 a 190.

---

96 *No se me oculta que nada tienen de* extraño *esos* extraños; *pero los anoto porque el señor Bonilla San Martín llena unas páginas de su edición, las 130 y 131, con los párrafos de Cervantes en que aparecen los siguientes que coinciden, para el caso, con los arriba copiados: «extraño contento, extraño desdén, extraña crueldad, condición extraña, extraña gravedad, artificio extraño, enfermedad extraña, extraño acontecimiento, extraño caso y extraña novedad». Igual cosa puede decirse de las* bajezas *y* altezas *que traslado después, como se hace en la edición Bonilla, págs. 132 y 133, donde se copian: «la bajeza de nuestra humanidad, la mortal bajeza, mi bajeza veo, la bajeza de mi corto entendimiento, la bajeza del estado humilde, la bajeza de la mujer, la alteza de mis buenos pensamientos», a pesar de que nada tienen de particular en ningún sentido, pues estas palabras ni siquiera son características de época determinada.*

—...*la bajeza de la nuera.*

Tía Fingida, ed. Wolf, p. 32.

... «la bajeza de mi calidad.»

Salas Barbadillo, *Corrección*, ed. cit., p. 300.

... «la bajeza de su ánimo.

Salas Barbadillo, *Hija de Celestina*, p. 63, edit. 1907.

... «pase por sutileza de ingenio lo que fué bajeza de ánimo.»

Salas Barbadillo, *Corrección*, ed. cit., p. 304.

... «la bajeza de su delito».

Salas Barbadillo, *El Puntual*, ed. cit., p. 154.

«A bajezas notables el oro llega
los bufones le arrastran y las rameras.
Que hace extrañas vilezas en estos tiempos
a él le arrastran los malos y él a los buenos.»

Salas Barbadillo, *Corrección*, ed. cit., p. 410.

... «caen bajeza semejante.

Salas Barbadillo, *Hija de Celestina*, ed. 1907. p. 37.

«Essa fingio en vn tiempo arrepentirse de su culpa y boluiose a su baxeza.»

Salas Barbadillo, *La Escuela de Celestina*, página 81, edición de Uhagón.

«Si esa mujercilla era tan vil, la bajeza de tal sujeto.»

Salas Barbadillo, *Corrección*, ed. cit., p. 371.

... «se deja arrastrar de la bajeza de algunos vicios...»

Salas Barbadillo, *El Puntual*, ed. cit., p. 16.

El cotejo podía prolongarse aún, pues los materiales para este género de pesquisas son inagotables. A quererlo, el número de ejemplos de Salas doblaría al de las coincidencias cervantinas publicadas por los editores de *La Tía;* pero estimo que, con lo expuesto ya, basta y sobra para mi intento.

Si hubiera léxicos de las palabras y frases usadas en las *Celestinas,* los *Lazarillos*, los *Guzmanes,* la *Dorotea,* las obras de Salas y en general de todas las que he venido estudiando y citando—como existen diccionarios de Cervantes—, el cotejo y comparación de sus vocabularios respectivos hubiera hecho inútil, quizá, el presente trabajo, o, por lo menos, lo habría facilitado extraordinariamente. Tan de bulto quedaría sin necesidad de ajena demostración lo que con ser claro y evidente no han querido ver los ano-

tadores de *La Tía*, que en cada tiempo y lugar, necios y discretos, ignorantes y doctos, todos los que se expresan en una lengua usan las mismas palabras y las mismas frases hechas; y que el toque para apreciar los estilos estriba, más que en las semejanzas, en las diferencias; no ya sólo en el mayor o menor caudal de voces que se empleen, sino en cómo se juntan para expresar las ideas, y en la relación íntima que con ellas tienen.

La Tía Fingida, con ser una estimable curiosidad literaria, únicamente desde este punto de vista atrajo mi atención, y únicamente por estar atribuída a Cervantes mereció el trabajo que le he dedicado, como medio de combatir en ella un pretendido sistema de investigación literaria, tan laborioso como falso y fuera de toda corriente científica, antigua y moderna. Con razón dijo Menéndez y Pelayo, a propósito de esa novela y de las semejanzas de estilo halladas por sus comentadores, «que cada

uno las ve a su modo». Cotarelo decía también en sus *Efemérides Cervantinas:* «Respecto de la novela de *La Tía Fingida,* no obstante la autoridad de Gallardo, seguimos creyendo que no es de Cervantes. No podrá demostrarse de una manera indudable, por sólo semejanzas de estilo, que lo sea; porque estas semejanzas son propias de los escritores de una época». Y Foulché Delbosc asentó igualmente, en un artículo antes mencionado, que: «en cuanto a los parecidos, en cuanto a las analogías de frases o de locuciones, con un poco de habilidad y bastante buen deseo es siempre fácil encontrarlos». En idéntico sentido se expresó en diversas ocasiones el señor Rodríguez Marín, que no cree tampoco que *La Tía Fingida* sea de Cervantes.

Es, pues, por lo tanto, inexacto que yo sea, como se atrevió a afirmar uno de los últimos editores—Apráiz—«el único que resuelve de plano la incompatibilidad de Cervantes y del autor de *La Tía Fingida*».

Es verdad que Menéndez y Pelayo, Rodríguez Marín y Cotarelo no habían externado su opinión, cuando yo di a la prensa la mía; pero ni eso quiere decir que estos señores no la hubieran formado antes personalmente, pues todos y cada uno tienen autoridad y criterio para no dejarse influir de las afirmaciones ajenas, ni acepto, aunque halaguen mi vanidad, las suposiciones del señor Apráiz. No habiendo yo documentado mi opinión, mal podía modificar la de quienes basaron siempre la suya en propias o en evidentes investigaciones. Además, Pellicer y Clemencín, tácitamente, Don Andrés Bello, de un modo bien expreso, y Menéndez y Pelayo, en lo particular, la tenían bien dicha y formulada. En último término, si con lo que hace años apunté en esbozo convencí a alguien, mejor que mejor, y si estuviera yo solo, nada significaría eso tampoco, pues lo falso no porque se divulgue llega a ser cierto, ni la mentira a fuerza de repetirse se transforma en verdad.

ALGO MÁS SOBRE EL LICENCIADO VIDRIERA

FECHA Y LUGAR EN QUE HUBO DE ESCRIBIRSE Y ALGUNAS RELACIONES ENTRE ESTA NOVELA Y LA VIDA DE SU AUTOR

Bien merece la novela de *El Licenciado Vidriera* la admiración que se le ha consagrado de antiguo. Si su estructura literaria no es de las mejores, entre las obras de su autor, y si en su estilo, a veces insuperable en fuerza y en gracia, algún comentarista a la antigua hallaría no pocos descuidos que observar, bastarían para hacerla doblemente peregrina, la serie de cuentos y agudezas — apotegmas, como entonces se decía — que en ella ingirió Cervantes, y los recuerdos e impresiones, que hacen sea la que en menos páginas tiene más de íntimo suyo. Por eso algunos la juzgaron autobiográfica, y otros la supusieron retrato directo de persona determinada.

Sobre que el Licenciado Rueda no

fué Cervantes mismo, y que la locura que en esta narración se pinta no pudo ser la del humanista alemán Gaspar Barth, como algunos dieron anacrónicamente en suponer, ya escribí alguna vez; así como sobre otros de sus particulares, entre ellos acerca del conmovedor relato de aquel desesperado término de Vidriera, cuando hubo de perder por cuerdo lo que ganaba por loco, que era el sustento, y pedir al esfuerzo de su brazo lo que no logr ba el de su ingenio [1].

La fecha y lugar en que debió de ser escrita la novela, motivan ahora estos renglones.

Quien haya seguido la obra total de Cervantes en sus detalles, y conozca la época a que se refiere, mientras más la mire, más habrá de convencerse de que *El Licenciado Vidriera* fué escrito en Valladolid. Es, pues, del

---

1 *En «Las «Novelas Ejemplares» de Cervantes. Sus críticos, sus modelos, etc.», Madrid, 1915, p. 164; y en mi estudio «Sobre la evolución del concepto de la obra de Cervantes», con ocasión del Centenario de «Las Novelas», inserto en el presente volumen.*

período de apogeo literario a que corresponden *El Casamiento Engañoso* y *El Coloquio de los Perros.*

Algunos sucesos de aquel tiempo —de los que nos dan idea y noticia los cronistas contemporáneos, entre ellos Cabrera, en sus *Relaciones,* y Pinheiro, en su *Fastiginia* — están ahí, incidentalmente, comentados. Hay detalles del vivir diario, que más tarde habría de seguro olvidado el autor, pues no son trascendentales, y los hubiera sustituído por otros también del momento.

Se entrevé en las páginas de la vivida narración, el medio de pretendientes, de aventureros, de poetastros y de señores más o menos tronados que hubo de frecuentar Cervantes en Valladolid, a juzgar por el proceso Ezpeleta; y se perciben en ella sus miserias de aquellos días, de las que son testimonio documental los recibos que hubo de extender, que se conservan autógrafos, y que fueron constancia del pago de las mezquinas cantidades que las mujeres

de la casa de Cervantes ganaban cosiendo ropas ajenas.

Por su híbrida contextura—ya he indicado que en la novela hay dos partes independientes en realidad: la vida de *Rodaja* y los apotegmas cervantinos—, bien pudieron ingerirse en ella fragmentos de diversas fechas. No hay que olvidar tampoco en este género de investigaciones, que Cervantes retocó sus novelas antes de darlas a la imprenta, de lo cual hay muestras por los cambios hechos en los borradores que el códice de Porras de la Cámara nos descubrió.

Detalles que demuestran la copia directa e inmediata de la realidad, y que pueden cotejarse con el manuscrito de Pinheiro—decía yo en mi libro sobre *Las Novelas*—, indican que esta obra fué escrita en Valladolid hacia el mismo tiempo que *El Coloquio de los Perros*. Rosell, en las observaciones y apéndices de la edición que dirigió [2]—añadí—, supone que

---

[2] *La mención referente a las observaciones de*

fué después, y pretende apoyarse en el testimonio del mismo Cervantes, citando estas palabras: Pasó el Licenciado a Valladolid, *donde en aquel tiempo estaba la Corte;* pero es el caso —afirmaba yo— que ni en la primera edición, ni en ninguna de las ediciones antiguas que poseo, aparecen tales palabras. Cervantes dice que «*vn Príncipe*, *o señor que estaua en la Corte* quiso conocer a Vidriera y mandó por él a Salamanca, y que el Licenciado llegó a Valladolid: entró de noche, y desembanastáronle en la casa del señor que auia embiado por él»; de donde se deduce todo lo contrario de lo que Rosell pretendía probar, pues aparece, como he dicho ya, que la obra fué escrita en Valladolid en la época en que estaba allí la Corte.

«No es de sorprender—replicó entonces el »señor Foulché-Delbosc—que el señor Icaza »no haya encontrado en las cinco ediciones

---

Rosell hácese en la primera edición de mi citado libro págs. 72, 77, 128, 146, 163 y 208, y en los lugares indicados en la p. 297 de la segunda y de la tercera.

»precitadas la frase que censura—las pri-»meras, que anoté como testimonio de mi »aserto—, porque no se encuentra en nin-»guna edición, antigua ni moderna; ya que »la considera como un variante del impresor, »hubiera debido rebuscar cuál podía ser el »responsable, y no volviéndola a encontrar »en ninguna parte, se habría probablemente »dado cuenta de que era él quien había leído »mal el pasaje de Rosell.»

La afirmación no puede ser más rotunda: «*no se encuentra en ninguna edición antigua ni moderna—car elle ne se trouve dans aucune édition, ancienne ou moderne... et ne la rencontrant nulle part*»—, y no sólo no es exacto que en ninguna de las ediciones de las *Novelas Ejemplares* se halle la frase en que se fundaron, equivocadamente, los que supusieron *El Licenciado Vidriera* escrito en Madrid, sino que, no una, sino muchas la contienen.

No quisiera cansar con una larga e inútil enumeración de ellas. Básteme para el caso mencionar las siguientes, entre las ediciones del siglo pasado que tengo a mano:

Comencemos por la de Madrid,

Miguel Burgos, 1821; ahí dice, en la página 333: «Llegó a Valladolid (donde en aquel tiempo estaba la Corte), entró de noche», etc. Sigamos por la de Barcelona, C. y J. Mayol, 1842; ahí dice también, en la página 271: «Llegó a Valladolid (donde en aquel tiempo estaba la Corte), entró de noche», etc. Continuemos con la de Toledo, Severiano López Fando, 1853; ahí se hallará igualmente, en la página 214: «Llegó a Valladolid (donde en aquel tiempo estaba la Corte), entró de noche», etc. Y ya son tres, y como el cuento es largo, y sería interminable si siguiera mi relación de este modo, recomiendo afectuosamente al señor Foulché, o a quien se interese en esas minucias, que vea, por de pronto, las ediciones siguientes, que no son por cierto las únicas en que se encuentra la frase adicionada, pues en otras posteriores también se ha venido copiando:

Alcalá de Henares.—Imprenta de la *Cuna de Cervantes*, 1876:

Llegó a Valladolid, donde en aquel tiempo estaba la Corte; entró de noche, etc. Página 16.

Madrid.— Moya y Plaza, 1881:
Llegó a Valladolid (donde en aquel tiempo estaba la Corte), entró de noche, etc. Página 229.

Barcelona.— Tasso, 1882:
Llegó a Valladolid (donde en aquel tiempo estaba la Corte), entró de noche, etc. Página 119.

Leipzig.— F. A. Brockhaus, 1883:
Llegó a Valladolid (donde en aquel tiempo estaba la Corte), entró de noche, etc. Página 157.

Barcelona.— Imprenta Barcelonesa, 1885 (edición suprimidas las palabras malsonantes):
Llegó a Valladolid (donde en aquel tiempo estaba la Corte), entró de noche, etc. Página 204.

Y por último, y esto es lo verdaderamente extraordinario, vea el señor Foulché su propia traducción —muy buena por cierto—, y hallará en ella, igualmente, la frase que asegura no existe en parte alguna.

Sin duda por la confianza que a todos merecen, a mí el primero, las investigaciones del señor Foulché —en quien distracciones como ésta constituyen una verdadera excepción—, incurre el señor Fitzmaurice-Kelly en el propio error.

En el prólogo a la traducción inglesa de las *Novelas Ejemplares,* edición de Cowans, 1902, tras de citarse muchas veces como autoridad, en lo que toca al conocimiento de estas obras, asienta rotundamente la inexactitud. Y esto sí que ya pica en historia, porque en el mismo libro, en la página respectiva, dice también el traductor Maccoll: *and so he arrived at Valladolid where the Court the was.* Precisamente lo mismo que, copiando a Foulché, acaba de asegurar el señor Fitzmaurice-Kelly que nadie dijo jamás [3].

No he de corresponder a la bene-

[3] «*Giunse a Valladolid, dove era allora la Corte*», *escribe también Giannini, p. 128 de su traducción. «Novelle», Bari, Laterza, 1912.*

volencia con que el señor Foulché, que no la prodiga, mira siempre mis trabajos, ni a la atención que el señor Fitzmaurice-Kelly esta vez les dedica, replicándoles destempladamente; pero, en verdad, lo menos que podía pedirles, con toda cortesía, es que, antes de rectificarme, hubieran releído, siquiera, sus propios escritos.

Y volviendo de esta digresión necesaria, al asunto que la motiva, del lugar y la fecha en que probablemente la novela se escribió, nada podría significar en tal sentido la aislada e intempestiva añadidura, pues no sólo esa ocasión llama Cervantes en el *Licenciado Vidriera* la Corte a Valladolid. Antes y después del párrafo cambiado por un impresor—probablemente el siglo XVIII, aunque no puedo asegurarlo, pues ni poseo, ni tendría tiempo, ni ocasión, ni ganas de revisar todas las ediciones de las *Novelas Ejemplares*—, antes y después de la frase añadida, según vengo diciendo, la titula así repetidas veces:

»Las nuevas de su locura y de sus res»puestas y dichos se extendió [4] por todo »Castilla — dice —, y llegando a noticia de »un Príncipe o señor que estaba en *la Corte*, »quiso enviar por él, y encargóselo a un ca»ballero amigo suyo que estaba en Salaman»ca, que se lo enviase; y topándole el caba»llero un día, le dijo: sepa el señor Licencia»do *Vidriera* que un gran personaje de *la* »*Corte* le quiere ver, y envía por él. A lo cual »respondió: vm. excuse con ese señor, que »yo no soy bueno para palacio, porque tengo »vergüenza, y no sé lisonjear.» «Con todo »esto el caballero le envió a *la Corte.*»

Y después de asentar que «llegó a Valladolid», agrega que el caballero

«dejóle salir por la ciudad debajo del ampa»ro y guarda de un hombre que tuviese cuen»ta de que los muchachos no le hiciesen mal, »de los cuales y de toda *la Corte* fué conocido »en seis días; y a cada paso y en cada calle, »y en cualquier esquina respondía a todas las »preguntas que le hacían.»

Y cuando regresa *Vidriera* a Valladolid, ya curado, dice Cervantes:

---

[4] *Evidentemente debió decir* se extendieron; *a descuidos como éste, y otros semejantes, me refería anteriormente.*

«así como le vió sano—el religioso que le »curó—le vistió como letrado y le hizo volver »a *la Corte.*»

Y repite adelante:

«volvió a *la Corte*, donde apenas hubo en»trado cuando fué conocido de los mucha»chos: mas como le vieron en tan diferente »hábito del que solía, no le osaron dar grita »ni hacer preguntas».

Obsérvese que ni una vez se hace mención de otra ciudad, que no sea Valladolid, como residencia de *la Corte*, y que si el relato abarca un largo período—la vida entera del protagonista—, la parte de acción inmediata y no puramente narrativa, la referente a las atinadas respuestas de su extraña locura, pasa y se refiere, casi toda, a Valladolid, y en Valladolid, vuelto a la razón, contesta a la gente que le rodea en el Patio de los Consejos:

«lo que solíades preguntarme en las plazas, »preguntádmelo ahora en mi casa, y veréis

»que el que os respondía bien, segun dicen, »de improviso, os responderá mejor de pen»sado».

Y, por último, que en Valladolid, «viéndose morir de hambre, determinó dejar *la Corte* y volverse a Flandes», para eternizar su vida por las armas «dejando fama en su muerte de prudente y valentísimo soldado».

Estos pormenores, y otros datos que después se verán, hacen que no sea aventurado asignar a esta obra, como fecha probable en la cronología de la producción cervantina, la primera mitad de 1606. Que se terminó en Valladolid paréceme indudable, y que fué antes de mediar 1606, pues aun estaba ahí la Corte, no se pensaba todavía en la tregua ajustada con Flandes, en 1607, y a Flandes va a morir el Licenciado *Vidriera.* Que fué posterior al año de 1605, nos lo indica una frase referente a los festejos celebrados ese año y el anterior de 1604.

Recuérdense, además, estos otros

detalles: A fines de 1604 había venido Cervantes para negociar en Madrid la venta del privilegio de la primera parte del *Quijote*. Es de 1605 el privilegio para Portugal, vendido por Cervantes el 12 de abril, en Valladolid. Data del 27 de junio del mismo año, el proceso por las heridas y muerte de don Gaspar de Ezpeleta; y ese año de 1605, y el anterior de 1604, se celebraron, respectivamente, grandes festejos con motivo del nacimiento del Príncipe, que fué después Felipe IV, y entre varias *Fiestas,* las *que hizo y mantuvo el Príncipe de Piamonte;* historiadas aquéllas por Herrera, en una *Relación* [5] mal atribuída a Cervantes, y las otras por un cronista anónimo, en cuya pluma Gayangos y algunos más creyeron ver rasgos cervantinos.

Dados estos antecedentes, hay por qué entender que a ambas ocasiones

---

[5] *Impresas las dos en Valladolid: la primera por el Licenciado V. de Castro, 1604; y la segunda por J. Gondínez Millis, 1605.*

de festejos y juegos extraordinarios se refiere en *El Licenciado,* cuando dice: «hacer más suertes que las que se echaron en la ciudad los años pasados»; y hay por qué pensar que Cervantes acababa de salir de las garras judiciales del proceso Ezpeleta —en que tan injustamente se vió envuelto—, cuando cuenta a propósito del juez de Valladolid que «iba de camino a una causa criminal, y llevaba mucha gente consigo, y dos alguaciles», que dijo de él *Vidriera:*

«yo apostaré que lleva aquel juez víboras en »el seno, pistoletes en la tinta, y rayos en las »manos para destruir todo lo que alcanzare »su misión».

Por otra parte, ¡cómo no asociar en la memoria las circunstancias de los privilegios de impresión cedidos en aquellos días por Cervantes y las reflexiones de *Vidriera* frente a las tiendas de los libreros!

«Los melindres que hacen cuando com»pran el privilegio de un libro—dice—, y

»la burla que hacen a su autor si acaso le im-
»prime a su costa, pues en lugar de mil y
»quinientos imprimen tres mil libros, y
»cuando el autor piensa que se venden los
»suyos, se despachan los ajenos.»

Y, por último, no me atrevería a decir que iban fuera de camino quienes identificaran al Cervantes de *El Licenciado* con el contertulio de los garitos vallisoletanos que menciona Pinheiro, pues no debía conocerlos sólo de referencia quien de este modo los describe:

«De los gariteros y tahures decía *Vidrie-*
»*ras* milagros: decía que los gariteros eran
»públicos prevaricadores, porque en sacan-
»do el barato del que iban haciendo suertes,
»deseaban que perdiese, y pasase el naipe
»adelante, porque el contrario las hiciese, y
»él cobrase sus derechos. Alababa mucho la
»paciencia de un tahur, que estaba toda una
»noche jugando y perdiendo; y con ser de
»condición colérico y endemoniado, a trueque
»de que su contrario no se alzase, no
»descosía la boca y sufría lo que un mártir
»de Barrabás. Alababa también las concien-
»cias de algunos honrados gariteros, que ni
»por imaginación consentían que en casa

»se jugase otros juegos, que polla y cientos; »y con esto a fuego lento, sin temor y nota »de malsines sacaban al cabo del mes más »barato que los que consentían los juegos »de estocada, del repárolo, siete y llevar, y »pinta en la mano del punto.»

Si Cervantes—sea o no el aludido por Pinheiro — conoció por sí mismo, como es probable, tales garitos, y hasta los frecuentó, no hizo más que acomodarse al medio en que vivía. De aquella Corte, aquel mismo año de 1605, escribía Contareni al dar cuenta a la República de Venecia de su Embajada en España:

«Juega también a los naipes — habla de »Felipe III—, dicen se enciende en el gusto »de este juego, en que le impuso el Duque »de Lerma, gran tahur, y que le han hecho »algunas ganancias grandes los que le sirven »en su Cámara, de a veinte y treinta mil du»cados, y una le hizo el Conde de Gelves, »sobrino del Duque de Lerma, de ciento y »tantos mil.»

Si los grandes jugaban grandemente, cuando la penuria general era tan-

ta que según el propio Contareni faltaba hasta «para la mesa de los Reyes», ¡qué mucho que los pobres jugaran pobre y hasta misérrimamente! Lo que para aquéllos era un entretenimiento o un vicio, para éstos era un recurso o una ilusión.

EVOLUCIÓN DEL CONCEPTO DE LA OBRA DE CERVANTES

CON OCASIÓN DEL CENTENARIO DE LAS «NOVELAS EJEMPLARES»

I

No junto al *Quijote*, libro aparte en la literatura de todos los tiempos, sino entre los mejores de antes y de ahora, ha colocado la común estimación estas *Novelas Ejemplares*, cuyo tercer centenario nos toca celebrar [1].

La admiración de las multitudes está demostrada por la serie de edi-

---

[1] *Con la lectura de estas páginas inauguré, como Presidente de la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid, el curso de 1913-14. Dos hondos y sutiles estudios, el uno de D. José Ortega y Gasset, sobre la «Psicología de las «Novelas Ejemplares»—inserto después, en parte, en sus «Meditaciones del Quijote»—y el otro de «Azorín» a propósito de «La fuerza de la Sangre»—incluído en su libro «Al margen de los clásicos»—, completaron y dieron realce al programa de aquel acto, dedicado a solemnizar el tercer centenario de la publicación de las «Novelas».*

ciones aparecidas no interrumpidamente durante tres siglos, en tantas y tan diversas lenguas, y son testimonio del aplauso de los escogidos el encarecimiento y elogio con que cada generación literaria señaló, según las corrientes del gusto, sus varias y peculiares excelencias.

Porque si es verdad que Cervantes, en las vicisitudes de su asendereada vida, no gozó de la consideración social con que algunos de sus biógrafos quieren favorecerle, no lo es menos que hasta sus propios émulos tuviéronle siempre por insuperable ingenio.

Los críticos, que en el último tercio del pasado siglo intentaban rehacer la biografía española con el caprichoso sistema de ocultar los errores de los hombres y corregir las injusticias de la suerte, pintaron a Cervantes en un medio donde no vivió, y hasta llegaron a favorecerle con bienes de fortuna, siquiera fuesen pasajeros, de los que tampoco disfrutó jamás. Muy descaminados iban, es

cierto, pero no lo están menos los que pretenden ahora seguir el método contrario, y añadir a las desventuras cervantinas la del pretendido desdén de sus contemporáneos.

Tal tendencia hace que un crítico moderno, siempre sutil, sagaz y atinado, llegue en esta ocasión a preguntarse, confuso, si acaso

«Cervantes no gozó jamás de sólido, cul»to, hondo concepto de hombre de letras, y »fué considerado como un escritor burlesco, »chocarrero» y «quizás hubiera sido temeri»dad, absurdo desatino, colocar—entonces— »a Cervantes al lado de un Lope de Vega o »de un Quevedo.»

Asunto es éste ampliamente documentado, en que la opinión personal, por autorizada que sea, nada significa, porque no se trata de cuestión opinable.

Al lado de Lope le coloca, y con gran elogio, Suárez de Figueroa—que nadie tachará de parcial—, en su *Plaza de todas las ciencias;* junto a Garcilaso, y seguido de los más ilustres va-

rones en las letras, le puso Salas Barbadillo en el libro *Coronas del Parnaso;* en «el tribunal de Apolo», de su *Caballero Puntual,* le sienta al lado de Boscán, del mismo Garcilaso y del *divino* Figueroa, y presiente toda su grandeza

> «... dejando al tiempo en su fama, materia
> »de aumento que, con ser tanta, nunca llegó
> »a sus méritos.»

Cuando el mismo Lope quiso citar a discretos y entendidos, en *El premio del bien hablar,* el nombre de Cervantes vino el primero a su pluma, al par que el de Cicerón, pues dice de Leonarda:

> «¿Cómo discreta? Cicerón, Cervantes,
> »ni Juan de Mena, ni otro después, ni antes,
> »no fueron tan discretos y entendidos.»

Tirso le llama «nuestro español Boccaccio». Y Quevedo dice que hay que ver sus obras «con temor y reverencia».

Nada significan, pues, en contra de este común encomio, las censuras que pudieron hacérsele en aquellos días, porque, aparte de que no ha existido escritor a quien no se combatiera alguna vez, y Cervantes fué de los mejor librados, la clave de aquellos contadísimos ataques, más personales que literarios, está en el *Quijote* y en las propias *Novelas Ejemplares*, donde abundan ciertas punzantes sátiras, en que Cervantes fué maestro, aunque otra cosa diga en *El viaje del Parnaso*. Y no es de extrañar que Lope, Suárez de Figueroa, Villegas y alguno más, recogieran y contestaran cada cual a su modo aquellas alusiones, que aun a través de la distancia vemos transparentes, sobre la supuesta nobleza del uno, la estorbosa erudición en materias inútiles del otro, y las anodinas traducciones del último [2]. Además, hay supuestas censuras que

2 *Trato más ampliamente del asunto en «Fortunas y adversidades de Miguel de Cervantes», inserto en mi libro «Supercherías y Errores Cervantinos».*

existen exclusivamente en la imaginación de los cervantistas, atacados de manía persecutoria en la persona de Cervantes. Esto acontece con las atribuídas al maestro Espinel y a fray Hortensio Paravicino, aunque Rius les dé crédito, pues no aparecen por ninguna parte. Las palabras de los preliminares de *El Escudero Marcos de Obregón*, refiérense a las novelas picarescas, en forma de encomio muy repetida, y en nada tocan a Cervantes. Muy al contrario, Espinel, en *La casa de la memoria,* había escrito:

«No pudo el hado inexorable auaro
»Por más que vsó de condición proterua
»Arrojándote al mar sin propio amparo
»Entre la mora y desleal caterua
»Hazer (Cervantes) que tu ingenio raro
»Del furor inspirado de Minerua,
»Dexasse de subir a la alta cumbre,
»Dando altas muestras de divina lumbre» [3].

De la buena correspondencia que guardó Cervantes, es muestra lo que

---

[3] *Espinel, «Diversas Rimas», Madrid, 1591, por Luis Sanchez, f. 44 vuelto.*

todavía veintitrés años más tarde había de escribir de Espinel en la Adjunta del Parnaso.

En suma, que Cervantes fué siempre comprendido, y no hay que amontonar desgracias póstumas a las muchas que ya tuvo en vida.

A propósito de la buena suerte con que fueron acogidas las *Novelas,* un cierto erudito, que debió saber mucho de portadas de libros, el Sr. Salvá, autor de un conocido catálogo bibliográfico, después de contarnos que del *Quijote* se hicieron en el primer año seis ediciones, y del *Persiles* siete, añade:

..... «y de las *Novelas* ocho o nueve de »1613 a 1617. Este sí que fué un éxito sor»prendente, y una prueba más de la sinra»zón con que Cervantes se quejaba del poco »aprecio que los contemporáneos hacían de »su mérito; la verdad es que el manco de »Lepanto fué siempre un manirroto y mal»gastador, que jamás olvidó sus hábitos de »militar y aventurero» [4].

---

[4] *Catálogo de D. Pedro Salvá, t. II, pág. 124.*

No sospechaba el buen hombre que, al correr de los años, había de venir una generación que prefiriera estudiar la historia a presentirla, y que no se atreviera a correr el riesgo de quienes, pasando los dedos por el lomo de los libros, piensan adivinar su contenido; a la manera de aquel gitano ciego, que pasaba la mano por el lomo de las cabalgaduras y rompía en seguida a decir de qué pelo eran, y... no acertaba nunca. Bien ajeno estaba el adivinador Salvá de que íbamos a saber algún día, merced a las investigaciones de Pérez Pastor, y nada menos que por testimonio notarial de 9 de Septiembre de 1613, que sólo le valieron a su autor mil y seiscientos reales de vellón y veinticuatro cuerpos de libro. Es decir, menos de treinta y cuatro pesetas por cada novela, y unas dos docenas de ejemplares, sin duda para obsequiar a sus amigos y protectores. Sí, señores; treinta y cuatro pesetas mal contadas valieron a su autor *El celoso extremeño,* o el *Rinconete*, o el *Coloquio;* y como ya las había

recibido adelantadas del librero Francisco de Robles, según resulta del propio documento notarial, nada pudo economizar, como hubiera querido el adinerado y ordenadísimo señor Sr. Salvá.

Porque Cervantes, manirroto en Lepanto, sólo pudo serlo en aquel sentido de la palabra, que le hacía gloriarse de su manquedad, nacida no en alguna taberna sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes ni esperan ver los venideros».

II

En los orígenes de la literatura, iníciase la novela con géneros embrionarios, especies indefinidas, que se tocan o se entrelazan, sin que la habilidad ni el saber del más docto, puedan darles una clasificación precisa ni un abolengo determinado. El árbol

genealógico de nuestra novela, tiene ramas que se tuercen o se injertan con los géneros literarios más distintos. Es verdad que hay troncos primordiales que es fácil seguir. Pero separando, desde luego, los libros de caballería, cuyos orígenes, desarrollo y muerte, están bien definidos y fácilmente clasificados, y aun separando también los libros pastoriles, cuya vida puede estudiarse del mismo modo—géneros artificiosos, ambos, que respondieron, el primero, a un medio social propicio, de guerras y aventuras medioevales o a su recuerdo inmediato, y el segundo, al de renacimiento clásico, apacible y galante; medio que hay que tener en cuenta para explicarnos su aparición y no sorprendernos de su muerte—; queda únicamente como precursora de la novela cervantina, la novela amatoria de origen italiano, que, aun no siendo ni imitada ni hurtada, conservará su acento y marca de extranjería hasta que la mano de Cervantes la imprima un sello nacional. Y este pro-

ceso de evolución y transformación tiene su desenvolvimiento claro en un solo libro: el de las *Novelas Ejemplares.*

La formación de la personalidad literaria de Cervantes puede seguirse en estas *Novelas.* Y a la variedad de asuntos y de procedimientos de expresión deben, en gran parte, su no interrumpida boga, pues las escuelas literarias más contradictorias le declaran su precursor.

Es verdad que la admiración de ayer no se parece a la nuestra. Se estimaba más la gallardía externa del discurso, que lo hondo del espíritu del mismo; más el nudo y desenlace de la fábula, que la recia contextura de los caracteres; y más lo pintoresco de las aventuras que la creación de hombres vivos lanzados a la vida imperecedera del arte por un poder genial. Y este género de admiración es el que se transparenta cuando Tirso hace decir a Chinchilla en *El castigo del penséque,* recién publicadas las *Novelas:*

«¿Hay sucesos semejantes?
»Cuando los llegue a saber
»Madrid, los ha de poner
»en sus novelas Cervantes...»

O si Calderón, en la *Casa con dos puertas*..., hace repetir a Lisardo:

«Ya vuestra amistad lo sabe;
»pero importa haberlo dicho,
»para que de aquí se enlace
»la más extraña novela
»de amor, que escribió Cervantes.»

La admiración actual es diversa, y no seríamos de nuestro tiempo si esta comprensión de la crítica no nos pareciera mejor que las precedentes: ya al reconstruir con documentos de verdad indudable lo que hay de historia en las obras imaginadas, colocándolas sobre el fondo pintoresco del mundo en que se desenvolvieron, ya al examinar el porqué de su belleza, no sólo en la obra aislada, sino pasando del ejemplo a la generalización filosófica o al principio estético, ya, por último, al poner de relieve, con aguda per-

cepción de literato psicólogo, las relaciones de la obra artística y el alma nacional.

Pero, ¿qué mucho que en diversos tiempos y escuelas literarias, y personas distintas, se las juzgue con admiración diferente, si a quien las mira de nuevo le sugieren nuevas ideas?: es privilegio de las obras de esta estirpe, porque si ellas son inmutables, no lo somos nosotros; y aun afirmándonos en nuestro concepto, podemos considerarlas desde múltiples puntos de vista. Sobre las *Novelas* escribí antes de ahora, y al abrirlas hoy al azar, paréceme leer por primera vez *El celoso* y *El Licenciado Vidriera.*

Del asunto de *El celoso extremeño* se me ocurre que sería en otras manos uno de tantos cuentos de *Las mil y una noches.* El viejo visir; la joven favorita; las esclavas del harén, blancas unas y negras las otras, herradas todas en el rostro; el negro eunuco y las dobles puertas, son factores bastantes para dar interés a la empresa que el seductor ha de realizar. El po-

der genial de Cervantes, con esos elementos de cuento exótico, crea un pedazo de vida genuinamente española. Es cierto que sólo en una tierra mitad árabe, donde las costumbres orientales tuvieron profundo arraigo, podría localizarse la narración. Pero ese sentimiento oriental va dentro de cada uno de los personajes: llévanle en la sangre; la atmósfera que les envuelve no es sino un barniz exterior. Los celos morunos de Carrizales son tan vividos como la resignación pasiva de Leonora, casada a los catorce años, y tanto como las tretas y ardides del astuto y apicarado galán.

Sólo la pluma de Cervantes, ahondando en la psicología de *El Celoso,* al par que trazaba su retrato exterior, pudo hacer de aquel hombre viejo, feo y engañado, no una figura de burla y de escarnio, sino de compasión y melancolía; por eso se escapó ese carácter de las manos de los arregladores que quisieron llevarle al teatro. En la escena, únicamente un espíritu igual o cercano al suyo, el de Sha-

kespeare, pudo haber realizado tal portento.

Si releo la historia de *El Licenciado Vidriera,* me confirmo en que Cervantes debió de escribirla en el período más agudo de miseria, persecuciones y desencanto, que corresponde bien con lo que nos dicen los documentos de su estancia en Valladolid.

Hay una muestra de conmovedora ingenuidad en la circunstancia de que asocie en sus recuerdos de Italia, «su admiración por la grandeza de los despedazados mármoles de Roma», o «su veneración a las reliquias de sus gloriosos mártires», con la memoria de los pollos fritos y los macarrones de las hosterías italianas, que, en su desamparo de entonces, se le antojaban espléndidas. Y es que, hambriento de pan y de justicia, departían a las veces en su espíritu, como en el *Quijote* mismo, el Caballero del Hambre y el Escudero de las Ganas de Comer.

Su debilidad física corre parejas con su desaliento de pretendiente fracasado, y ¡qué bien se manifiesta! Cuan-

do a *Vidriera* le llaman a la Corte, responde que no es bueno para Palacio, porque no sabe adular. En literatura, ya se ha dado cuenta de que los gozques pequeños ladran a los mastinazos grandes, y debe estar muy harto de esos poetas que llevan las faltriqueras llenas de sonetos que improvisaron la noche antes; y si no se les alaban a la primer lectura, amenazan con la segunda, porque o no se les entendió o no los leyeron bien.

La página más triste que salió de su pluma, no está en el *Quijote,* donde todo dolor lleva un consuelo, ni en las memorias de su cautividad en Argel, alegradas siempre por la esperanza de un próximo rescate; sino en el desesperado término de aquel ingenio soberano de *Vidriera*, que, tornado a la razón, duélese de perder por cuerdo lo que ganó por loco, que era el sustento, y necesita volver a Flandes para conquistar con el esfuerzo de su brazo lo que no lograba con el de su ingenio, y encontrar allí, si no más fácil vida, más gloriosa muerte.

La partida de *Rodaja* a Italia, cuando mozo, es alegre. Va a la ventura: pero apunta el alba, y es primavera; las ilusiones, aves en ramaje, le cantan en el juvenil corazón. La marcha de Rueda a Flandes, curado de los males de la mente, pero no de los del corazón, parécenos más que triste. Es invierno y anochece; tiempo y hora del hogar, que no tiene. Toma la espada y parte, y se hunde en la sombra, buscando otra sombra más impenetrable aún...

¡Oh divino manco, siempre risueño e irónico ante el propio dolor; si sobre el papel en que trazaste esas páginas cayó, espiritualmente, una lágrima, no se ha evaporado al llegar a mí!

REGISTRO ALFABÉTICO

DE AUTORES CITADOS, CON INCLUSIÓN DE ALGUNAS DE LAS OBRAS QUE SE MENCIONAN.

D

E

F

G

H

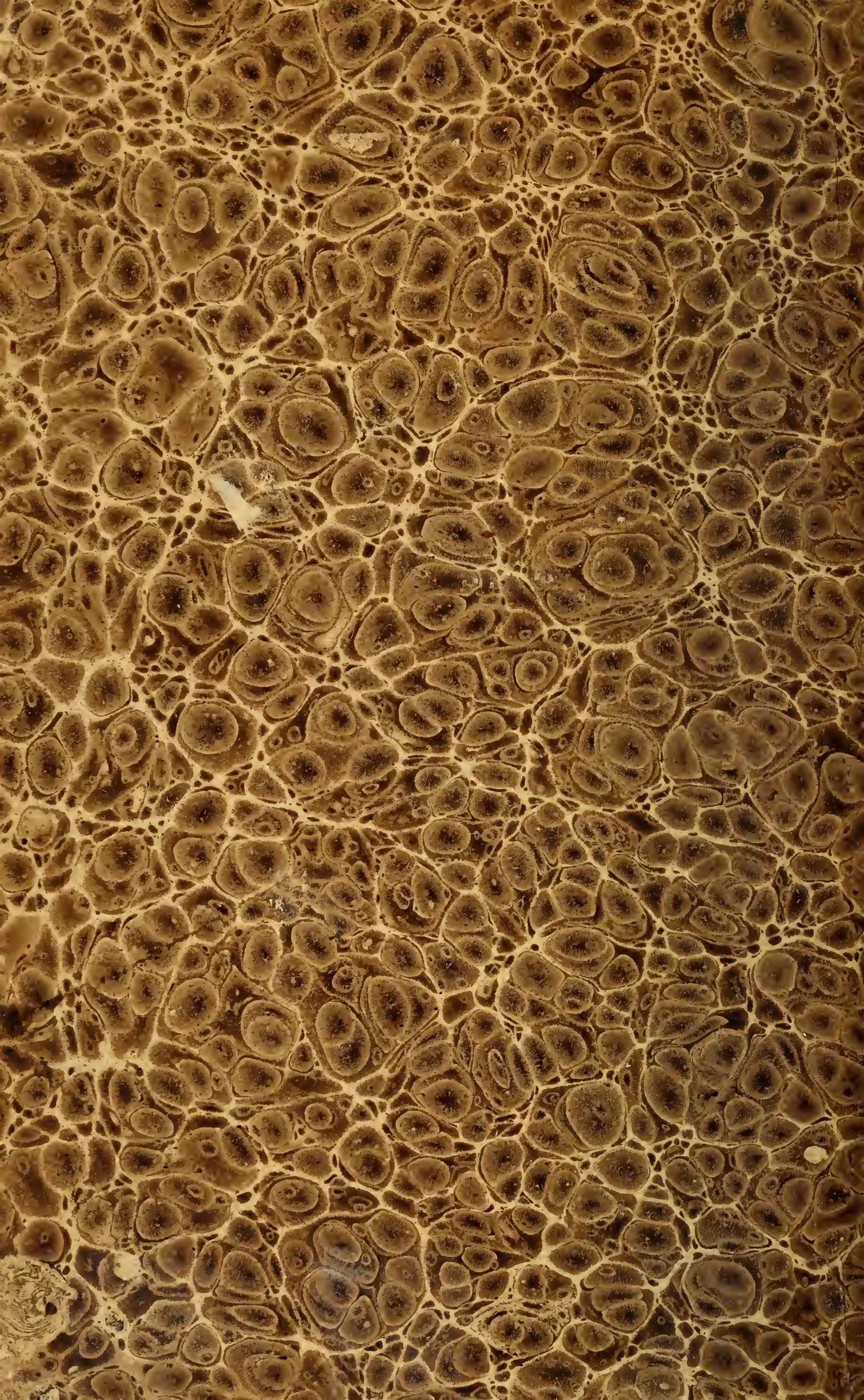
L

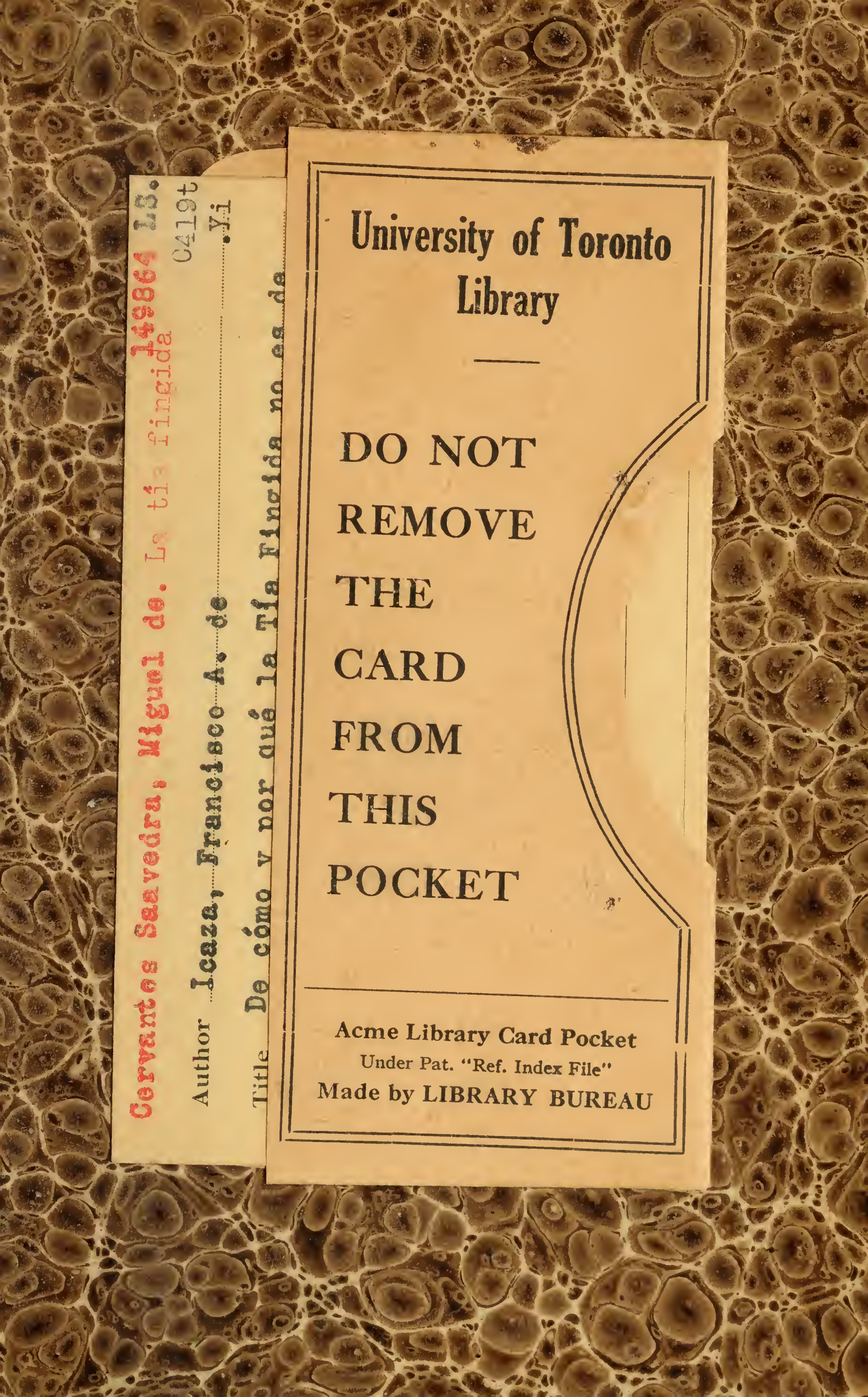
M

N

O

P





University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
Cervantes Saavedra, Miguel de. La tía fingida 149864 LS. C419t
Author Icaza, Francisco A. de .Yi
Title De cómo y por qué la Tía Fingida no es de

